

3533

ESTUDIO

SOBRE

LA MORAL DE LOS FILÓSOFOS

COMPARADA CON LA DE JESUS

EN SU RELACION CON LAS CIENCIAS SOCIALES

POR

DON JOAQUIN DOMINGUEZ BLANCO

EXDIRECTOR DE EL CONSTITUCIONAL DE ESTA CORTE

CON LA APROBACION DE LA IGLESIA

PRECIO: 4 PESETAS

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE GÓMEZ

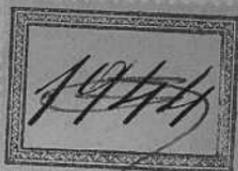
Cabeza. 36, bajo

1891

36



3533



ESTUDIO

SOBRE

LA MORAL DE LOS FILÓSOFOS

COMPARADA CON LA DE JESUS

EN SU RELACION CON LAS CIENCIAS SOCIALES

POR

DON JOAQUIN DOMINGUEZ BLANCO

EXDIRECTOR DE *EL CONSTITUCIONAL* DE ESTA CORTE

~~~~~  
CON LA APROBACION DE LA IGLESIA  
~~~~~

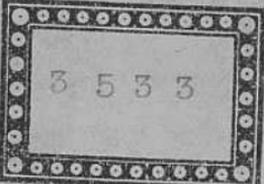


MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE GÓMEZ

Cabeza, 36, bajo

1897



3 5 3 3

4.536

Esta obra es propiedad del autor, y nadie sin su permiso podrá reimprimirla ni traducirla. Queda hecho el depósito que marca la ley.

NÓS EL DOCTOR DON JOSÉ MARÍA DE COS,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
ARZOBISPO-OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO
GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA,
SENADOR DEL REINO, ETC., ETC.

HACEMOS SABER: *Que por el presente y por lo que á Nós corresponde, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse en esta Diócesis la obra titulada Estudios sobre la moral de los filósofos comparada con la de Jesús en su relación con las ciencias sociales, escrita por el Sr. D. Joaquín Domínguez Blanco, mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada, y, según la censura, nada tiene que sea contrario al dogma católico y sana moral.*

En testimonio de lo cual, expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid á 27 de Noviembre de 1896.

JOSÉ MARÍA,

Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá

Por mandado de S. E. I. el Arzobispo-Obispo
mi Señor,

Dr. Juan de Diego Alcolea,

«Confieso que los antiguos poseían todas las virtudes humanas; las virtudes divinas sólo se encuentran entre los cristianos.»

Voltaire, Razón del Cristianismo en la palabra AVEUX.

PRÓLOGO

Demostrar de una manera clara y evidente que la moral del Cristianismo, como obra divina, es superior á las leyes y conceptos morales de las antiguas religiones del Oriente, Egipto, Grecia y Roma, así como á los sistemas filosóficos de aquellos pueblos; probar que á la moral cristiana deben en primer término Europa y América su grandiosa civilización; que lo mismo la deben algunas comarcas del Asia, Africa y Oceanía, pues si en ellas se cumplen las leyes del progreso, es debido á la activa y eficaz propaganda de nuestros misioneros, quienes, desafiando el clima, en constante lucha con la ignorancia y las preocupaciones del salvaje, van á predicar á ignotos países la doctrina augusta del Evangelio y su moral mil veces santa, encontrando muchas veces por el laurel de la victoria la palma del martirio, en cruentos suplicios é inconcebibles muertes; poner de manifiesto, que en aquellas naciones donde fué aceptada la predicación de la moral de Jesús, florecieron las ciencias las artes, el comercio, la industria y se hicieron paso todas las instituciones morales que en los días del desamparo, la enfermedad, la miseria y la vejez abren las puertas á la desgracia, consuelan al que sufre, ayudan al desvalido, enjugan las lágrimas del que llora y socorren al menesteroso; probar, por el contrario, que en los

países donde por designios de la Providencia no fué aceptada la doctrina del Dios del Calvario, como testimonio de la divinidad de esta doctrina sus habitantes han permanecido estacionarios y en su primitivo estado de ignorancia y barbarie, como sucede en Africa, donde si prosperó la semilla evangélica predicada por el Apostol *San Matias*, más tarde dejó de dar sus frutos, de lo cual tenemos otra prueba inconcusa en Asia, pues los divinos mensajeros de la palabra cristiana, *Juan y Felipe*, la predicaron en el Asia Mayor y Menor respectivamente, como *Tomás*, después de evangelizar á los parthos, la llevó á la India, donde *Bartolomé* promulgó el Evangelio de *San Mateo*, y aquellas predicaciones no produjeron los efectos que era de esperar, resultando de ello el atraso moral y material en que viven esos países, cuyo atraso se evidencia más, cuando se comparan con los que aceptaron la doctrina de la Cruz, que viven arrancando secretos á la naturaleza, ceñida la frente por la aureola luminosa de la ciencia, siguiendo los pasos majestuosos de las leyes del progreso, que, al fin y al cabo, son leyes providenciales, en medio de esta grandiosa civilización, que, dígame lo que se quiera, es hija de los dogmas cristianos, cuya moral, como ha dicho uno de nuestros más castizos y elocuentes oradores parlamentarios, lo mismo al presente que en los últimos horizontes de lo porvenir, mucho más allá de donde alcanza la mirada intelectual, está llamada á dirigir la conciencia humana, sin que ninguna otra doctrina pueda oponerse á esa suave y natural *hegemonía* que ejerce en la sociedad esa moral sublime del Cristianismo, que ha de ser objeto constante de nues-

III

tros desvelos y estudios en esta obra, aunque nuestra debil pluma se declara incompetente para hacer la apoteosis de tantas grandezas y describir los inmensos beneficios que las naciones deben á esa moral sacrosanta, siquier en estas vigiliass y trabajos nos alienate la fe y la convicción que por ella sentimos.

Háse dicho que la moral y la religión son una misma cosa; nosotros, aunque creemos lo mismo que el insigne autor del *Genio del Cristianismo*, de quien es aquel concepto, entendemos, sin embargo, que la moral, aun formando parte integrante de los dogmas del Redentor, es, por decirlo así, la parte más láica de nuestra Religión, la que más se han adaptado las sociedades, por los buenos usos y costumbres que prescribe, por lo cual nos hemos decidido á espigar en campo tan fértil y prodigioso, dejando los dogmas y misterios más elevados á la sabia interpretación de nuestra madre espiritual, la Iglesia católica-docente, á cuyas enseñanzas nos sometemos como hijos obedientes y sinceros, dispuesto siempre á rectificar cualquier error en que incurramos, no por voluntad, sino por deficiencia de nuestra razón, que, como es falible, está sujeta á preocupaciones é ignorancia.

La llamada *moral universal* será también objeto de nuestras investigaciones, pues creemos que esa moral no es más que una paradoja, una brillante teoría, por que, á más de que es relativa y no absoluta, como la denominan sus partidarios, coloca el criterio de la virtud y del deber dentro de nosotros mismos, en nuestra propia estimación y en el amor de los demás con relación á nosotros, de tal modo que, como dice el ilustrado publicista católico *Augusto Nicolás*

IV

en sus *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo* (1), «Si pudiésemos gozar de la estimación pública y tener la conciencia tranquila, prescindiendo de las fatigas de la virtud, obraríamos el mal sin advertirlo.» Claro es que la moral humana no puede resistir la comparación con la moral evangélica, porque al hacerla, se resolvería en polvo como las momias al tocarse, puesto que, según esta moral divina, el tipo del deber y de la virtud, no hay que buscarlo dentro de nosotros mismos, ni en la conciencia social, sujeta á cambios y mudanzas, como mujer frágil y tornadiza, sino fuera de nosotros, en lo absoluto, en lo que no está sujeto á circunstancias de tiempo ni espacio, en la Causa Creadora, en la Sabiduría increada, en lo Infinito, en una palabra, en Dios, que es el prototipo de toda virtud y del deber mismo, á quien el cristiano está obligado á imitar para entrar de lleno en el camino de la perfección.

Por otra parte, hemos de demostrar en el decurso de estos trabajos que esos llamados Decálogos de los derechos del hombre, como aquellos principios de libertad, igualdad y fraternidad que informaron la revolución francesa y que dieron tanto ruido á fines del pasado siglo, han sido plagiados por aquellos impenitentes demagogos de los dogmas y la moral cristianas, pues, mucho antes—dieciocho siglos nada menos—que los enciclopedistas y corifeos del 93 dijesen: *Libertad, igualdad y fraternidad*, había dicho Jesús en medio del politeísmo romano: «Todos sois hijos de un padre común», estableciendo por ese mismo prin-

(1) Tomo II, pág. 145.

cipio la verdadera igualdad, que implica la fraternidad, practicándose desde aquellos tiempos en la primitiva Iglesia, donde los fieles ejercían la democracia más niveladora, porque en ella todos eran iguales desde el Emperador al mendigo, y, en fin, enseñó y predicó la única libertad posible, la libertad evangélica, superior á todas las libertades escritas en los Códigos y Constituciones del mundo.

Hasta aquí la primera parte de este modesto trabajo.

En la segunda, serán también objeto de examen y controversia esos sistemas sociológicos, que, inspirados en un sentimentalismo irrisorio, pretenden, fuera de la religión, resolver la llamada cuestión social, el problema obrero, para llevar la felicidad á todos los hogares, como si el hombre, en sus aspiraciones y delirios, por medio de idealismos sin término y de inconcebibles utopías, pudiese suprimir el dolor y la muerte, que son sus inseparables acompañantes, desde la cuna hasta el sepulcro.

Probaremos, además, que todos esos sistemas que con tanta entereza defienden los socialistas, colectivistas y comunistas, como nuevos ideales y futuros moldes por donde han de marchar las sociedades en lo porvenir, son tan antiguos como el mundo, y que nacieron en aquellos pueblos que empezaban á formarse, en aquellas tribus rudimentarias que necesaria y fatalmente tenían que vivir la vida de la comunidad, porque no se habían formado las naciones, puesto que la tierra comenzaba á poblarse, como sucedía con la tribu india y hemos visto después practicar por las misiones del *Paraguay*, al convertir al salvaje á la

VI

religión de Jesucristo, y algo parecido á ello el año 48 en Francia, con la creación de los talleres nacionales.

El socialismo católico también será objeto de nuestras investigaciones, ya que así ha dado en llamarse á esa aspiración de la Iglesia, que no consiste en otra cosa sino en las soluciones armónicas y justas que han de buscarse entre patronos y obreros para evitar las colisiones entre los unos y los otros, suprimir las huelgas, que tantos perjuicios causan á los trabajadores y la industria, llamar la atención de las grandes empresas para que, teniendo por norte la ley moral, no abusen de la concurrencia que, por falta de medios de subsistencia, se hacen los obreros en la demanda del trabajo, retribuyendo éste con escasez por la exhuberancia de brazos, y, en fin, recordando á éstos el deber de llevar con paciencia sus faenas, prestando á éstas la atención necesaria, el cuidado que exige el jornal que perciben, garándolo legítimamente en la medida de sus fuerzas y la obediencia que deben á los que invierten su inteligencia y su capital en grandes y pequeñas empresas para llevar á cabo las obras del genio humano ó esas industrias que sostienen á millares de familias pobres, pues es sabido que de esa necesaria armonía entre el capital y el trabajo brotan todas las fuentes de la universal riqueza.

La doctrina de *San Gregorio el Magno*, así como la del sabio é inmortal León XIII, que con tanto acierto rige los destinos de la Iglesia, y aun los del mundo actual, pues es por sus especiales talentos y singular diplomacia es el *Arbitro* obligado en todas las cuestiones internacionales, cuyos fallos son acatados y cumpli-

VII

dos por los soberanos de la tierra como emanados del poder divino, de que es augusto representante, en lo que esas doctrinas se relacionan con los sistemas que acabamos de citar, así como las misiones católicas, que tanto contribuyen al progreso moral y material de los pueblos, la enseñanza de la Iglesia y lo no menos importante de nuestras Universidades é Institutos, frente al artículo 11 de la Constitución vigente; la actitud siempre noble y generosa de la prensa periódica frente á las desgracias nacionales, sin olvidar algunas de las leyes suntuarias de nuestra querida España, que, como es sabido, se dieron contra el lujo, los vicios y virtudes de los tiempos que corren, ó los Congresos Eucarísticos, la presente reacción religiosa y otros problemas de actualidad, serán objeto de este estudio, viniendo á hacer alguna luz en esa confusión, en ese caos á que quieren llevar la patria los partidarios de *Karl Mahr*, *Bacounine*, *el conde de Toltoy* y otros reformistas *fin de siècle*, que han dado en la extraña manía [de hacer la felicidad del mundo moderno, como los antiguos alquimistas dieron en la de convertir las piedras en oro.

Finalmente, la anarquía, ese espectro rojo del momento histórico presente, que pretende reformar la sociedad y concluir por la dinamita, el puñal, la tea incendiaria y cuantos medios de destrucción ha inventado el hombre en su fantasía loca; con la religión, la patria, la familia, el orden, la propiedad y con todo lo noble, generoso y santo que se ha creado al calor de la civilización cristiana, esa aberración del espíritu humano, hija legítima del nihilismo ruso, que pretende, como *Nerón* vió arder á Roma, ver la destruc-

VIII

ción del mundo, asentándose sobre sus ruinas, lo cual no sucederá jamás, porque las leyes de la conservación del Universo, como leyes de Dios, están por encima de los cálculos humanos y se cumplen con exactitud matemática; el anarquismo, en fin, que por fortuna es la obra de un montón de alienados sin Dios ni ley, sin conciencia de sus actos, teniendo por toda norma de conducta y por todo principio las egoístas concupiscencias de los bienes terrenales y de mundanos placeres, sin ningún freno que los contenga en el desborde de sus turbulentas pasiones, ni ley moral á qué sujetarse, ese extraño género de locura que pretende llegar al bien sin leyes, ni autoridad, ni gobierno, sólo con que el caos domine, también será tratado en nuestros estudios con la atención debida.

Antes de terminar estas líneas, lo cual deseamos, por no molestar la atención de los que nos honren leyéndonos, hemos de refutar un vulgar error, mejor dicho, un absurdo, propagado por algunos escritores —muy pocos por fortuna— que acaso no han meditado bien el alcance de sus asertos, por las peligrosas consecuencias que lleva siempre consigo la emisión de ideas favorables á la anarquía.

Dícese que en el anarquista hay algo de la abnegación de los primeros mártires cristianos, cuando sabe que por sus crímenes va á la muerte y sigue impertérito su campaña devastadora; pues bien: nosotros negamos en absoluto semejante afirmación; no hay, no puede haber similitud, paridad ni semejanza, ni en los medios ni en los fines, á no ser que se borren de una plumada todas las leyes del raciocinio y del sentido común, entre el anarquista que arroja una

bomba en medio de un teatro ó al pa-ar una procesión con el solo fin de asesinar y destruir, á golpe de ciego, ora perezcan niños inocentes que ningún daño á nadie han hecho, honradas madres de familia ó inermes ancianos, á quienes por su avanzada edad todos les debemos nuestros respetos, y el martir cristiano, que, por su sola virtud, por su sola fe, por su solo Dios, con la esperanza de otra vida postrera, con la abnegación de *Polintto*, por no doblar la rodilla ante los falsos dioses, marchaba impasible á buscar la muerte, en medio de horribles llamas ó entre las fieras del Circo, con aquella alegría santa que se retrataba en su semblante, con aquella beatífica mirada que en medio de sus terribles dolores le hacía ver, como por ensueño místico, abrirse las puertas del cielo y ser el mismo Dios, quien, con los brazos extendidos, en señal de misericordia, esperaba su alma, antes que su cuerpo fuese pasto de las llamas, ó lo que es peor, de las fieras del Desierto.

Queda, pues, refutado el sofisma de las pretendidas analogías entre el martir cristiano, siempre santo, y el anarquista impenitente, sin corazón ni caridad.

El Autor.

CAPÍTULO I

La moral en Oriente

Pasa como axioma entre la gente docta que la civilización tuvo su cuna en el Oriente, y siguiendo, al parecer, el curso del Astro-Rey, por el majestuoso paso de los siglos, extendióse por Egipto, Grecia y Roma, desde donde, gracias á la doctrina evangélica, aquella civilización que, como afirma *Hegel*, presentó distintos caracteres, ó sea universal en su origen, individual y variada en los pueblos Helenos y compuesta en Roma de los caracteres oriental y griego, hizose cristiana, propagándose por Europa y el mundo moderno; pues bien: nosotros, auxiliados por la tradición y la historia, á través de la noche de los tiempos, vamos á alzar un poco el velo de la sabiduría oriental y á examinar en pequeña síntesis las máximas más morales de sus fundadores de religión y filósofos más eminentes, para llegar á la demostración exacta de que, á excepción del *Decálogo*, dado por Dios á Moisés, nada existe en las concepciones de los sabios de la China, India, Persia y Arabia que pueda compararse á la moral cristiana.

Comencemos, pues, por la doctrina del fundador de religión y gran sabio del Celeste Imperio, de *Confucio*, acerca de la virtud, de la santidad que tanto florece entre los cristianos, y que era negativa en la antigüedad. Oigamos á aquel eminente filósofo: «El Ministro *Phi* consultó á *Confucio* y le dijo:—Maestro, ¿sois santo? *Confucio* le contestó:—Por más que fatigue mi memoria, no acierto á recordar que haya habido un solo hombre digno de este nombre.—Pero, y los tres Reyes—replicó el Ministro,—¿creéis vos que no fueron

santos?—Los tres Reyes—dijo *Confucio*—dotados de excelente bondad, poseyeron una prudencia ilustrada y una fuerza invencible, pero yo, *Khieu*, no sé si fueron santos. El Ministro repuso:—¿Fueron santos los cinco Señores?—Los cinco Señores—contestó *Confucio*—dotados de una excelente bondad, hicieron uso de una caridad divina y de una justicia inalterable, pero *Khieu*, ignoro si fueron santos. El Ministro le preguntó aún:—¿Fueron santos los tres Augustos?—Los tres Augustos pudieron muy bien hacer uso de su tiempo, pero yo, *Khieu*, no sé si fueron santos. Admirado el Ministro le dijo por último: Siendo así, ¿á quien podríamos llamar santo? Y contestó *Confucio* algo conmovido, aunque con dulzura: Yo, *Khieu*, he oído decir que en las regiones Occidentales (1) habría un hombre santo, que sin ejercer ningún acto de autoridad, evitaría las disenciones; que sin hablar, inspiraría una fe espontánea y que sin ejecutar ningún cambio, produciría naturalmente un Océano de acciones meritorias. Nadie sabe su nombre, pero yo, *Khieu*, he oído decir que éste será el verdadero santo (2).

Tenemos, pues, probado nada menos que con la autoridad del legislador chino, que la *santidad* era virtud completamente desconocida en aquellas regiones, seiscientos años antes de la venida de Jesucristo, en que vivió *Confucio*.

Añadamos, además, que la virtud de la *santidad* es única y exclusivamente de la religión cristiana; que

(1) La Judea está situada, como es sabido, al Occidente de la China. Más adelante hablaremos de esta profecía que la Iglesia Católica la aplica al único á quien puede aplicarse, al Santo de los Santos, al martir del Calvario, á Jesús de Nazareth, al Hombre-Dios

(2) Moral de Confucio. Núm. 196.

las demás religiones apenas dan nociones indefinidas del principio de justicia, por lo cual en ningún país se encontró, no ya un *Santo*, ni siquiera un *justo* en el verdadero sentido de esta palabra, como demostraremos más adelante, y se tendrá una exacta idea de la divinidad de la moral cristiana, puesto que ella sola, por su propia virtualidad, después de prolijos procesos, incoados por la alta Curia Romana, con pruebas palmarias é indiscutibles, ha elevado á los altares de sus templos innumerables centenares de santos.

En cuanto á la Fé, la Esperanza, y la Caridad, virtudes que por sí solas hicieron una rev lución moral en los antiguos pueblos paganos, sacándolos de las tinieblas, de la ignorancia y de la barbarie, y elevándolos al conocimiento de un Dios único, de la Sabiduría Increada, del sentimiento de la compasión y del bien hacia el desvalido, reconociéndolo como hermano y prójimo y la perspectiva de otra vida mejor como término y continuación de ésta, donde el pesar y el dolor tienen su asiento, también fueron desconocidas, no sólo de los chinos, sino de toda el Asia, á pesar de la reforma de *Bhuda*, hecha sobre el *Brahmanismo*, y de algunas de sus máximas, tan decantadas por los detractores de las ideas cristianas, cuyas máximas son más bien preceptos de justicia y principios económicos que conceptos de moral.

Para probar este aserto, continuemos por las leyes morales de la India; veamos cómo define la sabiduría antigua el concepto moral por excelencia, la idea madre, base y sostén de toda religión, de todo orden, de toda justicia, la idea de Dios.

«El mundo es *Wichnou*; todo lo que ha sido, es *él*; todo lo que es, es *él*; todo lo que será, es *él*.»



Esta es una definición que podríamos llamar panteísta, porque si el mundo es Dios, claro es que el *Gran Todo*, la universalidad de los seres vivientes constituyen á Dios, y esto es panteísmo puro. Se nos objetará que *Wichnou* es una de las tres divinidades que con *Bracma* y *Chiva* forman la trilogía india, pero sea de ello lo que quiera, y respetando el fondo de toda creencia que tienda á explicar lo Infinito, si la segunda Divinidad es el *Mundo* y *Dios* á la vez, este dogma no puede eludir la nota panteísta.

Sin embargo, en otros autores leemos que la trilogía india expresa las tres representaciones de Dios, algo semejante á nuestra Trinidad Soberana, y esta creencia merece toda nuestra veneración.

Por otra parte, en otro precepto de los legisladores del pueblo, cuyas leyes examinamos, leemos que «el alma és Dios», de lo cual se deduce el politeísmo más absurdo, pues resultarían tantos *dioses* como *almas*, y por ende la idea de la Divinidad no es más que un caos de errores antitéticos.

Compárese ahora el primer concepto moral de los sabios de la India con la sencilla definición que de Dios nos da el Catecismo, que enseña la creencia en un Ser infinitamente sabio, principio y fin de todas las cosas, con los atributos de su misericordia, de su santidad, de su justicia, de su poder, por el cual, como dice *Bacón*, «sacó de la nada las cosas creadas y por su sabiduría les dió la belleza de la forma», y se pondrá de relieve la pequeñez del concepto de la Divinidad de los adoradores de *Bracma* frente al que de la Causa Creadora nos enseña la Iglesia Católica.

Por otro precepto del legislador indio se aconseja á los hombres ser iguales; pues bien: la verdadera igualdad es la que enseña el Evangelio, igualdad augusta y santa, que no es más que un corolario de la

fraternidad humana, predicada por Jesús á los hombres, pues él solo, como hijo de Dios, pudo decir, dirigiéndose al Universo Mundo, á los habitantes de todos los climas y de todos los países: «Todos sois hijos de un mismo padre», echando por tierra con este dogma todas las distinciones de raza, de color, de casta, elevando á los hombres de todas las naciones al nivel moral de hermanos, y aboliendo las diferencias que constituían el sistema de la *poliantropta* ó pluralidad de razas humanas. Esta es, pues, la igualdad por excelencia, la igualdad hija de la fraternidad.

Háse aicho que los tres grandes principios que informaron la revolución francesa, la libertad, la igualdad y la fraternidad, constituyeron el Génesis inventado por los revolucionarios; pero nada más inexacto ni más sofisticado; antes que la revolución, que no vamos á juzgar en primer término, porque nos declaramos incompetentes para ello (aunque la condenamos en el fondo de nuestra conciencia por los grandes crímenes que cometió, cuya efusión de sangre dejó indeleble mancha en la frente de la humanidad), puesto que ha sido juzgada por historiadores tan notables como *César Cantú*, *Thiers* y otros que sería prolijo enumerar, y en segundo porque la tesis no es adaptable á las tendencias y fines de trabajos de esta índole; antes que la revolución francesa, repetimos, hubiese pronunciado las palabras *libertad*, *igualdad* y *fraternidad*, nada menos que dieciocho siglos antes había proclamado la Iglesia Cristiana, por boca de su Divino Maestro, aquellos grandes principios que han informado toda la labor de la conciencia humana, sintetizada en las legislaciones del Mundo Moderno; por tanto, ni á la revolución de allende el Pirineo ni á sus hombres debe la humanidad aquellas grandes

ideas, que en el reloj de los tiempos marcan los pasos dados por los pueblos en el camino de la civilización.

Permitida la anterior digresión, si se quiere necesaria, por lo relacionada que está con el precepto de la teogonía Indica, que recomienda á los hombres «ser iguales», continuemos nuestro trabajo.

Si algo hay que admirar en los preceptos morales de la religión de *Brama*, es aquel que aconseja al hombre amar la virtud por sí misma y renunciar al fruto de sus obras.

Por lo demás, las principales virtudes, según aquella religión, consistían en que «el hombre confiese las faltas de sus hijos al sol y á los hombres y se purificase en el agua del Gangés.»

Como se ve, estos preceptos no constituían más que reglas de higiene y confesiones al aire libre, que no sabemos si el astro del día se dignaría escuchar; pero, en lo que no cabe duda es en que la moral cristiana es superior, como ha dicho *Renán*, á la de todas las religiones, en lo cual demuestra la divinidad de su origen, porque, admitiendo que el hombre sea objeto del mal moral, que, según los teólogos, consiste en esa ignorancia, en ese disgusto del Soberano Bien, que constituye el fondo de nuestra naturaleza degradada, el cual, como enseña *Ovidio*, ve el bien, y sin embargo, corre al mal: *Video meliora proboque deteriora sequor*, claro es que el hombre no ha podido ser el autor de la moral del Cristianismo, de lo cual se deduce en severa y racional lógica que esa moral es divina, porque es absoluta (puesto que se refiere al tiempo y á la eternidad) y no relativa, como necesariamente resultaría si fuese obra del hombre, que es limitado y finito.

Examinadas someramente las leyes morales de la India, echemos una ojeada sobre la doctrina del Mago

Zoroastres, que fué el primero que consagró una *Caverna* al sol en las montañas de Persia, según afirma *Boulangier* en su obra *La antigüedad descubierta*, y veamos si en sus preceptos hay algo que tenga alguna semejanza con la moral del Cristianismo.

Como entre los datos que tenemos á la vista nos parecen más dignos de nuestra atención y estudio los que nos suministra el eximio autor del *Genio del Cristianismo*, *Vizconde de Chateaubriand*, declaramos que en la exposición de ellos seguiremos á tan ilustre publicista, convencidos de que lo han de agradecer nuestros lectores.

Continuemos.

Según la teogonía pérsica, «El Tiempo sin límites é increado es el Creador de todo; la palabra fué su hija, y de ésta nacieron *Orsmus*, dios del bien, y *Ariman*, dios del mal »

Como hemos declarado anteriormente, respetamos todas las creencias que se refieren á lo Infinito; pero la verdad es que la afirmación sobre el primer principio, relativa al Tiempo *increado* y *creador*, debe aplicarse á Dios y no al Tiempo.

Lo mismo la filosofía india que la egipcia, griega y romana, han visto siempre en el tiempo una regla, una medida para determinar el movimiento de los astros, la duración de las estaciones, los equinoccios y solsticios del año, etc., pero, jamás han visto en el tiempo móvil que, como decía *Platón*, «es una imagen de la inmóvil eternidad», una entidad infinita, increada y creadora á la vez, pues hasta el mismo *San Juan Evangelista*, en su *Apocalipsis*, afirma que el tiempo tuvo principio en la creación del mundo, y según *Aristóteles*, el tiempo no es otra cosa que «la medida del movimiento del primer móvil».

En cuanto á *Orsmus* y *Ariman*, dioses del bien y del

mal, respectivamente, nada hemos de decir sino que los que seguían las máximas de *Zoroastres*, eran politeístas, por lo cual jamás pudieron elevarse á las concepciones filosóficas y cristianas de los pueblos monoteístas, cuyo primer fundamento fué siempre la creencia en un solo Dios.

Por otras reglas del orden moral, el legislador antes citado aconsejaba la invocación del «Toro Celestial, padre de la yerba y del hombre», y más que como norma de agronomía, como principio utilitario obligaba al labrador á cultivar bien su campo.

Sin embargo, en medio de esas líneas de conducta impuestas al persa, encontramos alguna que nos parece altamente moral, como la que aconsejaba orar con pureza de pensamiento, de palabra y de acción; aquellas otras en que se ordenaba castigar al ingrato, al falsario y al mentiroso, y aunque demasiado severas, aquellas otras leyes que ordenaban que muriese el hijo que por tres veces hubiese desobedecido á su padre, declaraban impura á la mujer que pasase á segundo matrimonio, y la que prescribía que al principio y fin de cada año se guardasen diez días de fiesta; pero estas reglas que velaban por las buenas costumbres, aunque tergiversadas en lo accidental, en lo esencial estaban tomadas del *Decálogo* dado por Dios á Moisés desde la cumbre del Sinaí, pues es sabido que Moisés se nos presenta como el más antiguo de todos los historiadores, y la religión de los hebreos como la más antigua de todas las religiones positivas, y dada la proximidad de los lugares en que vivieron *Moisés* y *Zoroastres* (Arabia y Persia), éste necesariamente tuvo que conocer la doctrina de aquél.

Y á propósito del Decálogo: ¡Cuán diferente es el lenguaje de Dios del lenguaje de los hombres!

En las teogonías de todos los países los preceptos

fundamentales de la moral y de la religión son oscuros é impenetrables como el *Onef* de los egipcios, aquel Dios que no es más que tinieblas desconocidas; en cambio, cuando habla *Jehovah* á *Moisés* todas las tinieblas se disipan y toda la obscuridad se convierte en luz brillante, como la del sol del Mediodía.

¡Qué leyes más divinas las que se derivan de ese Código moral!

En esa fuente de cristalinas aguas es donde los filósofos y, teistas de todos los tiempos han ido á buscar sus inspiraciones para trasmitirlas á sus pueblos convertidas en leyes y predicarlas en sus pagodas, sus mezquitas y sus templos, pues está demostrado hasta la saciedad que aún considerando á *Moises* bajo el puesto de vista puramente humano es el historiador más antiguo de todos, pues lleva á los *Herodotos* y *Homeros* más de mil años de antelación, así como el pueblo judío aparece como el más antiguo de todos los pueblos, y, por tanto en la Biblia es donde se han encontrado los primeros preceptos de la moral que después se han esparcido por el mundo por la ley de Gracia ó la Redención de Nuestro Señor Jesucristo.

Es constante que las primitivas naciones fueron *teístas*, como lo es que el pueblo hebreo fué el único que conservó el culto de un solo Dios y de ahí aquel dicho vulgar que corría entre los paganos referente á que los judíos no adoraban más que «al aire y al cielo.»

La corrupción de las costumbres trajo á continuación el politeísmo y con él la apoteosis de las pasiones, así es que, cuando meditamos sobre los preceptos que en los mármoles del *Sinai*, por medio de la autoridad de *Moisés* dió Dios á los hombres, sobre aquellas leyes divinas que condenaban el homicidio, el hurto, el adulterio, el falso testimonio y concluían con los apetitos desordenados de la carne, de las ri-

quezas y los honores, entendemos, que, otra sería la suerte de las naciones y de los tiempos si esas leyes de Dios se conservasen que son las mismas que las de los mandamientos del cristianismo, tan necesarios á las Repúblicas como á los Imperios, porque, á decir verdad, no habría monarquía ni república mejor gobernadas que aquellas que se rigiesen por los principios cristianos.

Se nos dirá que los tiempos han variado, que los pueblos marchan impulsados por las leyes del progreso que no es posible Imperio á lo *Carlo Magno*, como tampoco lo es el llamado *Comunismo Paraguayo*, del cual hablaremos más adelante, establecido por los misioneros católicos en las soledades selváticas de América, que todas estas instituciones están fuera de las leyes de la realidad y que pasaron para no volver... Los que tal digan ó no nos habrán entendido, ó habrán interpretado mal nuestro pesamiento. Nosotros, al afirmar que no habría República ni Monarquía mejor gobernadas que aquellas que se rigiesen por los principios cristianos, queremos decir y entendemos, no que aquella ó esta forma de Gobierno tenga superioridad la una sobre la otra, que á estas diferencias y distinciones no tiende esta obra, ó cual de ambas puede hacer la felicidad de los pueblos, lo que hemos querido decir és, que, si en los países donde imperan aquellas formas de Gobierno, sus representantes y legisladores se inspirasen para llevar á cabo sus reformas políticas en ese gran Código del Evangelio, como necesariamente todos sus actos y determinaciones habrían de estar inspirados en los eternos principios de la moral y de la justicia y no en la tiranía y el egoísmo, hijas legítimas de la ambición y de la soberbia, no habría tanta miseria en los pueblos, ni tanta discordia en los partidos, ni se cometerían tan-

tos despojos inicuos, ni se verían tantas concupiscencias satisfechas, ni tantas notabilidades de campanario en el pináculo del poder, ni tantas desdichas y calamidades que pesan sobre las naciones por la mala administración de los que rijen los destinos públicos.

Aparisi Gutjarro, aquel orador incomparable é insigne escritor, ha dicho: «En una sociedad en que hay Dios, existe el orden, esto és, la paz y la libertad hermanadas; en una sociedad en que no hay Dios reina el desorden, esto es, caos é infierno. Satanás se apodera de lo que Dios abandona,» y como gran parte de los hombres que nos gobiernan, según la frase de la Escritura «beben la iniquidad como el agua,» por ello, nosotros á este *caos é infierno* preferiríamos cualquier forma del poder, llámese como se llame, que en su legislación y sus procedimientos, reflejase más que al presente, la moral de Jesucristo.

CAPITULO II

Leyes de los egipcios

¿Quièn, al hablar del país de los *Faraones* y *Tholo-meos*, no se ocupa de sus tres grandes pirámides, que se alzan sobre las de los demás grupos, como la esbelta palmera sobre las arenas del desierto, y que según la fábula árabe, que se refiere á la más elevada, ésta fué la única que sobrevivió al diluvio?

La pirámide entre los egipcios es el símbolo de la vida humana, cuya base es el *principio*, y el *fin* el *ápice*.

Tres opiniones se han emitido, según el ilustre literato *Sr. Benjumea* (1), acerca del fin que se propusieron los inspiradores de tan soberbios monumentos, construídos por gigantes, según la tradición popular, y llevan los nombres de *Cheos*, *Cefren* y *Miserinus* respectivamente á su elevación, que, como afirma *Plinio*, se echaron veinte años en la edificación del primero, y se invirtieron 370.000 operarios, pues unos creen que se dedicaron á la observación de los astros, otros que fueron templos, por haberse encontrado en la de *Cheos* algunos idolillos, y muchos que fueron sepulcros de sus reyes fundadores, y á esta opinión nos inclinamos nosotros, siguiendo á una inmarcesible gloria de la Iglesia Católica, al célebre Obispo de *Meaux*, al gran *Bosuet*, que, hablando de las pirámides, dice: «Por más esfuerzos que hagan los hombres, aparece por todas partes su nada. Estas pirámides eran unos sepulcros; aún los mismos Reyes que las

(1) Costumbres universales. Tomo II, página 126.

erigieron no han podido enterrarse en ellas ni disfrutar de su sepultura» (1).

Por todas partes se nos presenta en las obras de los hombres el *omnia vánitas* de la Escritura y su infinita pequeñez en relación con la grandeza de la Causa Creadora.

Terminada esta sencilla descripción de la colosal obra egipcia, restos de una civilización que más bien hizo la apoteosis de la fuerza bruta, que de la fuerza de la inteligencia, pasemos á ocuparnos de sus primitivas creencias.

Onesif, el dios universal de los habitantes de las orillas del Nilo, es todo tinieblas desconocidas é impenetrable oscuridad.»

Plutarco, en su viaje á Egipto, también nos habla de aquella definición de Dios, grabada en el frontispicio del Templo de Sais. «Yo soy el que ha sido, el que es, y el que será. Ningún mortal se atreva nunca á levantar mi velo.» Aquí no podemos menos de hacer una observación, y es que, á medida que la civilización se iba extendiendo por el mundo, la idea de lo Infinito se manifiesta con más tendencia á la Unidad y la Verdad; pero como el hombre, según *Sócrates* en su *Diálogo de Alcibiades*, necesitaba de un maestro divino para que le instruyese en los dogmas religiosos, declaración que, aunque revelaba la modestia del gran sabio, demostraba también lo limitado de la filosofía y su impotencia para elevarse por sí sola al conocimiento de la primera Causa, los egipcios, para no desmentir este aserto, añadían en sus libros religiosos que, además del dios universal, desconocido, existían *Osiris*, dios bueno, y *Tifón*, dios malo, con

(1) Discurso sobre la Historia Universal, parte 3.^a.

lo cual caían en el politeísmo, como todos los pueblos de la antigüedad.

Por otros preceptos de los citados libros se mandaba «honrar á los parientes», se aconsejaba que el hijo continuase la profesión del padre; se determinaba, además, que se fuese virtuoso, recordando que los *Jueces del Lago* pronunciarían después de la muerte el fallo acerca de las obras de cada cual, se disponía que las abluciones fuesen dos veces al día y dos por las noches; se recomendaba la templanza en la alimentación, y se ordenaba que no se revelasen los misterios.

Vemos, pues, que todas estas reglas se reducían á simples consejos sobre el honor y la conservación de la salud, y en cuanto á la que prescribía la no revelación de los misterios, sólo hemos de decir que los cristianos, siempre que hablamos de los misterios de lo Infinito, añadimos la palabra *incomprensible* para demostrar que esos misterios están tan por encima del hombre, que á éste es imposible penetrarlos, porque precisamente, el hombre, por más que Dios ha impreso en su frente el sello de la inteligencia y le ha hecho á su *imagen y semejanza*, jamás podrá conocer, por lo menos en la vida presente, los misterios en que el Sér Supremo se envuelve y oculta á su mirada intelectual, porque entonces la criatura racional se elevaría al predicamento de la Soberana Sabiduría, y sería igual á Aquél en omnipotencia y atributos, lo cual no es concebible, porque la criatura es efecto, no causa, y se diferencia de su Autor, como ha dicho un distinguido escritor católico, cual las orillas y el álveo de un río se diferencian de sus aguas. El es todo el Sér, y los demás séres lo suponen, como la esencia inmutable que da aliento á todo lo que se agita y mueve en el seno de la vida universal, cuya vida no

es más que un efecto de esta Causa Creadora, que en vano tratarán los hombres de descorrer el velo que oculta sus misterios impenetrables.

Nos ha sugerido esta reflexión el precepto de la sabiduría egipcia, aconsejando al hombre que no revelase los misterios, de lo cual sacamos en consecuencia que éstos, que estaba en manos del individuo el revelarlos, teniendo en cuenta que el misterio es lo que distingue á Dios del hombre, necesariamente los egipcios llamaban misterios á lo que no podían ser otra cosa que *secretos humanos*.

Así, pues, lo mismo la filosofía egipcia que la de los persas é indios, todas se daban la mano en el error, y de ahí las sombras que por todas partes se extendían sobre las leyes morales de la antigüedad, que, hasta que se implantó el Cristianismo, no llegaron á brillar en todo su esplendor ni á encarnar en la conciencia de los pueblos.

CAPITULO III

Filósofos y legisladores griegos.—Su moral.

La escuela de los estóicos, solo nos ha dado un Epicteto, pero la filosofía cristiana nos ha dado Epictetos á millares que no saben que lo sean, y cuya virtud llega hasta el extremo de ignorar ellos mismos que la tengan (1)

Esta verdad tan altamente proclamada por el patriarca de la impiedad del pasado siglo, revela una vez más la pequeñez é impotencia de la humana sabiduría para formar hombres que amasen y practicasen la virtud, como los ha hecho la filosofía cristiana, pues si el estoicismo produjo un solo *Epicteto*, según el dicho de *Voltaire*, es decir, un solo cristiano por sus virtudes, al examinar las doctrinas de aquella Escuela, como vamos á hacerlo en este Capítulo, demostraremos que el estóico *Epicteto* vivió en los primeros tiempos del Cristianismo, y, por tanto, sus conceptos sobre la humildad de corazón, el amor al prójimo y aquellas otras máximas que tanto se confunden con las de los cristianos, están tomadas de los libros de estos.

Y lo que acabamos de decir del más moral de los estóicos, podemos sostenerlo con relación á nuestro compatriota *Séneca* y *Marco Aurelio*, el célebre emperador, que, fluctuando entre la doctrina de *Zenón* que llegaba á su ocaso y el cristianismo naciente, cuyos resplandores herían su mirada intelectual, unas veces

(1) *Voltaire* Corresp. gen. Tomo III.

proteja á los cristianos que en su ejército formaban la *Legión Fulminante* y otras los tiranzaba, según el estado de su ánimo respecto á las Secta que moría y á la religión que comenzaba á levantarse en el horizonte moral.

Ofenderíamos la ilustración de nuestros lectores si dijeseamos que el fundador del Estoicismo fué *Zenón*; ahora bien, la doctrina de este filósofo es sabido que podía reasumirse en un estado de ánimo en virtud del cual el hombre debía hacerse superior al dolor, como al placer, es decir, en el desprecio del sufrimiento, como en el de los goces que produjesen los bienes del favor y de la suerte, á cuyo estado de ánimo llamaban los griegos *apathía*. Todos conocemos la respuesta que daba el filósofo del *Pórtico* á *Epicuro*, cuando sostenía que «el placer era el bien supremo del hombre:» «el dolor no es un mal» replicaba *Zenón*, y, en estos limitados principios, como en aquella frase de *Epieteto*, cuando sostenía que «el sábio era invulnerable y no podía ser desgraciado por más infortunios que le sucediesen, por que él mismo era su propia felicidad», doctrinas todas terrenas, sin llegarse á vislumbrar por ellas las maravillas del cielo cristiano y sus inmensos beneficios, estaba reducida toda la sabiduría de los filósofos más morales del paganismo. Por otra parte, el progreso que se nota entre la doctrina del fundador del Estoicismo y la de *Epieteto*, *Séneca* y *Marco Aurelio*, está demostrado históricamente que estos lo copiaron del naciente Cristianismo en sus conceptos más elevados, por que *Epieteto* habla sido iniciado en la doctrina cristiana por su maestro *Epafródito*, pues San Pablo en su Epístola á los romanos, habla de este último filósofo y lo designa como uno de los primeros adeptos del Cristianismo en Roma.

Por lo que se refiere á *Séneca* y cuya correspondencia con el gran Apóstol, no somos de los que la tienen por apócrifa, como fué ministro de *Nerón* debía conocer muy bien los dogmas de nuestra religión, puesto que tan de cerca tenía á los que los propagaban y sufrían por ella los martirios más cruentos; y en cuánto al insigne *Marco Aurelio*, en su calidad de Emperador y filósofo, necesariamente, tenía que conocer á fondo la acción siempre creciente la luz evangélica, á más de que, los dones que dispensaba á los cristianos obedecían á que atribuyó su victoria contra los marcomanos á la intervención de la legión *Fulminante* compuesta de aquellos, como antes hemos indicado.

Creemos pues que nuestros lectores, si mano *in pectore* han leído con atención y despojados de los exclusivismos y apasionamientos del sectario los anteriores párrafos, quedarán convencidos de que, después de tanto ruido como dió en el mundo del pasado la escuela de los estóicos, el progreso moral que se nota entre *Zenón* y sus últimos discípulos, obedece solo á la influencia de la fé cristiana, máxime, cuando en aquellos tiempos se rendía aún culto al Júpiter Capitolino, á Venus la prostituta y Mercurio y Laverna, protectores de ladrones y falsarios.

En cuánto al más grande de todos los filósofos de Grecia, á *Sócrates* que bebió la cicuta por no someter su conciencia augusta y tranquila á los errores de su época, acto que le hubiera enaltecido para siempre, si en sus últimos momentos no hubiese mandado inmolar un gallo á Esculapio, y hemos dicho el más grande de todos los filósofos, por que á pesar de su célebre máxima «Todo lo que sé consiste en saber que no sé nada» enseñó á su eximio discípulo *Platón*, el divino *Sócrates*, repetimos, lo mismo que *Zenón*

que creían que la felicidad consistía en la virtud indefinida, no aspiraban más que á la tranquilidad del ánimo, de modo que aquel gran génio, como los estóicos y las demás escuelas griegas, las cuales continuaremos estudiando en sus concepciones filosóficas, jamás se elevaron fuera del hombre y del mundo material, pues si en algunos párrafos de sus obras se elevan á la causa primera, en otros se contradicen, dadas sus aficiones politeistas.

Por lo que se refiere al materialista *Epicuro* que cifraba toda la felicidad en el deleite, como si esta teoría se armonizase con los afectos de nuestro corazón, que siempre aspira al mas allá, en lo cual prueba su origen divino, pues nada de la tierra le basta, por que su verdadera patria no está en ella, nada hemos de decir de su sistema sobre la formación del mundo por el choque de los átomos, por que hasta los niños se ríen de semejante absurdo y por que, como decía el sábio orador romano *Cicerón*, á pesar de tantos siglos como han pasado—no son pocos lo que han transcurrido desde la época del padre de la elocuencia romana al presente—no hemos visto que la casualidad ó el choque de los átomos hayan formado un Pórtico, un Temp'lo, una casa ó una Ciudad.

Pirrón que aspiraba á librar al hombre del yugo de las opiniones para que no tuviese ninguna clase de deberes, le parecía que esta libertad en que le dejaba era la fuente de la suprema felicidad; pero como comprenderá el ilustrado lector, la felicidad á que aspiraba el Jefe de los escépticos era un verdadero mito, porque es sabido que todo derecho, aún el de propiedad, implica la idea del deber, y que el hombre, á no ser que viva en un desierto, y aún así su derecho á la vida estaría limitado por el peligro de las fieras que



lo ocupasen, no puede sustraerse, no ya á los deberes á que le obliga la ley civil al vivir en sociedad, sino ni siquiera al deber moral, que, cuando resulta hollado, tiene su juez y acusador en la conciencia misma.

Por lo que se refiere á *Platón*, á pesar de que algunos párrafos de sus obras parecen como los preliminares de algunas ideas cristianas, como su sentido moral por elevado que fuese, al fin y al cabo estaba impregnado de las doctrinas del paganismo, apenas dan crédito nuestros ojos á lo que vamos á transcribir de su República: «1.º La comunidad de las mujeres. 2.º El aborto de la mujer que hubiese concebido antes de la edad de cuarenta años. 3.º La inmola-ción de los hijos mal constituidos, incurables ó nacidos sin autorización de la ley. 4.º La proscripción de todos los extranjeros, y 5.º La esclavitud.»

Todas esas leyes de la más sábia de las Repúblicas, ideada por el más ilustre y afable de los filósofos de la antigüedad, resultan, gracias á la moral cristiana, crímenes nefandos, penados en todos los Códigos del mundo civilizado.

Con efecto; hoy es un principio aceptado sólo por anarquistas y sus congéneres en la obra de la destrucción social, la irrisoria paradoja de la comunidad de las mujeres que nos llevaría necesaria y fatalmente á la nivelación con los seres irracionales, á conducirnos como bestias, en vez de hombres de libre inteligencia.

Del aborto no hay para qué hablar, por que este monstruoso delito, además de ser contrario á la propagación de la especie humana, siempre ha sido hijo de los pueblos bárbaros, corrompidos y corruptores, donde la civilización cristiana, acaso por providenciales designios, no se abrió paso. En cuanto á la inmola-ción de inocentes niños, por el solo *delito* de ha-

ber nacido con defectos físicos, confesamos ingénuamente que, por honrar al filósofo amigo de *Academó* quiéramos arrancar este cruento cánon de su República, pues los que tenemos en alto honor llamarnos cristianos, no podemos concebir, sin inmutarnos, tamaña iniquidad.

Respecto al destierro de todos los extranjeros, si en cualquier país, sin causa que lo justificase se adoptase aquella medida, no habría palabras en todas las lenguas conocidas, dado nuestro derecho internacional, para condenar semejante arbitrariedad del poder, ora estuviese representado en la forma monárquica ó bajo la forma republicana.

Y en cuanto á la esclavitud, como por la influencia cristiana se abolió en el mundo moderno, pues si todavía quedan algunos vestigios de ella en Egipto y algún pueblo asiático, es debido más bien á la tolerancia de las autoridades que á las determinaciones de las leyes, solo hemos de decir que, el Cristianismo, reconociendo siempre por el principio de la fraternidad la igualdad de los hombres, sin distinciones de raza ni color, trabajó desde sus primeros tiempos, aún en medio de las persecuciones de sus confesores y mártires por la extinción de la esclavitud, de ese odioso estigma que la humanidad, contra todas las leyes de la moral y de la justicia, ostentó en su frente.

Al Cristianismo, pues, débese la abolición de la esclavitud, principio, que si es permitido expresarse así, ha engarzado como un diamante en su corona y lleva inscripto en su lábaro civilizador, como uno de sus triunfos más humanitarios y de sus conquistas más bienhechoras.

Ante tan grandioso hecho no podemos menos de exclamar con uno de los grandes oradores de la primera tribuna del mundo: «¡Somos los hijos de los cruzados!»

dos y no oculiaremos nuestra frente por los hijos de *Voltaire*!...

En cuánto al primer principio, *Platón* creía que la Divinidad había arreglado el Mundo, pero no pudo crearle. Dios, dice, formó el Universo con arreglo al modelo que eternamente existía en sí mismo. Esta teoría del sabio que lleva el sobrenombre de *divino*, nos recuerda la del célebre médico francés *Broussais*, quien, después de haber sido el más acérrimo y entusiasta defensor del materialismo, en la declaración que hizo á sus amigos de su fé y sus opiniones, la cual se publicó en *La Gaceta Médica* de París en 1831, concluyó por decir que tenía el sentimiento, como otros muchos, de que existía una «Inteligencia *ordenadora* que no se atrevía á llamar *creadora*, aunque tal debía ser.»

La lógica y el sentido moral inspiraron al referido doctor sus últimas palabras que dejamos subrayadas, porque, en efecto, como para ordenar el Universo se necesita tanta sabiduría como para crearle, y estos dos actos están fuera del alcance del hombre, necesariamente tenían que ser ejecutados por Dios. Así, el filósofo griego, como el de allende el Pirineo, cayeron en el error, y el primero más que el segundo, en sus lucubraciones respecto á la Entidad Creadora y sus grandes atributos del poder y la sabiduría.

Por lo que se refiere á *Thales*, fundador de la Escuela Jónica, sabido es que admitía el agua como un principio de generación universal, y este sistema, como todos aquellos que pretenden enseñarnos la aberración de la eternidad de la materia, que es efecto y no causa, porque no lleva en sí misma el principio de su independecia, como la Entidad inteligente y libre, que por su poder la sacó de la nada, traen á nuestra memoria aquellas frases del ilustre *Pascal*,

cuando al tratar del hombre se expresa así: «El hombre es una débil caña, pero una caña pensadora; el Universo desconoce su fuerza, el hombre conoce su debilidad, por esta razón el hombre es superior á la naturaleza», pues bien: si de las anteriores líneas resulta la superioridad del hombre sobre el Universo, aun con su limitada inteligencia, ¿con cuánta más razón se podrá proclamar como inconcuso axioma la superioridad de Dios sobre el mundo material, y el hombre, siendo por su omnipotencia y saber infinitos el autor de ambos?

Hemos dicho al principio de este estudio que nos abstendríamos de tocar el dogma fundamental por antonomasia, la idea de lo Infinito, el cual reservábamos por completo á la Iglesia Católica, en cuyos altares comulgamos, y parece como que hemos faltado á nuestra palabra al tratar del primer principio, Causa de las Causas, de Dios, en una palabra, cuya creencia tiene un templo en nuestra conciencia; pero, como toda la base de la moral estriba precisamente en el dogma de la existencia de Dios y en el de la inmortalidad del alma, de ahí nuestros juicios respecto al Soberano Bien, los cuales, como siempre sometemos á la elevada y augusta penetración de la Iglesia docente.

Hecha esta necesaria declaración, para evitar la antítesis en nuestros conceptos, prosigamos en nuestro examen sobre las doctrinas de los filósofos de Grecia.

Aristóteles, el discípulo predilecto de *Platón*, sostenía iguales teorías que éste con relación al origen del mundo y su formación; pero apeló é inventó su sistema de la cadena de los seres, al final de la cual se hallaba un *primer móvil* que por necesidad tenía que existir en alguna parte, teoría brillantísima por cierto, que tanta fama dió al que enseñaba en el Liceo,

pero que jamás pu lo elevar.e, ni siquiera ir en zaga, á los principios fundamentales de la moral cristiana.

Ojeados rápidamente los principales sistemas filosóficos de los griegos, pasemos á ocuparnos de sus legisladores.

I

Leyes de Minos.—Pueden reducirse las de este célebre legislador á varias determinaciones. Ordenaban éstas que la mujer adúltera fuese coronada de lana y vendida, en lo cual nos parece que la pena no estaba en relación con el delito; prohibían que el hombre joven examinase la ley, cuyo precepto tendía á evitar los extravíos de la imaginación, que como enseña *Viardot*, precede siempre á la razón; condenaban el juramento por los dioses; declaraban que las comidas debían ser públicas, la vida frugal y los bailes guerreros, y consignaban el gran absurdo que declaraba infame á cualquiera que no tuviese amigos. Por este precepto legal eran declarados infames, no solamente los desvalidos y desgraciados, de quienes por lo general la sociedad aparta su vista con horror, sino todos aquellos que creen mejor servir á Dios en medio de los desiertos que dentro de los muros de nuestras ciudades, y prefieren la soledad al «mundanal ruido», absorbidos por la idea de lo Infinito, que, como ha dicho un distinguido escritor, se revela más en los espacios donde la soledad tiene sus dominios.

En cuanto á las leyes de Licurgo, que en esencia vienen á ser las mismas que acabamos de transcribir, nos abstenemos de citarlas por este motivo, y por no incurrir en la repetición.

II

Leyes de Solon.—Se leen en ellas preceptos para corregir los vicios y los instintos del mal en el hombre, de inestimable valor, que quedan desnaturalizados por aquella ley que autorizaba y sancionaba el suicidio, con aquellas lacónicas y terribles palabras: «El que quiera morir, dígalo al *Arconte*, y muera.»

¡El suicidio elevado á ley! Solamente entre las naciones idólatras podía admitirse semejante aberración. Por lo que á la moral de Jesús se refiere, desde los primeros tiempos de su propagación se ha venido condenando el suicidio por su Iglesia, porque aun en la hipótesis de que se considere como un acto de la locura humana, por la cual el individuo que lo ejecuta debe ser irresponsable ante Dios y los hombres, si la Causa increada en su infinita sabiduría cree aceptables los juicios de los de acá abajo, es evidente que no ha de tener su sanción penal ni en esta ni en la otra vida; pero considerado como un acto de soberbia, en virtud del cual el individuo se despoja de una vida que le ha sido dada para su conservación por Aquel que ha puesto límites al mar en sus murallas de arena, y ha dicho: «de ahí no pasarás», acto que implica el desconocimiento de Dios y la negación de la inmortalidad del alma, lo cual demuestra que el suicida ha caído en el más grosero materialismo, aunque ha obrado á conciencia, necesariamente la Iglesia lo ha anatematizado, porque el suicidio ha sido siempre compañero inseparable de los pueblos corrompidos, y, precisamente, la Religión, que en todo tiempo ha luchado por arrancar los vicios á la sociedad y sanear su atmósfera, no iba á permanecer cruzada de brazos ante ese crimen de lesa humanidad.

Oigamos al eximio doctor San Agustín cómo se explica sobre asunto tan importante: «En vano — dice — me alegaréis el juicio de aquellos que, oprimidos por la miseria, se dan la muerte. Cuando alguno se figura que no queda nada para después de la muerte, y haciéndosele insoportables sus miserias, se siente movido á desearla, resuelve matarse y lo ejecuta, hay en él dos cosas, que son la opinión y el sentimiento. En su opinión, ó para hablar con más exactitud, su ilusión, se hallan el error y la preocupación de una destrucción total, mientras que en su sentimiento, que es el grito de la naturaleza, se encuentran la idea y el deseo del reposo. Lo que está en paz no es seguramente lo que es nada, muy al revés: el sér se halla más en lo que se halla tranquilo que en lo que está inquieto, por la sencilla razón de que la inquietud remueve de tal modo los afectos, que el uno ahoga al otro; pero el reposo consiste en una estabilidad que es la idea más adecuada que puede darse de lo que se llama ser. De aquí resulta que todo el deseo que tienen los que quieren morir, no es seguramente de ser aniquilados por la muerte, sino de disfrutar mayor reposo. De manera que, al mismo tiempo que por un error, que sólo se halla en su opinión, están creídos que no existirán más, el sentimiento, hijo legítimo de la naturaleza, y que sobrepuja infinitamente esta su falsa y errónea opinión, no les hace desear otra cosa sino hallar reposo, ó lo que es lo mismo, tener más sér.» (1).

Parece como que se ensancha la conciencia cuando se abre paso á opiniones tan profundamente filosóficas como la que acabamos de citar, que destruye por completo el error del suicida que cree en el aniquila-

(1) San Agustín, Libro III, *De lib arb. cap. VII.*

miento de todo su ser, al atentar contra su propia vida y queda demostrada clara y terminantemente la sobrevivencia del alma, porque no puede ser esta, al ejercer el acto de dominio sobre el cuerpo del suicida, el propio poder que determina la destrucción de sí misma.

Desgraciadamente en los tiempos actuales, dada la corrupción de las costumbres, el indiferentismo religioso que se ha apoderado de alguna parte de la juventud estudiosa (como si para llegar á los altos puestos sociales fuese necesaria la ejecutoria de escéptico ó de indiferente, pues es constante que el genio y la ilustración tarde ó temprano se abren paso,) y otras causas de malestar y estrechez llevan á algunos al suicidio que es la negación más horrible de la grandiosa ley de la Providencia que ha puesto en cada ser los medios para su desenvolvimiento y conservación, y que, como dice la Escritura «Alimenta todo lo que respira.»

Para nosotros, bajo el punto de vista del valor, el suicidio es una cobardía, por que si es cierto lo que se ha dicho por un distinguido escritor «que un alma grande debe contener más dolores que una pequeña,» bastante pusilanimidad debe haber en la que no pudiendo sobrellevar los males de este mundo, que al fin son transitorios, determina recurrir al *suicidio*, como término de las amargas de un presente, que puede ser acaso el último peldaño para entrar á pasos agigantados en un porvenir brillante, pues la experiencia enseña y pasa como axioma vulgar, que es necesario apurar las heces del cáliz del dolor, para llegar á las prosperidades del bien.

Por otra ley de Solón se permitía *dar muerte al ciudadano* que se mantuviese neutral en las disensiones civiles.

¡Cuántas infamias, cuántas iniquidades y cuantos actos de salvajismo se cometerían á la sombra de ese precepto legal! Huelgan los comentarios.

Otras leyes del legislador mencionado disponían que muriese el soldado cobarde, el sacrilego y los hijos que no procurasen enterrar á sus padres. Estos últimos preceptos nos parecen de una moralidad irreprochable, pues la referida ley se conserva en todos los Códigos militares de los países civilizados por que todo soldado que huye al frente del enemigo es pasado por las armas, y en cuanto á la inhumación de los padres, nada más misericordioso y equitativo que los hijos que todo lo deben, después de Dios á los que, los han alimentado y dádoles esmerada ó ligera educación, según sus fuerzas estén obligados á defenderlos, por que así lo determinan de consuno la sangre y el filial cariño, sino á procurar darles honrosa sepultura, cuál corresponde á su estado social. Sin embargo, el Cristianismo, ó mejor dicho su moral, en ésta parte como en todo, ha ido más allá del legislador citado, pues no sólo obliga á los padres é hijos á socorrerse mutuamente, sino que ha hecho una hermosa obra de misericordia del acto de enterrar los muertos sin distinción, no ya de familia como Solón hizo, sino ni siquiera de raza, pátria ni religión, pues nos obliga á todos recíprocamente á cumplir aquel precepto.)

En cuanto á la ley que establecía la pena de muerte para el sacrilego, demostraba de una manera evidente el respeto que en todos los tiempos se ha tenido á la religión.

De igual modo, por otras reglas legales se determinaba que el Templo fuese entr. dicho al adúltero, que el magistrado borracho bebiese la cicuta, que la mujer guiase á su esposo ciego y que el hombre sin costumbres no pudiese gobernar.

Nada más natural que el hombre sin costumbres, es decir, sin probidad, se le prohibiese dirigir la nave del Estado, por que el que no es buen ciudadano, necesariamente tiene que ser mal padre de familia y mucho menos buen gobernante, que al fin tiene en sus manos la vida, honra y hacienda de los gobernados, pues aunque para defender tan sagrados intereses están los Tribunales de Justicia, desgraciadamente el poder político suele hacer algunas incursiones en el Campo augusto de *Themis* y resulta ilusorio aquel principio.

En cuanto al entredicho que se ponía al adúltero con relación al Templo, la penitencia, si es permitido expresarse así, no estaba en armonía con el pecado. A éste propósito, nos vemos obligados á recordar á nuestros lectores la prohibición que hizo *San Ambrosio* de entrar en la Iglesia al Emperador *Teodosio el Grande* por haber permitido los desmanes que sus soldados cometieron en *Thesalónica*. El Emperador, para que el célebre Obispo de Milán levantase el entredicho y lo perdonase recordó que *David* pecó mucho y fué perdonado, entonces contestó *San Ambrosio* «Puesto que le habéis imitado en el pecado imitadle también en la penitencia.»

La Iglesia, pues, no solo cerraba sus puertas á los pecadores, sino que tenían que cumplir la penitencia para volver á abrírserlas.

Finalmente, el legislador ateniense, dados aquellos tiempos no consideró el adulterio en la escala de los delitos, como sucede hoy en los pueblos civilizados, por los males que acarrea á las familias.

Ese cáncer que corroe el corazón de la sociedad moderna, y cuya solución han encontrado algunos juristas en el divorcio, como si éste fuese bastante á lavar la mancha de la deshonra el adulterio es hijo le-

gítimo de la antigüedad pagana, de la República de *Platón* que, como hemos visto, admitía el absurdo principio de la comunidad de mujeres y de todos aquellos pueblos que vivieron bajo las tinieblas de la idolatría, de modo, que sólo á las sociedades que se rijen en sus Códigos por los principios civilizadores que el Cristianismo trajo á la tierra, es á quienes se debe la gloria de poner de relieve los males que trae á la familia semejante vicio.

Con efecto; el adulterio que en la apariencia no es más que un mal, lleva en sí dos ó tres males todavía mayores. Nadie ignora que el hijo adulterino, además de la deshonra que su autor ha llevado á una casa, como se encuentra por el azar dentro de una familia que no es la suya, por lo cual su verdadero padre (el adúltero), no lo alimenta ni atiende á sus demás necesidades, sino que recurre á ellas el padre herido en su honra, como á las de los demás hijos suyos y de su esposa (adúltera), el hijo ilegítimo está disfrutando y compartiendo en una casa que no es suya los bienes que pertenecen á los hijos legítimos y, por tanto, el adúltero, además del deshonor que lleva á una familia, es causa de que se malversen sus bienes y aun de un verdadero robo, porque el hijo adulterino al morir el padre de los legítimos, sus hermanos aparentes, comparte la herencia con estos, *como si fuesen hijos legítimos*, y el robo queda consumado; de lo cual deducimos nosotros en sana lógica que si el adúltero meditase en los males que comete, huiría del adulterio como de la Cruz el diablo ó de ciudad donde la peste hiciese estragos.

Por último, *Solon*, á pesar de todo su saber, no anduvo acertado al ordenar que el magistrado que se embriagase bebiese la cicuta, porque ningún Código del mundo ha impuesto la pena de muerte á una sim-

ple falta, y, en cuanto á que la mujer guiase á su esposo ciego, esto nada tenía de extraño, puesto que sin precepto legal alguno se ha practicado en todas partes y en todos tiempos, por el sólo sentimiento de la compasión.

Queda, pues, reducida la moral del sabio atenien- se, cuando se compara con la moral cristiana, á pura fantasmagoría, hija de imaginación calenturienta.

III

Leyes de Pitágoras.—El primer precepto que encontramos en este legislador es el de que se debe «honrar á los dioses inmortales», con lo cual nos hallamos en pleno politeísmo. Y es que por mucho que la filosofía y la legislación del pueblo más célebre de la antigüedad por sus sabios y sus artistas, pueblo que nos recuerda á *Homero* en la poesía, á *Fidias* y *Praxiteles* en la escultura, á *Apeles* en el arte pictórico y á *Pericles* en el de la guerra y la política, como á *Demóstenes* é *Isócrates* en la elocuencia, por más que Grecia fué el verdadero emporio de las ciencias y de las bellas artes, jamás nos legó un concepto tan elevado y grandioso, á pesar de sus estóicos y demás filósofos como el que nos dió el Cristianismo sobre la moral y sus fundamentos que, como hemos dicho anteriormente, estriba en el dogma de la existencia de un solo Dios y en la inmortalidad del alma.

Por otra determinación del mencionado legislador se disponía que el hombre no permitiese sueño á sus ojos hasta examinar tres veces sus obras del día. Esta regla de moral nos parece excelente, juzgada con relación á aquellos tiempos en que el culto no era más que la deificación de las pasiones más brutales y de los crímenes más abominables.

El precepto que mandaba no hacer nada que afligie-

se la memoria del hombre, también tenía sabor cristiano, si es permitido expresarse así, como aquél que disponía se honrase á los parientes.

Finalmente, aquella regla de moral que obligaba al individuo á preguntarse: ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho y qué debía hacer? dando á entender que después de una vida santa, al volver el cuerpo á los elementos quedaría inmortal é incorruptible, sin poder jamás morir, indica un gran progreso moral entre el filósofo y el legislador, cuya doctrina acabamos de analizar y la de *Solon*, pues en *Pitágoras*, célebre propagandista de la metempsicosis por Europa, no encontramos como en aquél la ley horrible referente al suicidio, ni aquella otra como la de *Minos*, que declaraba infame al que no tuviera amigos, es decir, al pobre y al miserable, y las de *Platon*, autorizando la monstruosidad del aborto y la muerte de los niños que naciesen con imperfecciones físicas, cánones antihumanitarios que no nos explicamos en este sabio, máxime, cuando lo contemplamos al pié del Templo griego, desde el cual, mirando á las olas con su vista de águila, explicaba á sus discípulos la formación del Universo en sus relaciones con la Divinidad.

Antes de concluir este párrafo, y como corolario de la tésis que venimos sosteniendo en este espinoso trabajo, más bien por nuestra incompetencia que por la falta de materiales para llevarlo á cabo, hemos creído conveniente cerrarlo con el célebre diálogo de *Sócrates* titulado *Aleibiades*, como una prueba concluyente de lo poco que había progresado Grecia á pesar de su saber con relación al principio moral, á la idea de Dios. Supónese en el mencionado diálogo que *Aleibiades* se dirige al templo á ofrecer un sacrificio, cuando encuentra á *Sócrates* en el camino y le demanda consejo sobre qué debe pedir á los dioses. *Sócrates*

le indica que se abstenga de toda petición porque, sin saberlo, podría pedir *males* en lugar de *bienes* y continúa el diálogo del modo siguiente:

SÓCRATES

«El mejor partido que debemos tomar es *esperar* con paciencia. *Si, es preciso esperar, que vendrá alguno á enseñarnos cómo nos hemos de portar relativamente á los dioses y los hombres* »

ALCIBIALES

¿Cuándo vendrá? ¿Y quién es ese que nos enseñará estas cosas, pues me parece que *siento* un deseo ardiente de conocer á semejante personaje?

SÓCRATES

«*Aquel* de quien se trata se interesa más de lo que pensamos en todo cuanto nos atañe, pero lo hace, según creo, á la manera que cuenta *Homero* que lo hacía *Minerva* respecto de *Diomedes*. *Minerva* disipó la niebla que aquel tenía delante de los ojos para que pudiese distinguir los *dioses* de los *hombres*. Es igualmente necesario que se disipe la espesa niebla que cubre ahora los ojos de vuestro entendimiento, á fin de que en lo sucesivo podais distinguir con exactitud *el bien del mal*.»

ALCIBIADES

«*Venga, pues, y disipe* cuando quiera esas tinieblas. Estoy dispuesto á hacer cuanto *El* guste prescribirme, con tal que pueda llegar á ser mejor de lo que soy.»

SÓCRATES

«Os lo aseguro de nuevo, *Aquel* de quien estamos hablando desea infinitamente vuestro bien.»

ALCIBIADES

«¿No sería, pues, conveniente diferir el ofrecer sacrificios *hasta* que *El* venga?»

SÓCRATES

«Teneis razón; más valdría tomar este partido que correr la eventualidad de no saber si ofreciendo sacrificios agradaremos á Dios ó le disgustaremos.»

ALCIBIADES

«Pues bien: cuando llegue ese día, entonces presentaremos á Dios nuestras ofrendas. *Espero de su bondad que no se hará esperar mucho tiempo* (1).»

El precedente diálogo, escrito con todo el aticismo griego y aquella modestia que constituye la virtud del verdadero sabio, es una demostración irrefutable de la incompetencia de la antigua sabiduría para distinguir el bien del mal, la verdad del error, el mérito del demérito en la parte más esencial de la moral, en la que se refiere al culto entre Dios y el hombre, y sobre todo al concepto de la Causa primera; pues como habrán notado nuestros lectores en el párrafo primero que hemos transcrito se habla de dioses, como en el tercero, y se concluye esperando en la bondad de Dios que no se hará esperar el personaje que había de enseñar á los hombres cómo se han de portar con los *dioses* y ellos mismos.

«La Iglesia católica, por boca de sus más ilustres escritores, ha interpretado el mencionado diálogo, aplicándolo á la venida del Redentor del género humano, así como la doctrina de *Confucio* referente á la venida del *Santo de los Santos*, de la cual nos hemos ocupado

(1) Platon in Alcibiad II. Oper. t. I., pág. 100.

en el cap. I de este libro, cuyas dos profecías, que así pueden llamarse por haber tenido cumplimiento en la persona del Salvador, son dos testimonios irrecusables del saber humano que deponen á favor de nuestros juicios sobre lo limitado del pensamiento del hombre para elevarse por sí solo sin el auxilio de la fé cristiana á las grandes concepciones de la moral y de la creencia en un solo Dios, que como ha dicho el autor del *Genio del Cristianismo* en los espacios de la eternidad resplandece, único como el Sol, que es su imagen en el tiempo.»

Por otra parte, las virtudes más recomendadas por los sabios de Grecia, como la *fuerza*, la *prudencia* y la *templanza*, ¿pueden resistir la comparación con la *fé*, la *esperanza* y la *caridad* cristianas?

«Aquellas virtudes de nada servían para contener las pasiones desbordadas, puesto que el politeísmo era el culto de todas ellas y de los vicios más refinados. A pesar de la *fuerza* considerada como *virtud* para hacerse superior á las pasiones, refiere *Estrabon* que habia en Corinto mil mujeres públicas consagradas al culto de Vénus, diosa de la prostitución, divididas entre esclavas y sacerdotisas, cuyas mujeres habian sido regaladas al templo por personas de ambos sexos, lo cual atraía á Corinto tantos extranjeros y la hacía opulenta.»

Por lo que toca á la *templanza*, tan sólo era una virtud escrita en los libros de los filósofos, pues los excesos que se cometían en los banquetes que eran desenfrenadas orgías, donde los más exquisitos manjares y los vinos más generosos enloquecían las cabezas de aquellos magnates que adoraban á Júpiter convertido en lluvia de oro para seducir á *Danae*, de la misma manera que se asociaban al *coohé* de las sacer-



dotisas de Baco, grito que envolvía las dos locuras de la humanidad, las dos concupiscencias de la carne y de la embriaguez, nada tenemos que añadir sino que la mencionada virtud de la *templanza* jamás pasó del predicamento de una teoría brillante.

En cuanto á la prudencia, virtud que debía practicarse en todos los actos de la vida y muy especialmente en los campos de batalla, después de una victoria, los griegos no siempre dieron pruebas de aconsejarse en la referida virtud, como quedó demostrado con la destrucción de *Troya* en aquella guerra titánica producida por el raptó de Elena por *Pharis*, aquel príncipe troyano que viajaba por la Grecia y otros hechos históricos del pueblo heleno.

Puesta de relieve la escasa ó nula influencia moral que ejercían sobre los pueblos griegos las virtudes tan recomendadas por sus sabios, la templanza, la fuerza y la prudencia, veamos ahora la influencia que las virtudes de la fé, la esperanza y la caridad cristianas han ejercido y ejercen sobre el mundo moderno.

IV

La Fé.—Fundamento de la justicia, como la llama el angélico Doctor, es la que ha hecho en el orden moral, como en el orden físico, todas las grandes obras que constituyen la admiración de la humanidad. Con razón se ha llamado á la fé el manantial de todas las virtudes. ¡Hija del cielo, como don de Dios desgraciado del que desoiga sus consejos y se aparte de sus santas inspiraciones!

En verdad que si como se ha dicho en el Evangelio el que tenga fé trasladará las montañas de un punto á otro, el que por desgracia no posea esta virtud teológica primera, necesariamente resultará imposibilita-

do para llevar adelante esas grandes empresas del ideal humano, que á medida que pasa el tiempo van entrando en el catálogo de las realidades, como también resultará impotente para el manejo de los negocios más triviales de la vida.

Con efecto; quitad la fé al valeroso militar siempre dispuesto á luchar en cien combates y derramar su sangre generosa por la causa de la religión y de su patria, y vereis lo que queda del denuedo y de la abnegación de ese pundonoroso soldado, convertido en *excéptico autómeta* por obra y gracia de la impiedad.

Arrancaid del pecho del marino esa fé sacrosanta que le lleva á descubrir países desconocidos, atravesando las soledades del Oceano sobre frágil tabla combatida por los vientos y las olas y no tendreis la América descubierta, porque la fé, y la fé sola, fué la que impulsó á *Colón* á descubrirla.

Suprimid la fé en el malogrado M. *Lesepe*, en esa gloria, no sólo de nuestra vecina Francia, sino de la civilización moderna, y hoy no sería un hecho el canal de Suez que ha unido dos mares: el de las Indias con el Mediterráneo, facilitando la navegación y el comercio con los principales pueblos del Asia y Oceanía.

Dejad á Edison sin fé en sus inventos, y no habrías admirado sus prodigios eléctricos ni oído la palabra como por evocación fantástica, transmitida, desde el fondo del fonógrafo.

Sin la fé en los ingenieros alemanes que creían en la posibilidad de su empresa, tampoco sería un hecho el canal del Norte.

La inmensa mayoría de los talentos de todos los pueblos antiguos y modernos, esto es inconcuso, deben sus obras producidas bajo distintos climas y latitudes y religiones diversas á la fé en la causa pri

mera, á cuya *Entidad* han rendido culto bajo distinto nombre y rito diferente, y cuyas obras han dedicado á la investigación del Infinito, del cual dan testimonio los cielos y la tierra, pues, afortunadamente, los atéos que se encuentran entre los sabios son tan escasos, que algunos de ellos ignoran que lo sean.

Bacon, antes de comenzar á trabajar en sus obras filosóficas, invocaba á Dios y le pedía sus inspiraciones. La fé lo impulsaba.

Alejandro el Grande, que quiso poner la civilización griega á la cabeza de la Unidad Oriental, logrando dominar en Asia, después de haber roto con su espada el célebre nudo del Carro del Templo de *Gordio*, decía que todas sus victorias eran obra de la Providencia, por que tenía fé.

Borrad esta virtud de la conciencia del magistrado que tiene á su cargo la interpretación y aplicación de las leyes y del cual depende la fortuna, la familia, el honor y la vida del ciudadano, y habréis suprimido la justicia.

Lo mismo habría sucedido á los más grandes oradores que registra la historia, sino hubieran tenido fé. Ellos lograron universal fama por que creían, y de este aserto dan testimonio *Demóstenes*, *Cicerón*, *Bosquet*, *Masillón*, *Pascal* y en nuestro tiempo una indiscutible gloria de la tribuna española, *Castelar*, quien acaba de hacer su viaje á la Ciudad eterna, á prosternarse á los piés del inmortal León XIII, para purificarse, acaso, de sus antiguas aficiones revolucionarias.

¿Perderá por ello el Sr. *Castelar* su fama de orador y de sabio? No, y mil veces no; por el contrario, el gran orador al dirigir sus pasos á la piedra angular de la Iglesia, ha puesto en práctica el axioma de *Bacon*, «poca ciencia aparta de la fé y mucha ciencia

hace volver á ella.» Y no és que el expresidente del poder ejecutivo de nuestra pàtria no haya tenido ciencia en sus mocedades democráticas, que siempre se distinguió por su natural talento y sus prodigiosas facultades oratorias, sino que, tarde ó temprano, los sàbios de todòs los tiempos, cuando han andado un tanto apartados de los dogmas fundamentales que la fé enseña, al fin han vuelto sus miradas al único edificio que ha resistido todas las tempestades y combatido contra todos los vientos, al magestuoso baluarte de la fé, que como obra divina sobrevive y sobrevivirá á todos los siglos y á todòs los poderes, sostenida por el dedo del Autor de los mundos que giran en el espacio, por *Aquel* que ha podido decir que «pasarán los cielos y la tierra y sus palabras jamás pasarán.»

En fin, *Victor Hugo*, que no debe ser sospechoso á la impiedad, ha dicho: «Una fé, he ahí lo necesario para el hombre, desgraciado del que no crea en nada.» (1) Tan precisa es la fé al hombre, como queda demostrado, que sin ella el mundo quedaría reducido á una horda de salvajes dedicados á la meritoria tarea de devorarse los unos á los otros en festín de caníbales.

¡Fé santa, Fé bienhechora, no abandones nunca á los hombres, por ingrátos que sean, y acóge'los bajo el manto augusto del caudal de tus virtudes!

V

La Esperanza.—Así como hemos visto eclipsarse las cacareadas virtudes de los griegos, ante el magestuoso esplendor de la primera virtud cristiana, de igual modo vamos á verlas desvanecerse ante la se-

(1) Los Miserables, tomo II, página 40.

gunda virtud teológica que figura á la cabeza de estas líneas.

Hemos probado, según nuestro modesto, pero leal saber y entender, que el mundo ha podido pasar sin la fuerza, la prudencia y la templanza, que eran las mayores virtudes del pueblo heleno, puesto que jamás pasaron del papel á la práctica, es decir quedaron reducidas á simples utopias; ahora demostraremos, que, sin la virtud de la esperanza, con relación á la otra vida, el mundo sería un vasto cementerio, como ha dicho el insigne catedrático y elocuente orador *Sr. Azcárate* en su obra sobre la Filosofía, si la memoria no nos es infiel, como el historiador sin fé, el eterno sepulturero de las generaciones del pasado.

Sin la virtud de la esperanza, hija legítima de la fé, ¿qué sería de ese sencillo labrador que arroja la semilla al zurco para que germine y se desarrolle entre tempestades, pedriscos, insectos y otras mil calamidades de los tiempos? Sin embargo, el labrador cuando siembra, no se ocupa para nada de las vicisitudes que puedan impedir que el grano fructifique, sino que, fijos sus ojos en las inescrutables leyes de la Providencia, confía en que sus trabajos se verán premiados, cuando aquella semilla podrida por la acción química de la tierra se convierta en hermosa y rica espiga de oro, que ha de llenar sus trojes y ha de servir de sustento á su familia. La esperanza fué la que alentó al labrador en sus primeras faenas agrícolas, y por ella vió realizados sus legítimos deseos.

La transformación del grano que se arroja sano á la tierra y ya en ésta se pudre y germina para convertirse en preciosa espiga, trae á nuestra memoria aquel pasaje de *Sócrates* en su *Fedho* (1) en que ase-

(1) Diálogo I.

gura «que así como de la semilla podrida nacen nuevos frutos, de la muerte nace la inmortalidad.»

¿Qué sería de los desgraciados y los desvalidos sin que esa virtud augusta de la esperanza brillase en sus frentes?

Ellos que contemplan el desorden moral del mundo, que ven la riqueza acumulada en manos poco generosas, con honrosas excepciones, la iniquidad ocupar el solio de la justicia, como dice la Escritura Santa, en triunfo la molicie y el vicio, la corrupción enseñoreándose de la ciudad, la intriga de los altos poderes de las naciones, en libertad á impenitentes criminales, en lujosa carretela á algunas gentes que con su soberbia insultan la moral y la pobreza; ellos, en fin, que ven pasar los días, los meses y los años sin que la balanza de la justicia restablezca el imperio del bien sobre el mal, y contemplan la virtud menospreciada y escarnecida, viviendo en miserable tugurio, sostenida por los esfuerzos generosos de la caridad; ¿qué sería, repetimos, de tanto desamparado de la sociedad, si no poseyeran en alto grado la virtud de la esperanza?

Algunos dirán que esta virtud se nos presenta como una diosa juguetona que nos atrae con su sonrisa y nos arrebatada con sus encantos desde la cuna hasta el sepulcro, pero que jamás llega á ser nuestra prisionera, sino siempre nuestra fugitiva.

Nosotros contestaríamos á los que así discurren: Preguntad al enfermo, ora sea joven ó viejo, fuerte ó débil, si su esperanza no consiste en volver á recobrar la salud, que es el primer tesoro que el hombre posee, y si, cuando con fé la ha invocado no se le ha aparecido en sueños su bella imagen, devolviendo al fin á su lacerado cuerpo su antiguo vigor y lozanía,

Preguntad á la madre, cuyo hijo está en la guerra.

si no alienta en su pecho la esperanza de abrazarle sano y salvo, por la protección del Dios de las batallas, cuando la campaña haya terminado.

En fin, preguntad á los que sufren, si en muchos de sus padecimientos no les alienta la esperanza de mejorar de suerte, y si en el cáos de las tristes sombras no la ven brillar en los horizontes de lo porvenir.

De tanta eficacia es la esperanza para los negocios espirituales y temporales, que los filósofos y retóricos la han llamado con razón una de las pesas del reloj de la vida, por la cual se mueve el hombre hacia el *bien*, representando la otra el *temor*, por el cual se aparta del mal. Claro es que los retóricos y sabios citados, consideran el temor y la esperanza como pasiones en el orden de las templadas.

Por último, preguntad al minero si cuando en el *cabo* de la mina el filón ha dado el *cambiarzo* que ellos dicen, ó se ha cortado, hablando con más propiedad, quién le aconseja que continúe su rudo trabajo rompiendo el muro granítico con el pico y la dinamita, sino es la esperanza quien le impulsa á seguir su obra gigantea, hasta volver á encontrar el mineral perdido.

Interrogad al náufrago que arribó á segura playa, si en el fragor de la tempestad, cuando el buque que lo conducía se hundió para siempre en los abismos insondables del Oceano, y él, en combate titánico con las olas y los vientos se asió á la afortunada tabla que le salvó la vida, si no fuè la esperanza quien le daba fuerzas sobrenaturales para luchar y le prestó sus alas de ángel para coronar la altura de las montañas de agua que formaban las olas embravecidas y ganar la orilla donde salió ileso.

Borrando, pues, la esperanza del corazón del hombre, nos atreveríamos á decir que el mundo moral

quedaría sin una de sus más fuertes columnas, y el material, sin el freno que contuviese las pasiones, pues el que nada espera nada teme, y sustituiría á esta virtud cristiana su antítesis: la *desesperación*, con su espantosa cohorte de suicidios, crímenes y locuras.

¿A qué quedan pues, reducidas frente á la Esperanza las tres virtudes de los griegos?

¿Resistirán éstas la comparación con el principio evangélico de la Caridad?

Aunque á su sola invocación se ocultan entre las sombras las llamadas virtudes del mundo pagano, como avergonzadas fugitivas que no quieren hallarse frente á frente del astro majestuoso de la Caridad cristiana, pues realmente los pueblos idólatras desconocieron este sagrado principio hasta el extremo de que los suplicantes y desgraciados tenían que esperar que *Júpiter* se declarase protector de ellos para encontrar algún consuelo, no obstante, y á pesar de que lo haremos con más extensión, cuando tratemos de las instituciones cristianas fundadas y sostenidas por la Caridad, vamos á tratar ahora de esta tercera virtud teologal, cuya patria no debe ser este miserable valle de lágrimas, donde el dolor y la muerte son los inseparables compañeros del hombre.

VI

¡La Caridad!—¡Desconocida viajera que atraviesas los valles y los desiertos, las montañas y los mares, las ricas y populosas ciudades, como las pobres y solitarias aldeas, repartiendo por todas partes el tesoro de tus inagotables consuelos, dando de comer al que padece hambre, vistiendo al desnudo, preparando hospitalidad al extraviado caminante, enjugando con mano generosa las lágrimas del que llora, asistiendo

al enfermo en su agonía y echando la última palada de tierra sobre su cadáver, cuando Dios ha llamado á su alma á juicio! ¿Quién eres? ¡Ah! No es necesario que nos indiques cuál es tu patria ni qué clima acarió tu nacimiento; pues existiendo una religión divina, es decir, revelada por el mismo Dios á los hombres, necesariamente tienes que ser hija de esa religión, luego tu patria es el cielo.

Permitido este pequeño desahogo á nuestro corazón, dado el hermoso espectáculo que en medio de la corrupción del mundo, á diario nos da la caridad, socorriendo á tanto desvalido, veamos hasta qué punto esta virtud cristiana ha cambiado la faz del universo.

En China, por ejemplo, para evitar el exceso de población, se arrojaban los recién nacidos á los cerdos; pues bien por la sola influencia de la caridad en muchos pueblos de aquellas dilatadas regiones, ha quedado abolido tan bárbaro delito, y si en algunos del interior quedan restos de la infame costumbre del infanticidio, va desapareciendo, gracias á la activa y eficaz propaganda de los misioneros cristianos, que predicán la caridad ó el amor á Dios y al prójimo.

Conocido es de todos los que poseen una mediana instrucción el rito del *Sateísmo*, instituido por los primitivos príncipes del *Indostan*, culto que todavía se conserva en algunos Estados de aquella región de Asia, el cual consiste en que la mujer que enviuda, para que jamás pueda ser infiel á su esposo difunto, voluntariamente se *sequema* con el cadáver de aquel para lo cual, después de una larga preparación de oraciones y estímulos mentales, es llevada á caballo rodeada del pueblo y sus *brahmines* (sacerdotes), en medio de una infernal gritaría, al lugar donde se ha de consumir el sacrificio, el cual se verifica después de una

danza en deredor de la pira, hasta que llega el momento en que la *Sati* se despoja de sus adornos y joyas, los regala á los espectadores y se arroja al fuego dando gritos é invocando á *Indra* «Regente del Firmamento», quien espera su espíritu para alegrarle con las *Upsarasas* (bailarinas de su corte), cuando el fuego ha consumido sus restos y cuyas cenizas se lanzan al Ganges (1); pues bien, culto tan extraño en el pasado año de 1866 de 34 Estados de aquel país, 18 eran abolicionistas, y hoy ha desaparecido casi por completo, gracias á la influencia de nuestros misioneros y á la no menos eficaz del gobierno de Inglaterra, quienes impulsados por el gran principio de la caridad, han trabajado y trabajan de consuno con tan laudable fin.

En Roma no hay para qué referir lo que se hacía con los ancianos, los esclavos inútiles y los sanguinolentos (recién nacidos), á quienes se dejaba en las orillas del *Thiber*, para que los devorasen los lobos que bajaban del monte *Abrucio* (2).

Era necesario, pues, que descendiese de los cielos la Caridad con el manto protector de su misericordia para borrar de la tierra tanta iniquidad y abrir esos santos asilos, donde el anciano, el niño abandonado y el enfermo desvalido encuentran lenitivo á su vejez el uno, y amparo y protección los otros para sobre llevar las amarguras de la vida, el no menos triste duelo de la falta de un padre y las acerbadas penas de la enfermedad y la miseria. Tan exacta es aquella definición que de la caridad nos da el Gran Apóstol: «La caridad es paciente y benigna, no es envidiosa, no

(1) Díaz Benjumea, «Costumbres universales», tomo II pág. 245.

(2) Tácito, Anales, Libro VII.

obra precipitadamente, no se ensorbece, no es ambiciosa, no busca su provecho, no se mueve á ira, no piensa mal, no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad; la caridad todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (1).

Después de la anterior definición del principio evangélico que nos ocupa, nos parece inútil comparar esta virtud que se enseñorea del mundo con las sombras de virtud de los pueblos politeistas, y mucho menos con lo que en los tiempos actuales ha dado en llamarse *filantropía* ó amor á la humanidad; pues, realmente, los que la practican, más bien demuestran *el amor de sí mismos* con esos bombos que se dan en la prensa al anunciar *Urbi et orbe*, que han legado determinadas cantidades para fundación de Escuelas ó de Montes de Piedad y Cajas de Ahorros y demás instituciones benéficas; obras que, según los preceptos de la moral de Jesucristo, serían mucho más meritorias á los ojos de Dios si se hiciesen *ignorando la mano izquierda lo que hace la derecha*, y no agotando todos los tonos del reclamo, para que se tenga al que así practica el bien, como un *héroe de la caridad*, por su abnegación en favor de sus hermanos, cuando bajo cualquier punto de vista que se consideren sus actos, siempre descubrirá el ojo del pensador, que penetra más que el del incauto, en medio de las nubes del incienso público, en vez de la apoteosis de la caridad, la de la vanidad y el amor propio del laureado filántropo.

En resumen: examinadas las escuelas filosóficas de Grecia, como sus legisladores más sabios en el orden religioso y civil, en sus máximas y conceptos morales, nada hemos hallado que pueda seriamente ase-

(2) I Corin. V. 13, 14.

mejarse á la moral sacrosanta del Dios del Calvario.

Alcanzó pues á bien poco la humana sabiduría, que podía reducirse á unas cuantas páginas, escritas precisamente para negarse las unas á las otras, puesto que hasta en el prototipo del saber que nos legó la antigüedad en su *Sócrates*, con su sentido altruista y su fé en la causa única, en sus últimos momentos sacrificó al dios de la Medicina; y, en cuanto al justo *Artstides*, que al salir desterrado de Atenas pidió á los *dioses* que las cosas de su patria fueran tan prósperas que todos olvidasen su memoria, este acto de generosidad, no de humildad de corazón, fué borrado por otros rasgos de su carácter político.

En cuanto al severo *Catón*, sabido es cómo trataba á sus esclavos ancianos, y á pesar del retrato que de varón tan insigne nos dejó *Séneca*, en el cual nos lo muestra con la «dureza del diamante y la firmeza de la roca» para mantenerse inmóvil en medio de las tempestades, á pesar de que cuando le dieron de bofetadas no se enfadó, ni vengó, sin embargo no perdonó, como hacen los cristianos con sus enemigos, siguiendo la moral sublime del Divino Maestro cuando decía en su sagrada predicación: «Sabeis que os ha dicho: Amad á vuestro prójimo y aborrecer á vuestros enemigos.» Pues bien, yo os digo: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro padre que está en los cielos, el cual hace nacer el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.»

Catón, en fin, que fué el tipo más perfecto de la virtud entre los romanos, como *Artstides* entre los griegos, apeló al suicidio por no sobrevivir á la pérdida de la libertad de su patria, faltándole aquella grandeza de ánimo de que nos habló *Séneca* en el retrat

moral que de él nos hizo y aquella fuerza superior de que tantas pruebas dieron los mártires cristianos al morir por su Dios y su religión, entre las fieras del Circo ó las hogueras de la tiranía.

Aun cuando en el capítulo siguiente hemos de tratar de las llamadas *romanas virtudes*, hemos citado á *Catón* para dar el cuadro completo de los hombres más virtuosos de la antigüedad, quien como *Aristides*, *Sócrates*, *Platón*, *Aristóteles* y *Epicteto*, enseñó y practicó la moral de aquellos tiempos, para deducir en lógica consecuencia, que á despecho de tanto saber y de tantas virtudes como las pasadas generaciones hicieron gala, se encuentran aquéllas en grado más superior en cualquier sencillo campesino por el sólo hecho de ser cristiano, lo cual viene á corroborar las palabras de *Voltaire* que van á la cabeza de este capítulo, referentes á que si la antigüedad nos dió un *Epicteto*, el Cristianismo nos ha dado *Epictetos* á millares, en lo que se demuestra su divino origen

Acabamos de ver la superioridad de la moral cristiana sobre la de los sabios de Grecia; ahora vamos á demostrar que las máximas tan ponderadas de éstos no tuvieron ningún resultado práctico en el orden social, moral ni religioso. Empecemos por esto último. La religión ha sido siempre en todo país civilizado, y aun en los pueblos bárbaros, un freno para contener las pasiones de los hombres. Entre los griegos sucedía lo que necesariamente tenía que suceder allí donde el paganismo tenía sus altares: que la religión, en vez de ser el «yugo suave» para someter las pasiones, daba aliento á éstas para que se manifestaran con más violencia, bajo las mil formas y caprichos inventados por la molicie y la corrupción; así es que todos los vicios y pasiones tenían su personificación en los *dioses falsos*, y nadie se explica, á

no entrar en ello la dagradación á que había llegado el mundo, cómo se adoraba la embriaguez en *Baco*, la prostitución en *Venus* y el latrocinio en *Mercurio*. En este culto estaba sintetizado todo el *bién* que el paganismo debía hacer en favor de los desvalidos y desamparados, para quienes no tuvo nunca una lágrima de compasión ni un acto de generosidad, resultado de aquel a religión, en la cual, como dice *Bosuet*: «todo era Dios, excepto Dios mismo.» Así resultaba que las cuestaciones que se hacían en los Templos de aquellas falsas deidades, servían para fomentar las concupiscencias, para estender el mal en vez de ponerle diques que le contuviera, consecuencia racional y legítima de una sociedad sin ningún lazo moral que la uniese á la causa creadora, sin la esperanza de una vida futura en la cual habían de brillar los atributos de su misericordia y de su justicia, cuya sociedad, no teniendo más idea que del presente, se esforzaba en vano por encontrar en el placer aquella felicidad á que aspira el alma, felicidad que no se encuentra en la tierra, aunque se dominen todos los Imperios, se posean todos los bienes y se disfruten todos los goces, porque esa felicidad no pue le tener por patria la pequeñez del globo, comparada con la grandeza de las aspiraciones de nuestro sor moral.

Vemos, pues, que en el orden religioso nada produjo el paganismo de esas grandes instituciones que tanto se admiran en el cristianismo, que es por antonomasia la religión que ha hecho más beneficios á la humanidad, y el que con la luz de sus doctrinas ha civilizado el mundo.

Tampoco en el orden social produjo el politeísmo griego, con todos sus legisladores, ningún beneficio á los que lo profesaban.

Ya hemos visto que la esclavitud con todae sus in-

humanidades era sostenida por sus sabios, que la mujer que la doctrina de los cristianos elevó á compañera del hombre, era considerada como *cosa*, hasta el punto que aquél por éualquier capricho la repudiaba y tomaba otra, lo cual está probado por irrecusables testimonios, y entre ellos el muy conocido de *César*, que repudió á su mujer por el sólo hecho de haber dado una flor á un caballero romano, disculpándose después el célebre emperador con aquella frase que guarda la historia, y dice así. «No basta que la mujer sea buena; es preciso parecerlo.»

La familia pues que es institución cristiana en su origen, realmente no existió para los antiguos pueblos, que admitían la prostitución legal, que no conocieron ni respetaron esa sociedad sagrada, cuya base es el Sacramento del matrimonio, porque admitiendo la comunidad de mujeres, ningún interés debían tener en conservar aquellas relaciones de obediencia, amor y respeto que deben existir entre padres é hijos que constituyen la santidad del hogar católico, y son como el perfume de sus virtudes.

¿Qué idea de la familia podían tener los pueblos paganos, cuando hasta el patriota por excelencia, el rígido *Catón*, hallándose en cinta su mujer *Marcia*, la cedió á *Hortensio*, y á la muerte de éste, que dejó heredera á aquélla, la volvió á recibir perjudicando al hijo de aquél?

Hasta el mismo *Séneca* nos refiere que había mujeres que no contaban los años por los cónsules, sino por el número de sus maridos.

En otro orden de ideas, aunque los antiguos tuvieron nociones de justicia, éstas fueron tan limitadas, que si alguna vez se aplicaron y produjeron algún bien social, fué con relación al pueblo en que vivían, á la patria, cuya imagen adoraban, pero jamás con

relación al extranjero á quien trataban como enemigo, por el sólo hecho de ser extraño al país. Así ocurría que en las guerras nunca existió ese espíritu de cosmopolitismo, esas costumbres humanitarias que nuestro derecho de gentes, hijo del Cristianismo, introdujo en el mundo moderno, por el cual se considera y respeta al vencido, guardándole todas las deferencias y atenciones que se deben á la majestad de la desgracia.

Por lo que se refiere al orden moral, tampoco hemos visto los frutos que produjo el paganismo.

¿Dónde están sus asilos para los ancianos, sus hospitales para los enfermos, sus manicomios para los infelices que pierden la razón, sus casas de maternidad para la inocencia abandonada, sus hermanas de la Caridad, que con el ilustrado y virtuoso sacerdote, comparten su asistencia junto al lecho del moribundo, y sus sabios misioneros que impulsados por su inextinguible fé y su amor al género humano fuesen á ignotas tierras é insanos climas á derramar su sangre generosa y aun á dar su vida por la causa de la religión que predicán al salvaje, en nombre de un Dios mil veces santo?...

¡Ah! Sólo á la moral cristiana ha tocado fundar todas esas instituciones de enseñanza, caridad y misericordia que los pueblos idólatras jamás llegaron á conocer, á esa moral sacrosanta cuya virtualidad á la voz del gran Pontífice *San León* contuvo la fiereza de *Atila*, librando á la sociedad de la inminente destrucción con que le amenazaran aquellas *hordas de bárbaros*, dignas de tal caudillo que invadieron á Roma; á esa moral cuya virtualidad es tan maravillosa que en los más lejanos horizontes de lo porvenir no ve el ojo intelectual nada que pueda sustituirle, porque las



obras de Dios no pueden ser substituidas por las de los hombres; á esa moral, en fin, es á quien ha cabido en suerte enjugar tantas lágrimas y socorrer tantas miserias, y á quien tocará por segunda vez, sin duda alguna, como siempre que sea necesario, librar la sociedad presente de las escenas de terror, desolación y luto con que pretenden hacerla desaparecer los *bárbaros de la civilización*, porque las leyes de la Providencia, lo mismo en el orden moral que en el físico, se cumplen siempre, con exactitud matemática, á despecho de las locuras de los hombres y de sus planes insensatos.

CAPÍTULO IV

Leyes de los Druidas.

Los antiguos sacerdotes de los Galias fueron los que dieron á aquel país las leyes que vamos á comentar, país que un día, á la voz del inclito *San Remigio*, obispo de Reims, vió la conversión de *Clodoveo* y de sus sicambros, después de las famosas palabras del santo obispo, cuando amonestaba al citado caudillo para atraerlo al Cristianismo, palabras que no podemos sustraernos al deseo de insertar, porque revelan la entereza y la convicción con que nuestros sabios y virtuosos preladados han hablado en todos los tiempos á los grandes de la tierra. Helas aquí: «¡Oh, Príncipe! Dobra la cerviz ante la mano del Omnipotente, respecta sus templos que hasta aquí has destruido, y arroja al fuego los ídolos que antes adoraste», y la conversión fué un hecho.

Los druidas, pues, en uno de cuyos templos se encontró la célebre inscripción *Virgini parituræ*, profecía que al cristianismo tocó llevar á efecto en sus dogmas sacrosantos, admitían en una de sus primeras leyes la eternidad del mundo y la inmortalidad del alma, principios antitéticos que jamás podrán compaginarse con la idea del Ser inteligente que creó y ordenó el mundo por su poder y sabiduría, pues la eternidad del mundo implica la negación de Dios, y la inmortalidad del alma sin Dios, es una paradoja que nadie podrá explicar, aunque viniesen á la vida los sabios del *Areópago*, del *Liceo* ó del *Pórtico*, porque, ¿qué necesidad hay de que el alma sea inmortal, no

existiendo un Ser infinito á quien dar cuenta de sus actos, después que aquella haya abandonado á la descomposición el cuerpo á quien dió vida?

Por lo demás, si el mundo es eterno, no ha sido creado; existe por sí sólo con propia independencia, y por tanto tendremos un *Dios-Materia*, lo cual es más incomprendible que el Ser infinito é inteligente, que aunque la razón no se explica, lo comprende, porque al fin y al cabo este Ser Supremo con su sabio plan del mundo, abeterno, la razón no dará de *El* una explicación matemática, pero, por el hecho de existir el Universo con todas sus grandezas reconoca una causa creadora, inteligente y libre, á quien rinden tributo todas las criaturas con tristes y funestas excepciones, pues no hay sabio á quien no conmuevan las maravillas de la creación, ni poeta que no las haya ensalzado con su lira de oro, ni ciencia que no se haya prosternado y reconocido su pequeñez ante el Dios que á su sola palabra hizo brotar la luz sobre el caos y poblar el espacio de los infinitos soles que con el orden admirable que vemos, hacen sus evoluciones sobre sus órbitas de diamante.

Puesto de relieve el error en que incurrían los antiguos sacerdotes de los egipcios, acerca de la eternidad del mundo, veamos si en sus demás leyes encontramos algunos preceptos relacionados con la virtud.

Aquellos legisladores, ceñida su blanca túnica, con su luenga y nivea barba, la segur de oro al cuello para cortar el muérdago sagrado que habían de repartir al pueblo, como amuleto contra los males, velando al lado del altar para predecir por el vuelo de las aves de donde había de surgir la guerra ó por donde había de irse á la conquista, imponían también los deberes de defender la madre, la patria y la tierra.

Los dos últimos preceptos pueden reducirse á uno

solo, pues la tierra y la patria son una misma cosa, en el sentido general que se aplica á estas palabras, y en cuanto á la defensa que el galo debía hacer de su madre, borrado debía andar en aquellos tiempos el sentimiento de la maternidad, cuando era necesaria la ley que obligaba al hijo á defenderla.

Y para que siempre tenga cumplimiento aquella frase bíblica que enseña «que nada hay nuevo debajo del sol » *Nihil novus sub sole*, por otro precepto druidico se determinaba que el hombre admitiese á la mujer á sus consejos, lo cual nos recuerda la tendencia de los que hoy aspiran á convertir á esa bella mitad del género humano en *alcaldes, diputados, senadores, abogados, médicos, ingenieros* y otros cargos *ejusdem furfuris*, para que el hogar quede desamparado, el esposo llegue á odiar el matrimonio y los hijos anden como el judío errante, si antes no los ahoga en sus inmundos tentáculos el mónstruo de los vicios ó son atraídos, para pervertirlos y perderlos, por los cantos de sirena de la corrupción y la iniquidad.

Las leyes que examinamos prometían también recompensas al valiente y castigos al cobarde, después de esta vida, lo cual denota que el principio de justicia, que no es más que un débil reflejo de la justicia de Dios, siempre ha brillado, aun en medio de las tinieblas de la idolatría, patentizando su origen como virtud no nacida en el seno de los hombres.

Por ese mismo principio cuya definición conocemos todos los que hemos ojeado las primeras páginas del Derecho Romano por el *Constam et perpetua voluntas, jus suum cuique tribuendi* de Justiniano, se ordenaba al galo que «honrase al extranjero y que en la siega pusiese aparte su porción», estableciendo una notable y excepcional diferencia en la manera cómo había de tratarse al que no hubiese nacido en las Galias, con

relación al modo con que los demás pueblos trataban al no dado á luz en sus dominios; pues es sabido que, como la idea de la patria no se entendía más que hasta donde llegaban las fronteras, los extranjeros eran tratados como enemigos.

Los druidas ordenaban también en sus cánones que no se levantasen templos, y que la historia de lo pasado sólo debía confiarse á la memoria, prescripciones que jamás llegaron á cumplirse; primero, porque dado su culto levantaban sus templos con esbeltez y gallardía, y segundo, porque no confiando más que á la memoria la historia de lo pasado, realmente no tendríamos historia, sino tradición.

La infamia era considerada por aquel pueblo conquistador como una de las mayores abominaciones á que podía llegar el hombre, puesto el pié en la pendiente de la degradación, así es que condenaban al infame á ser sepultado en el cieno.

También declaraban en sus leyes que el hombre era «libre», y que debía ser sin propiedad.

En cuanto al principio de la libertad, que es uno de los primeros atributos del hombre, ¿quién no estará de acuerdo con los druidas?

El sabio autor del «Espíritu de las leyes» ha definido la libertad diciendo que «es la facultad de hacer en un Estado en que hay leyes lo que *se debe querer*, y no en ser obligado á hacer lo que no se debe querer; de manera, que en haciendo lo que *debe hacerse* en cualquier Estado donde se viva, es decir, todo lo que no sea contrario á los fines de la moral y del derecho, tendremos un país civilizado y libres ciudadanos. Entendemos, pues, que la libertad tiene sus límites, y que, afortunadamente, no es como algunos eruditos á a violeta la explican, pretendiendo que es absoluta y no relativa, á más de que el referido principio tiene

su contrapeso en la responsabilidad, porque es cierto que el hombre es *libre*, pero también lo es, que es *responsable*.

Si nos atenemos al criterio de nuestra madre la Iglesia Católica, la cuestión se nos presenta con los esplendores del sol del Mediodía. En una de las últimas Encíclicas de S. S. el inmortal León XIII, ha definido la libertad con la claridad de concepto y brillantes de palabra que vamos á oír: «La libertad, ha dicho, consiste en la facultad de elegir entre dos términos que conducen á un fin determinado, siempre con arreglo á la ley de la moral eterna».

Ahora bien, este límite de la ley moral no es otra cosa que la negación de la libertad para cometer el mal puesto que aquella se convertiría en licencia, lo cual resulta tan contrario á la razón, que en los tiempos presentes no hay quien defienda semejante vulgaridad.

A mayor abundamiento S. S., si mal no recordamos, en la misma Encíclica define el Derecho manifestando que es «una facultad moral que sólo debe concederse para propagar la verdad, la justicia, el bien, la moral y no el error, el vicio y la perversión de las costumbres, cuya definición se armoniza perfectamente con las que anteriormente hemos citado de la libertad del mis no Soberano Pontífice y del insigne *Montesquieu*.

En resumen, con el límite de la moral porque el hombre no tiene derecho á la violación de las leyes divinas ni humanas, es como debieran entender y practicar el principio que nos ocupa las escuelas liberales y democráticas, á quienes separan abismos insondables del comunismo y la anarquía.

Nuestros códigos políticos han consagrado también el ejercicio de la libertad con el límite de la moral;

pues la Constitución del año 12 determinaba en su candoroso art. 6.º que los españoles estaban obligados á *amar la patria* y ser *justos y benéficos*; la de la Constituyente del 68, promulgada en Junio del 69 en su artículo 17, párrafo 4.º y la hoy vigente del 76, han proclamado también el derecho de reunión y asociación para todos los fines de la vida humana *que no sean contrarios á la moral*, y lo mismo han determinado en cuanto al ejercicio de las demás libertades y derechos del hombre.

Nos ha sugerido esta observación el precepto druidico que examinamos, porque al declarar que el hombre es libre y debía ser sin propiedad, parece como que se quiso enseñar que el hombre es libre en absoluto y aun que la propiedad podía ser obstáculo para realizar aquel sueño, lo cual es antitético, porque á medida que el hombre es más propietario resulta más independiente, con relación á los demás, políticamente hablando, pues dada la organización social existente, el que más posee es el que menos necesita poner á contribución sus derechos, y de ahí que resulta más libre que el que no posee nada. Esto parecerá á nuestros lectores realismo puro, pero no por ello deja de ser menos cierto, aunque desgraciadamente la realidad tenga sus impurezas, como enseña *Castelar*.

En cuanto á lo que llamamos *libre albedrío*, que algunos pensadores creen que por él se va exclusivamente al mal, como por la libertad al bien; entendemos que lo mismo por la *libertad*, como por el *libre albedrío*, el hombre puede obrar el mal ó el bien, pero ni la una ni el otro sancionan el mal, pues todas las libertades y derechos del hombre en todos los tiempos, á través de todas las edades, han tenido siempre la moral por límite y la conciencia pública como uni-

versal consejera, baluartes inespugnables contra los excesos del mal y las aberraciones de la tiranía.

Por otra ley de los galos se obligaba á éstos á honrar la vejez y no deponer contra ella, lo cual demuestra que la ancianidad ha sido siempre respetada y tenido su natural culto.

Finalmente, en la religión de los druidas que tenía por base la doctrina de la *Metempsicosis*, nada hemos encontrado que tenga verdadera fisonomía cristiana, si vale la frase, pues como acabamos de ver, sus leyes más que preceptos y reglas de moral, son consejos para inspirar al galo el amor á la patria á la agricultura al principio económico ó utilitario y cuanto se relacionaba con su libertad; pero como todos estos principios, á pesar de pertenecer al orden civil, en todo país culto tienen su base y su límite en la moral pública, por ello les hemos dedicado en este capítulo preferente atención.

CAPITULO V

Las romanas virtudes y la influencia cristiana

Si las grandes revoluciones que registra la Historia obedecen á leyes providenciales, ninguna como la revolución moral que el Cristianismo hizo en el mundo pagano, tiene derecho á ostentar la dividad de su origen.

Fué, pues, necesario que un Dios se dignase bajar á una provincia de aquel Romano Imperio que había erigido templos suntuosos á los más impuros vicios y á las pasiones más desenfrenadas, que se entusiasmaba hasta el paroxismo cuando los cristianos eran despedazados en el Circo por los leones y las panteiras del Africa, como en el momento de soltar el águila en la apoteósis de sus Emperadores, y, en fin, era necesario que, como humanamente era imposible borrar la inmunda mancha que el crimen, la iniquidad y el vicio habían impreso en la frente de aquella Roma, madre de toda corrupción, sólo Dios decretase en sus altos é inescrutables designios, enviar á la tierra á su Hijo predilecto para concluir con tanta podredumbre y volver á los hombres al verdadero conocimiento de la ley moral.

El vaso de la iniquidad hallábase colmado, si algo faltara para ello, la sangre generosa de los mártires hizo derramar la medida, y aquellos mónstruos del mal, *Nerón*, incendiando á Roma para perseguir á los cristianos, ordenando matar á su madre para «conocer las entrañas que le dieran vida» y á su maestro *Séneca*, acaso por no oír sus admirables con-

sejos filosóficos; *Heliogábalo*, retirándose á una isla para gozar de más libertad en sus torpes desórdenes y *Caligula* haciendo *Cónsul* á su caballo y deseando que la humanidad tuviese una sola cabeza para cortarla de un solo golpe, como tantos otros tiranos que tenían por ley insultar al hombre y escupirle al rostro, hicieron sonar la hora en que debían ser substituidos en la dirección de los pueblos por aquellos austeros cristianos que contra la aberración de la pluralidad de dioses, predicaban y morían por un solo Dios, por aquellos apóstoles de la humildad contra la soberbia de la tiranía, por aquellos mártires de la castidad, donde había prostituciones públicas, por aquellos héroes de la caridad, cuando en el anfiteatro se arrojaban los hombres á la voracidad de las fieras; y, en fin, por aquellos paladines de la fe que, cuando el Imperio miraba con fruición á la tierra, solazándose en el lodazal de los placeres, ellos miraban al cielo, y en su ensueño místico, veían al Dios de las misericordias que los contemplaba y esperaba con los brazos abiertos, para acoger sus almas al abandonar la tierra.

¡A tal estado llegó la corrupción del Imperio que para arrancarle de ella fué precisa la cruxifixión del Hombre-Dios! Veamos ahora en qué consistían las pretendidas virtudes de Roma:

Las llamadas *romanas virtudes* no pasaron jamás de la categoría de *virtudes cívicas*. El amor á la patria, el valor en los combates, el derecho de ciudadanía llevado á la hipérbole hasta el punto de que el empadronado en la capital del mundo antiguo no podía ser expulsado de la Metrópoli y las autoridades tenían que negarles el *agua y el fuego* para que abandonasen la ciudad á espaldas de la ley, como aquellos patrióticos móviles que ob'ligaron al caballero

Curcio á arrojarle á un abismo, al rígido *Catón* á apelar al suicidio por no ver á Roma entregada á sus adversarios y á *Decio* á exponer su pecho á las balas de los enemigos de la patria, rasgos todos generosos y valientes—si es que hay valentía en el suicidio—jamás pasaron del predicamento de actos heroicos, individuales.

No podía, pues, haber virtud, moral, allí, donde el politeísmo, la religión del Estado era la apoteosis de los vicios más abominables y de las pasiones más disolventes.

Chateaubriand ha dicho: Cuando Roma tuvo virtudes fueron éstas unas virtudes contra naturaleza: el primer *Bruto* degüella á sus hijos y el segundo asesina á su padre. Además, hay ciertas virtudes forzadas nacidas de la situación, que se toman por virtudes generales y no son más que unos resultados locales. Roma libre, fuè por decontado frugal, porque era pobre; valiente, porque sus instituciones le ponían el acero en las manos y salía de una cueva de ladrones. Por otra parte era feroz, injusta, avara, lujuriosa, no tuvo cosa más bella que su genio; su carácter fuè odioso. (1)

Los rasgos de patriotismo, de libertad, de valor y de templanza fueron los que llevaron muchas veces á los descendientes de *Rómulo* al pináculo del poder y de la victoria, los que llevaron su fama y extendieron sus dominios á los confines del mundo antiguo; sin embargo, como aquel poderío estaba minado por todas las degradaciones de que es susceptible un pueblo, sin más Dios que sus pasiones, ni más ley que la fuerza, tenía que sucederle lo que al coloso de piés de barro de que nos habla la Escritura Santa y

(1) «Genio del cristianismo,» T. IV pág. 251.

toda aquella grandeza y soberbio poder se hundieron en el cieno de sus impurezas, como se hundió *Babilonia*, cuya ruina predijera aquella mano misteriosa en el festín de *Baltasar*, porque es ley de la historia, que los pueblos, como los individuos, sucumben bajo el peso de la corrupción y la iniquidad.

Por otra parte, las primitivas leyes de la ciudad de los Césares, se reducían más bien á preceptos bélicos, económicos y agrarios que á cánones que tuviesen la moral por base, por las razones que acabamos de exponer; así es que aquéllas ordenaban que el hombre fuese labrador y guerrero, que honrase la fortuna pequeña, que reservase el vino para los viejos, y que fuese condenado á muerte el labrador que comiese al buey.

Roma, como todos los pueblos de la antigüedad, tampoco debía faltar á elevar el crimen á la autoridad de la ley, así fué, que una de éstas, dada por *Rómulo*, sancionaba la barbarie del infanticidio.

Un distinguido autor ha dicho que la esclavitud y el infanticidio eran los medios de que se valían los pueblos paganos para contener la avalancha siempre creciente y amenazadora de las clases proletarias; pero solo al Cristianismo y á su moral augusta, estaba reservada la abolición de la esclavitud y llevar el infanticidio como uno de los más graves é infames delitos á las páginas de los Códigos del mundo moderno.

En cuanto á la ley que determinaba honrar la *pequeña fortuna*, á nuestro juicio envolvía un gran consejo á los mimados en grande escala por la inconstante diosa, para evitar, acaso, esa poca caritativa competencia que siempre le han hecho los grandes capitales aplicados á la industria ó á otras formas

de la producción á los capitales pequeños que sucumben fatalmente agobiados, como sucede hoy, por el peso de la baratura con que las grandes fortunas dan la mano de obra ó el producto del trabajo.

No insistimos sobre este punto, que es completamente de actualidad porque en la segunda parte de esta obra, trataremos la doctrina de la Iglesia en materia tan importante y cual sea nuestro criterio frente al de los partidarios del Comunismo, el socialismo y la anarquía.

Por lo que se refiere á los *crímenes sociales* que se cometían en los pueblos idólatras que tanto alardeaban de virtuosos, un insigne publicista católico, ya citado, *Augusto Nicolás*, ha escrito lo siguiente: «En otro tiempo había crímenes públicos, sociales, colectivos, la perversidad se hallaba, no solamente en las almas particulares, sino en el alma misma de la sociedad, en las leyes, en la opinión, en las instituciones, en los hábitos, en todo aquello, por lo cual vivimos en comun. En la actualidad no tememos decirlo, la hay, menos que nunca, y cualquiera que sean los extravíos de la moralidad privada, el nivel de la moralidad social ha ido siempre, salvo en las épocas de crisis, elevándose cada vez más.» Esto es exactísimo, inconcuso, por mucha moralidad que haya en los tiempos presentes, jamás llegará la sociedad á la degradación á que bajo el politeísmo llegaron Grecia y Roma, pues aunque hoy no dejan de cometerse crímenes horrores, llevados á cabo con el refinamiento propio de los pueblos cultos, para eludir la acción de la justicia, en tanto haya cristianos no faltarán protestas y cristianos habrá siempre, mientras exista el mundo, pues siendo los cristianos los representantes de una religión única, verdadera, revelada por Dios á los hombres, la existencia de

aquella implica necesariamente la existencia de sus adeptos.

Es verdad que en la actualidad suelen cometerse crímenes contra la Sociedad por los partidarios de *Bacounin* ó el *Conde de Toltoy*, pero son crímenes individuales como el del Liceo de Barcelona contra el cual todo el mundo protestó con indignación y denuedo y la obra satánica de una mano impía no puede, ni debe atribuirse á la entidad moral que se llama Sociedad.

Hay que notar, sin embargo, lo cual va en honra y prezo del Cristianismo que, los que han cometido algún crimen contra la Colectividad, hánse apresurado á declarar que no son cristianos, y, precisamente por eso es por lo que cometen aquéllos crímenes, pues ningún cristiano es capaz, dada su religión sacrosanta, no ya de cometerlos, sino de intentarlos.

Por lo demás, sea cualquiera la suerte de las sociedades modernas, mientras dure la civilización presente, jamás habrá un legislador que presente á unas Córtes una proposición de ley declarando la libertad del *suicida* para concluir con la existencia, como nunca habrá quien se atreva á proclamar la legalidad del *infanticidio*.

La Moral cristiana ha hecho más todavía, transformó en absoluto el criterio que tenían los romanos con relación á las *virtudes* de aquellos tiempos, pues allí donde se creía que el ódio era una «cosa divina», la soberbia «grandeza de ánimo» y la humildad, «bajeza», era preciso que el cristianismo, al investir el orden de la moral, declarase contra todos los poderes de la tierra conjurados contra él, que la soberbia es el mayor de los pecados capitales, que ia raíz del mal estriba en ella y que el triunfo mayor del hombre consiste en vencerse así mismo, en domeñar las pasiones,

en ser *humilde*, porque el que se «humilla será ensalzado y el que se ensalce será humillado», y en fin, contra el odio, «esa cosa divina» de los descendientes de *Saturno*, que había no sólo que perdonar al enemigo, sino rogar por él, devolverle bien por mal, y amarle de todo corazón, como prójimo y hermano.

Sólo considerando la revolución moral que el Cristianismo obró en el Imperio dueño del mundo, es como se esplican aquellas terribles persecuciones de los Césares romanos contra nuestros hermanos en Cristo en los tres primeros siglos de la Iglesia, persecuciones que comenzaron con la pasión y muerte de nuestro Redentor y terminaron en la Era de *Dioleciano* de aquel Emperador monstruo de tiranía y de barbarie que en su odio al Cristianismo sacrificó 200.000 mártires, hasta que á principios del siglo IV, *Constantino el Grande* empezó á favorecer á los cristianos, luego que fué bautizado por el Papa San Silvestre.

A tal punto llevó el hijo de Santa Elena su deseo de proteger á los cristianos, que hizo restaurar la antigua *Bizancio*,—Constantinopla—para fijar en ella su imperial sólio, cediendo la ciudad de Roma á los vicarios de Jesús, de donde emana lo que se llamó en otro tiempo, más próspero para la Iglesia, el dominio temporal de los Papas.

Hemos hablado de las persecuciones sufridas por la Iglesia por que aquellas eran hijas del odio que se tenía á los cristianos al propagar y profesar como discípulos y adeptos del Maestro y Redentor del Mundo una moral tan opuesta á la que los antiguos practicaban, que hasta el mismo concienzudo historiador *Tácito*, al dar cuenta en sus «Anales» de la aparición del Cristianismo en el Imperio le llamó «Execrable superstición y obstinación de odio contra el género

humano», (1) cuando, precisamente, la moral de Jesús era todo lo contrario, como hemos dicho varias veces, puesto que determinaba reconocer como prójimos y hermanos á todos los hombres, perdonar los enemigos, hacerles bien y aun rogar por ellos, para ser «dignos hijos del Dios de los Cielos y la tierra que hace nacer el sol para buenos y malos y llueve sobre justos y pecadores.»

Cuando el cristianismo bajó á la tierra el Imperio romano vivía en la disolución y los deléites, el pueblo satisfecho con la sangre que se derramaba en los espectáculos públicos y los nobles endiosados por la prosperidad, que como dice *Bossuet*, «trastorna los sentidos», á lo cual cooperaba aquella religión que divinizaba los vicios y convertía los templos en lugares de escándalo, donde recibían adoración la lubricidad y la embriaguez, bajo sus aspectos más repugnantes.

Así sucedió que, como nuestra religión y su moral santas se encaminaban al polo opuesto del en que giraba el paganismo, lucharon frente á frente con las preocupaciones de este y los romanos las recibieron como á enemigas declaradas, no solo del culto del Estado, sino de sus usos y costumbres, y de ahí el origen de aquellas odiosas persecuciones que aparecieron siempre, como indeleble mancha en las tristes páginas de la historia humana.

Ahora vamos á conocer el por qué de las acusaciones que se hacían contra los primeros cristianos según el testimonio de *Plinio*, Cónsul de Bithinia en la célebre carta que dirigió al Emperador *Trajano*, consultándole sobre la conducta que debía seguir con

(1) Libro XV, núm. 44.



relación al *niño* y al *hombre formado* que persistían en llamarse cristianos. Es preciso oír á *Plinio* para que quede demostrada la razón que asistía á *Tácito* para llamar al Cristianismo «Obstinación de odio contra el género humano.»

«No se decidirme, dice aquel, á si se debe tener en cuenta la edad ó confundir en unos mismos castigos al *niño* y al *hombre formado*—¿y el sentido común?— si es conveniente perdonar el arrepentimiento y si se debe castigar el nombre, aun cuando esté libre de todo crimen ó los crímenes consiguientes al nombre. Sin embargo, he observado la siguiente conducta. He enviado al suplicio á los que persistían en declararse cristianos. Por otra parte, los que se retractaban aseguraban que su falta ó error no había consistido nunca más que en lo siguiente. *Se reunían en dtas señalados antes de la salida del Sol, cantaban á coro versos en alabanza del Cristo, como de un Dios; se obligaban con juramento no á ningún crimen, sino á no cometer nunca robo, salteamiento ni adulterio; á no faltar jamás á su palabra ni negar un depósito; después de esto tentan costumbre de separarse y se juntaban de nuevo para comer manjares comunes é inocentes.*»

La contestación de *Trajano* no se hizo esperar: «Has observado la conducta que más convenía» (1) escribió á *Plinio*, quien á su vez debió quedar satisfecho de la respuesta del emperador, sancionando la barbarie de llevar al suplicio á hombres y niños que ostentaban en sus augustas cabezas la santa aureola de la inocencia.

Así nació el cristianismo entre las persecuciones.

(1) *Villemain*. Curso de Literatura. Tomo II, página 483.

de los emperadores, los sarcasmos de los sabios, la indiferencia de los grandes, el odio de los heresiarcas, y la soberbia de un pueblo que había levantado templos á *Nerón*.

No nos cansaremos de repetirlo; es necesario contemplar el estado de aquel Romano Imperio que se extendía como un sudario de muerte sobre el planeta para todo lo que fuese moral, augusto y santo, y fijarse después, en aquellos doce humildes pescadores del *Lago de Galilea*, que á la voz del divino Maestro cuando les dijo: «Dejad las redes y seguidme; haré que seáis pescadores de hombres»; abandonaron su pequeña industria para lanzarse á la conquista moral del mundo, y sin ninguna instrucción, con la sorda rudeza de su condición humilde, sin haber asistido á las enseñanzas del *Pórtico* ni del *Liceo*, por su sola fe se dividen el Universo para la predicación del Evangelio, y *Pedro*, el primero en la jefatura de aquel excepcional apostolado, convierte *tres mil almas* en su primer discurso y *cinco mil* cuando por segunda vez dirige la palabra al pueblo que acababa de crucificar al Redentor del Mundo.

Apenas se separaron los propagandistas de la *Buena Nueva* de su última reunión del Cenáculo, donde recibieron del Espíritu Santo el don de lenguas, según refiere el Libro de los «Hechos de los Apóstoles», aquéllos hombres inspirados por el soplo de lo Alto dejaron de ser rudos pescadores para convertirse en ardientes é incansables defensores de la Verdad evangélica y se apoderaron de toda la Samaria y llegaron á Fenicia, Chipre y Antioquía, donde el siempre infatigable Pedro fundó la célebre Iglesia y donde los adeptos de la nueva fé comenzaron á llamarse cristianos.

Excusado es referir que *Juan* predicó en el Asia

menor, *Helipe* en el Asia mayor, que *Andrés* evangelizó á los scitas, *Tomás* á los parthos, llegando hasta la India donde *Bartolomé* llevó el Evangelio de *San Mateo*, escrito antes que los otros, *Simón* predicó en Persia, *Matias* en Etiopía, *Pablo* en Grecia y en las Galias y en España. (1)

Marcos, en tanto predicaba en Italia y el príncipe de los Apóstoles, después de propagar las ideas cristianas por el *Ponto*, *Galacia*, *Cipadocia*, *Asia* y *Bhittinia* llegó á Roma y con la Cruz en una mano y el callado en la otra, sin más auxilios que los que le había prometido el Redentor del género humano, los cuales jamás han faltado á su Iglesia, después de diez y nueve siglos de combates que son otras tantas victorias, predicó su doctrina frente al poder de los Césares y de los falsos dioses y estos se hundieron para siempre entre el polvo de los muros de sus templos y los escombros de sus altares y los Emperadores adoptaron como símbolo de grandeza y supremacía aquella cruz de madera, antiguo suplicio de los esclavos y la colocaron como gloriosa enseña sobre las cúpulas de sus alcázares y sobre sus coronas imperiales.

En verdad que cuando el ánimo del pensador se fija en los medios de que se valió la sabia Providencia de Dios para propagar la doctrina de la Cruz en los doce toscos pescadores, aptos solo para sus faenas de mar y se observan los rápidos progresos que el Evangelio hizo en el Universo, para los cuales no hubo fronteras, ni obstáculos en las distintas lenguas, usos y costumbres de los diferentes pueblos que lo aceptaron, en aquellos tiempos en que los hombres se consideraban como enemigos por el solo hecho de perte-

(1) Chateaubriand. Estudios históricos.

necer á otro país; cuando con ánimo sereno se considera todo esto, hay que deducir, necesariamente, ora se milite en las filas del libre pensamiento, ó se profesen distintos dogmas que los nuestros, que el hecho que nos ocupa excede á los límites de la razón humana y, por lo tanto, es imposible despojarlo de su carácter divino.

La anterior premisa nos lleva como por la mano á la siguiente conclusión: El Cristianismo es la obra de Dios y su Moral superior á la de todas las religiones antiguas y modernas, como á la de todas las Sectas, á la de todos los sistemas humanos ora se refieran á la filosofía, á la sociología ó á la llamada «Moral Universal» que no es otra cosa que una brillante paradoja, porque una ley de esta última puede ser muy buena en Pekín, por ejemplo, y perniciosa en Londres, no sucediendo así á la divina moral del Evangelio, porque siempre, en todas partes, bajo todos los climas, en todas las latitudes, resultará buena, precisamente por ser obra de Dios, para el cual no existen límites de tiempo, espacio, ni lugar.

Uno de los grandes historiadores de la antigüedad, ya citado, *Tácito*, ha dicho: «Dejarse corromper y viciar á todo cuánto en derredor existe, es lo que se llama el *Siglo* y el *Mundo*, la parte opuesta se designa con el nombre de la Ciudad de Dios»: pues bien, los cristianos fueron los que fundaron esa Ciudad, la cual ha producido tantos millares de santos, mártires, confesores y ángeles de caridad, que para narrar sus glorias sería preciso escribir interminables volúmenes, á más de los que ya se han dado á la estampa.

Lo mismo, aunque en opuesto sentido, sucedería, si se quisiese escribir sobre la degradación del mundo pagano, sin embargo, no hemos de dejar de analizar por ello algunas de sus leyes que contribuyeron á fo-

mentar la perversión de las costumbres y á hacer de Roma la maestra de la corrupción de los pueblos.

No hay que hablar de la esclavitud que envolvía en las tinieblas de la ignorancia á más de dos terceras partes de los habitantes de los países civilizados, de aquellos hacinamientos de hombres que, con la cadena al pié, sin más alimento que pan, sal y agua, pasaban su miserable vida de trabajo y estrecheces, adheridos á la tierra que cultivaban, si vida pudiera llamarse al continuo dolor, temiendo que por la más leve falta su Señor los condenase á muerte, sin que encontrasen amparo en la religión, las leyes, ni las costumbres, porque todas tendían á establecer diferencias entre el siervo y el amo, pues es sabido que la legislación había puesto el estigma en la frente del esclavo con aquellas palabras: *Nom tam viles quam muli sunt*. Son todavía más malos que viles.

El culto pagano se asociaba á aquella máxima con fruición, porque no veía en aquellos hombres más que bestias de carga, y aun el rígido *Catón* profesaba la idea de que los esclavos eran enemigos de los que lo poseían, y cuando llegaban á la ancianidad los vendían á cualquier precio, con el fin de no alimentarlos (1).

Las infamias que cometían aquellos magnates con la desgraciada raza de color, la pluma se resiste á describirlas. Un patricio de Roma fué muerto por un esclavo de los 400 que poseía, y sus parientes llevaron hasta tal punto la venganza que los 400 fueron pasados á cuchillo.

Aun en los funerales de los grandes, eran degollados frecuentemente muchos esclavos, como víctimas del agrado de los manes de aquéllos.

(1) *Plutarco*, vida de *Catón*.

Por todas partes, pues, se extendían las sombras de la iniquidad y la barbarie sobre aquellos desdichados que no habían cometido otro delito que el haber nacido con color más ó menos moreno ó en las más bajas capas sociales, delito ilusorio, que aun admitiendo que fuese real, la naturaleza sería la responsable porque el hombre no es libre en el nacimiento, como no lo es en la muerte, término y finalidad de nuestras humanas desventuras.

A propósito de la esclavitud hemos de hacer notar que el pueblo judío, como pueblo monoteísta, jamás admitió tal aberración, por la razón sencilla de que creyendo en un solo Dios profesaba el dogma de la fraternidad humana, pues si por acaso cualquier hebreo caía en aquella, se convertía forzosamente en criado temporal, como se demuestra por el siguiente pasaje del *Levitico*: «Si tu hermano obligado de la pobreza se vendiera á tí, no lo oprimirás con servidumbre de esclavos, sino que lo tendrás como un jornalero y como un colono trabajará en tu casa hasta el año del Jubileo—cada siete años—y después saldrá con sus hijos y volverá á la parentela y á la herencia de sus padres, porque siervos míos son y yo los saqué de la tierra de Egipto.

Tan relacionado está el dogma de un Dios único con el principio de la fraternidad que allí donde se observaba aquel principio moral, el hombre era considerado como hermano en la gran familia humana, muy al contrario de lo que ocurría entre los paganos, pues la sola diferencia de color, que según las ciencias geográficas y etnológicas, obedece á la influencia del clima, alimentación, género de vida, estado de civilización y otras causas de igual índole, era lo suficiente para considerar al hombre como inferior, como bestia, con relación á la raza caucásica ó blanca.

Sólo así se explican aquellos sangrientos espectáculos que según el historiador *Dion*, en tiempo de *Tra-jano*, «el más amable de los emperadores», se dieron á Roma para celebrar el triunfo sobre los dácios, espectáculos que duraron *ciento veintitres días*, en los cuales se despedazaron *diez mil gladiadores y once mil fieras*.

Dados los tiempos de nuestra moral cristiana, nos vemos impulsados á dudar de aquellos hechos que, por otra parte, todos los historiadores, desde *Tácito* á *César Cantú*, dan de ellos irrefutables testimonios.

Se nos objetará que no todo fué corrupción en el Imperio Romano, que también tuvo su época de grandeza y prosperidad, cuya época se conoce en la historia bajo el nombre de «Paz Octaviana,» nombre tomado del del célebre Emperador *Octavio Augusto* conocido además, si la memoria no nos engaña por su divisa ó línea de conducta que aplicó á todos los actos de su vida: *Apresúrate, lentamente*, pero la objeción se desvanecerá, caerá por su base, en el momento en que se considere que aquella *paz* era más bien el resultado del cansancio de un pueblo que en mucho tiempo no había dejado las armas de la mano, que Augusto recogía la herencia de un turbulento conquistador que como ocupó el sólio imperial después de cometer muchas iniquidades, quiso hacer dichoso al pueblo romano y reinó bajo las apariencias de la virtud, aunque realmente la perversión se ocultaba en el fondo de aquella sociedad, como se oculta el cocodrilo bajo la tersa superficie de las aguas, porque la gangrena que corroía al Sacro-Romano-Imperio, estaba, como hemos dicho antes en el politeísmo que hacía irrespirable la atmósfera moral, y, como la Sociedad romana cambió de Emperador y sufrió alguna modificación en sus leyes civiles, pero no cambió de

religión, las mismas causas producían iguales efectos. Era necesario, pues, para purificar á Roma de su degradación, que en la misma época en que la señora del mundo se prosternaba ante el Emperador *Claudio*, rindiéndole el tributo de su adoración, como después lo hizo con *Nerón el Autócrata* á quien por fin destituyó y condenó el Senado, llegase el príncipe de los Apóstoles á predicar su religión para volver por los fueros de la humanidad escarnecida, sacarla del abatimiento en que yacía, romper la cadena del esclavo, enseñar á los grandes la manera de portarse con los desvalidos y pequeños; dar al pobre la esperanza de una vida futura, aconsejarle resignación en sus trabajos y dolencias, é indicar á todos sus deberes para con Dios y sus semejantes; era preciso, en fin, ya que era imposible la empresa, considerada bajo el punto de vista humano, de moralizar á la impura cortesana que se conocía por todos los ámbitos del mundo como maestra de los vicios, lo cual justifica en cierto modo el dicho de *Alarico*. «Siento en mí, decía este rey bárbaro, algo que me impulsa á incendiar á Roma»; era preciso, repetimos, que el Dios del Gólgota descendiese de lo alto á establecer aquella religión única de quien ha podido decirse: «¡Cosa admirable! La religión cristiana, que al parecer no tiene más objeto que el de la felicidad de la otra vida, nos la proporciona igualmente en esta» (1).

Naciente aún el Cristianismo, empezó á modificarse aquella tiránica legislación del Imperio, aquellas bárbaras costumbres, pues, el juriscónsulto *Ulpiano*, que vivió poco después de *Séneca*, nuestro sabio é infortunado compatriota, contra la doctrina de *Cicerón* sobre

(1) Montesquieu *Espiritu de las leyes*, libro XXIV, capítulo III.

la esclavitud, y, á pesar de las opiniones catonianas que hemos citado en este capítulo, sostenía y propagaba la doctrina que al fin llegó á ser ley, definida en los conceptos siguientes: «Por parte del derecho natural, todos los hombres son iguales; por derecho natural, todos los hombres son libres » Finalmente, el decreto del emperador *Constantino*, declarando libres á los esclavos que se hiciesen cristianos, completó la doctrina de la abolición de la esclavitud que se debió á la influencia de las ideas de nuestra religión.

Considerada la influencia de la moral de Jesús con relación al hombre, ahora vamos á contemplarla con relación á la mujer, pero esto requiere párrafo aparte.

I

El matrimonio en la antigüedad.—Sabido es que las pasadas generaciones consideraban á la mujer como *cosa*, hasta que, nuestro gran Apóstol, fiel intérprete de las ideas cristianas la elevó al rango de compañera del hombre. «Compañera tendrás, que no esclava», decía en una de sus brillantes epístolas á los de *Corinto*, y estas palabras, cuyo eco ha repercutido de siglo en siglo por todas las Iglesias de la cristiandad, son nuestra época, como lo serán en los venideros tiempos, la sanción legal, si es permitido así expresarse, del Sacramento del matrimonio.

Veamos la forma que se daba á esta institución en los antiguos pueblos, antes de la ley de Gracia ó de la venida de nuestro Redentor, en los cuales el matrimonio solo era un contubernio, consagrado por las leyes y costumbres.

Nada más sencillo que la forma del matrimonio entre los hebreos. Como la mujer se consideraba como *cosa*, claro es que debía tener algun valor material.

El que de ella se enamoraba se dirigía al patriarca, jefe, juez ó amigable componedor de la tribu, estipulaba el precio de la mujer en tantas cabezas de ganado lanar ó una de vacuno, y, el joven ó viejo, nuevo señor de aquella infeliz, la hacía subir á un carro de madera, la conducía á su casa y ordenaba que á la puerta se quemase el eje del carro, para demostrar que no podía salir de allí sin su consentimiento.

Cosa parecida sucedía en Grecia, aunque la monogamia era el estado legal del matrimonio, tolerándose el comercio con la esclava, aumentándose éstas con las hijas producto de aquellas uniones ilícitas y de las esposas de los vencidos en los combates, hasta que llegó la hora de la prostitución legal y pública, como hemos visto en el capítulo anterior.

¡Cuesta trabajo creer que el pueblo más civilizado de la antigüedad, llegase á un desnivel moral tan grande!

En Roma el contrato matrimonial revestía formas diferentes: el primitivo matrimonio fué el rapto, pues todos sabemos que el fundador de la gran Metrópoli, creyó que lo más conveniente para tener mujeres era robarlas y así lo hicieron él y los suyos, dejando á los sabinos sin sus mujeres é hijas, por más que en este hecho resultan mezcladas la historia y la fábula hasta que, en tiempo de la monarquía el matrimonio varió de forma.

Entre la nobleza consistía la ceremonia nupcial en ir los cónyuges al templo de Júpiter, comer de la *torta* amasada en el ára santa en presencia de diez testigos, estando el esposo acostado y la mujer sentada y el contrato quedaba consumado.

La clase media usaba otras fórmulas para sus desposorios y una de estas consistía en entregar por el contrayente al padre de la desposada una *libra* y

un *as*, como recuerdo, acaso, de la venta de la mujer en los pueblos primitivos.

Entre las clases más infimas de la Sociedad, el contrato era ni más ni menos que una especie de *derecho de usufructo* que el hombre ejercía sobre la mujer, pues bastaba con que aquel hubiese poseído por determinado tiempo á esta, para que el contrato adquiriese fuerza legal.

A tal estado llegó la relajación del vínculo matrimonial que los Emperadores, comprendiendo que nadie quería casarse dieron aquellos decretos para inducir al hombre al contrato nupcial, privándole hasta de los legítimos derechos de la herencia.

Las leyes *Julia de maritandis ordinibus et Papia Popena*, publicadas por *Augusto*, no tuvieron otro objeto que combatir el celibato obligando á los hombres á casarse llevándolos por la avaricia al tálamo nupcial.

Los solteros fueron declarados inhábiles para adquirir los legados que se les hiciesen, y, con efecto, muchos célibes se casaron, más como las leyes iban mucho más allá, puesto que era preciso que los casados diesen hijos á la patria, decretó el Senado que los que siendo casados no tuviesen sucesión no pudieran adquirir más que la mitad de los bienes que se les legasen, siendo la otra mitad para los que tuviesen hijos. Estas leyes, á pesar de los designios del legislador, no hicieron más que aumentar el número de los adúlteros para tener hijos y adquirir los legados, por que como decía un gran escritor de la antigüedad «El fuego de la codicia había susstituído al fuego del amor.»

No queremos ahondar más en el abismo de la corrupción romana, basta decir, que aquella sociedad había invertido el orden del cariño humano y que el

amor antifísico era la característica de la misma pudiendo decir con *Montesquieu* que, en Grecia, como en Roma «el amor tenía una forma que no se atrevía á nombrar.»

En las observaciones que acabamos de formular, respecto al estado de la mujer, como *cosa* hemos podido compararla con la esposa cristiana, compañera del hombre, para deducir en lógica consecuencia que así como el esclavo fué redimido por el Cristianismo, la mujer debe también su elevación á *personalidad humana*, con todos sus caracteres de maternidad, dignidad y grandeza, á esa misma doctrina que transformó el imperio é hizole arrojar al fuego los ídolos que adoraba y adorar aquella Cruz, símbolo de redención, que antes sirvió de instrumento de escarnio, de infame suplicio de esclavos y de gente vagamunda y malhechora.

Y es que la Iglesia, desde los tiempos más remotos ha combatido siempre contra la tiranía de los grandes y en favor de los pequeños y desamparados, cuya tésis vamos á probar en el párrafo siguiente,

II.

Influencia cristiana en las leyes. Que las leyes primeras de la Iglesia fueron altamente favorables á la humanidad, como lo son hoy y lo serán mañana, á pesar de que las sociedades cambian de aspecto á cada momento, por que la moral cristiana como norma de conducta para la dirección de los pueblos, es ireemplazable por su caracter divino, tésis es que no necesita demostración, sin embargo, alentados siempre por nuestro espíritu investigador y nuestro amor á la verdad, no podemos menos de recordar á nuestros lectores que apenas apareció el Cristianismo, los *Césares* romanos tocados de la predicación

evangélica, comenzaron á dulcificar las bárbaras costumbres de sus súbditos por medio de leyes y decretos que estaban más en relación con la nueva doctrina, que con la antigua legislación imperial.

Coincidiendo con estas opiniones, la historia afirma que el Emperador *Claudio*—recuérdese que en aquel tiempo llegó á Roma el príncipe de los Apóstoles— publicó un edicto prohibiendo matar un esclavo por sólo *ser viejo y enfermo*.

Comenzaba, pues, á brillar la luz evangélica, y la caridad y la compasión hácia el miserable iban abriéndose paso.

Con razón se ha dicho que la *bajeza* engendra la *tiranta*, y que ésta, á su vez, prolonga la *bajeza*. El pueblo, que había perdido la idea de la dignidad, prosternándose ante sus tiranos, y que seguía al pie de la letra el razonamiento de *Calígula* sobre los reyes, que «eran dioses» y los «pueblos *bestias*», tenía que sufrir la sacudida moral del Evangelio para volver por su decoro. Tan es así, que nunca, en ninguna época de la historia humana, se oyeron los airados acentos de la verdad contra el dolo y la corrupción de los poderes públicos, como en tiempo de los primeros apologistas cristianos.

Aquellos apologistas, muchos de los cuales ciñeron la corona del martirio, hablaban á los *Césares* con tal energía, poniendo al servicio de la palabra el fuego de la elocuencia, hija de la convicción de la Verdad que enseñaban unas veces, y otras, sin empequeñecer la grandeza de los dogmas, ponían en su voz de lágrimas las tristezas del naciente Cristianismo, voz que hacía conmovér á aquellos reyes de cetro de hierro sobre sus tronos áureos, quienes admirados de la nueva doctrina, los unos la aceptaban con entusiasmo, y los otros, como sucedió á aquel Gobernador de Ate-

nas, ante quien predicó *San Pablo*, pedían plazo para resolver sobre ella.

Son dignas de fijar nuestra atención las Letras que uno de los primeros propagandistas de la Verdad cristiana, *San Justino* el filósofo, dirigió al Emperador *Antonino*, para defender á los fieles de las injustas acusaciones de que eran objeto: «Se nos acusa, dice aquel glorioso mártir, de que turbamos la tranquilidad del Estado, sin embargo de que uno de los principales dogmas de nuestra fe, es que nada se oculta á los ojos de Dios, y que nos juzgará severamente un día acerca de nuestras buenas ó malas obras. Pero ¡oh, poderoso Emperador! las mismas penas que decretáis contra nosotros no sirven sino para afirmarnos más en nuestro culto, por cuanto todas esas persecuciones nos las ha predicho Nuestro Señor, hijo de Dios Soberano, padre y Señor del Universo.»

¿Cuándo hablaron con tal denuedo los oprimidos á los opresores, los pequeños á los poderosos, y las víctimas á sus verdugos?

En todas las esferas de la gobernación del Sacro-Romano Imperio iba introduciéndose el espíritu cristiano, gracias á tan insignes apologistas como el que acabamos de citar, y á pesar del odio de los sabios, de las persecuciones, que forman como un reguero de sangre en la historia humana, y de las herejías de los *Celsos*, *Arrios* y *Julianos*, pues en la época de *Plinio*, según declaración de este filósofo, «los Templos de los dioses estaban desiertos», lo cual da una exacta idea del progreso de la nueva Religión y de la ruina de la antigua.

Por otra parte, las decisiones de los Concilios influían tanto en el derecho penal, que á medida que pasaba el tiempo, se hacían más humanos los castigos

de los esclavos y criminales y se iba amansando la fiera de la tiranía.

Como los legisladores que se reunían en aquellas Asambleas de la Iglesia eran de distintos países, sus leyes necesariamente tenían que inspirarse en el interés general, sin particularismos ni exclusivismos de localidad ni pueblo, y, à mayor abundamiento, no podía acusárseles de venalidad, porque eran ricos; sus santas determinaciones eran acatadas y cumplidas por el Universo Cristiano, y los *Césares* las llevaban à sus Códigos, como ocurrió en los tiempos de *Carlo Magno* y *Alfredo el Grande*, que, como hombres de gran ilustración, fueron los primeros en elevar à leyes los preceptos de la moral del Evangelio.

Tal fué la influencia de la Iglesia, como única depositaria de las verdades de la Religión y de su divina moral en las Sociedades de los primeros siglos cristianos, que sus Obispos y metropolitanos han ejercido siempre una indiscutible jurisdicción, aún en materias civiles. Ellos eran los encargados de la promulgación de las ordenanzas imperiales relativas al orden público; en los litigios ejercían de árbitros, à la manera que lo hacían los antiguos patriarcas, y todo se arreglaba sin Tribunales ni pleitos, porque la primitiva Sociedad cristiana no llegó à conocer ni los unos ni los otros.

En fin, en aquellos tiempos, desde el Pontífice hasta el Subdiácono, ejercían jurisdicción en el pueblo romano, de lo cual resultaba el bien para los débiles y los desgraciados.

El derecho de asilo también ejerció benéfica influencia en la legislación criminal, y, como al Sacerdote, estaban especialmente encomendadas la caridad y el perdón de las injurias; por todas partes se iban modificando las penas y desarrollándose en aquel caos

de la tiranía y de la disolución la humana personalidad con los atributos de su razón, de su libertad y de su inteligencia.

Por último, la moral evangélica convirtió el Imperio, que era un rebaño de esclavos, dirigido cada día por un nuevo tirano, en una sociedad digna de figurar á la cabeza de los países más cultos, porque está demostrado hasta la evidencia, como lo demostró nuestro insigne compatriota el inolvidable y sabio Presbítero D. Jaime Balmes en su obra titulada *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, y otras glorias de la Iglesia, que, realmente no hubo verdadera civilización hasta que el Cristianismo descendió de lo Alto.

Hasta tal punto llegó la influencia de la moral de Jesús en el Imperio, que cuando los primeros monarcas se hicieron cristianos, dejaron á la Iglesia, además de aumentarlos, muchos de los privilegios que adquirió en tiempo de los Emperadores que le eran hostiles.

Pero no fué sólo en el derecho civil y penal donde influyó la Iglesia con sus decisiones, inspiradas en la caridad; también en el orden político y gubernamental adquirió su legítima supremacía, como vamos á poner de manifiesto.

III

Predominio político de la Iglesia.—En su ascenso sobre las leyes y las costumbres, comprendió la esposa de Jesucristo, poseída de su divina misión, que con sus doctrinas podía influir en la gobernación de los Estados, y muy pronto la vemos, apenas salida de las persecuciones de sus enemigos, disponer de la suerte



de los pueblos é imponer sobre sus sienas á los elegidos, para regir las naciones, la diadema imperial.

Desde *Pepino* hasta Napoleón, la Iglesia ha ejercido siempre este acto de soberanía; pues dada su misión, los Emperadores y Monarcas se creían dignificados con que al ocupar el s6lio los Pontífices los ungiesen y consagrasen, como hijos obedientes y sumisos de la Sede Papal, como sucedía en los tiempos de *Recaredo* y *Clodoveo*, y hemos visto practicar hace poco por la Iglesia griega con el nuevo *Czar* de Rusia.

Es verdad que los Pontífices solían poner en entredicho á los reinos, y obligaban á los poderosos de la tierra á dar cuenta á la Corte de Roma de la manera de portarse en el gobierno de sus súbditos; pero aquella inmixción del poder religioso en el poder civil, estaba justificada por el bien que de ella resultaba á los pueblos, en lucha constante con los abusos y desórdenes de los encargados de su dirección.

En otro orden de ideas, cuando los soberbios nobles ponían la argolla al cuello de los plebeyos ignorantes, y los unos y los otros se despedazaban en emboscadas y combates sangrientos, la Iglesia, verdadero ángel de Paz y Caridad, era la medianera entre los grandes y los miserables, y al fin se imponían los consejos de su divina moral, dulcificando los odios y limando asperezas entre los unos y los otros.

Es más, como el Sacerdocio formaba la única Institución civilizadora, aún en aquellos tiempos de hierro, llamados feudales, á pesar de los señores de «horca y cuchillo», que combatían unas veces en favor y otras en contra de aquél, el resultado de aquella lucha fué favorable á la causa del Cristianismo, y por tanto, á la de la humanidad, pues es sabido que los rescriptos de los Papas no eran otra cosa que una acabada y concienzuda síntesis de las legítimas quejas de los

pueblos, á cuyo lado se colocaba la Iglesia contra las demasías de los poderes públicos.

Como prueba palmaria del anterior aserto, recuérdese cómo comenzaban aquellos rescriptos que constituían una solemne protesta contra dichos abusos: «Hemos sido informados de que *Enrique, Carlôs* oprimen á sus pueblos» etc.

Por lo que respeta á los Concilios, ellos vinieron á ser como los albores, el origen del régimen representativo; pues se componían del Soberano Pontífice, como dice un distinguido publicista, de los prelados y del clero inferior, como si dijéramos, de las tres clases que han constituido siempre la Sociedad; la nobleza, la clase media y el estado inferior; así es que cuando se habla de democracia y de libertad, es necesario ir á buscar sus orígenes en las primeras instituciones de la Iglesia, que, como madre carinosa del hombre, ha luchado siempre por sus derechos, y fué la que estableció por el principio de la fraternidad, la igualdad humana.

Si la memoria no nos engaña, en la obra de *Sans del Río*, titulada *Ideal de la Humanidad*, inspirada en la Escuela *Krausista*, leímos que el día en que un Tribunal internacional tuviese autoridad para imponer sus fallos en todas las cuestiones que surjan entre los pueblos, se acabarían las guerras; pues bien, éstas continúan por las insensatas pasiones de los hombres; pero en los casos en que la Iglesia hizo de árbitro, en la antigüedad, como en los tiempos modernos, se han evitado las guerras. En nuestra época no hay más que hacer memoria de la cuestión de las Carolinas, que, gracias al nombrado árbitro internacional, nuestro nunca bien ponderado Pontífice y sabio diplomático León XIII, nos libró de la guerra con Alemania, como

en el asunto del *Alhama* la evitó con los Estados Unidos.

Sería interminable trabajo el de narrar, aunque fuese á la ligera, todos los beneficios que con relación á las costumbres, á las leyes, á las instituciones, á la mujer y al hombre, al esclavo, al noble y al plebeyo, como á los Estados y la política, hizo la moral cristiana, basta para su apoteósis, aquellas palabras de *Voltaire* que van al principio de esta obra: «Confieso que los antiguos poseían todas las virtudes humanas; las virtudes divinas no se encuentran más que entre los cristianos.»

CAPITULO VI

La moral universal y la moral evangélica

Sujeta, como todo lo que es producto de la limitada inteligencia humana á cambios y mudanzas mil, la llamada *moral universal* no es más que una brillante utopía que jamás llegará á obtener la condicionalidad de lo Absoluto, es decir, de los caractéres que distinguen á las obras de Dios de las obras de los hombres.

La mal llamada *moral universal*, cuya base estriba, según los que la profesan, en la estimación pública con relación al individuo y en nuestro propio aprecio, ó lo que es igual, que la norma de la virtud y del deber la colocan aquéllos en la conciencia individual y en los juicios de la opinión, está sujeta á tantas variantes, como conceptos de los mismos que de ella hacen alarde.

Los moralistas humanos no han reparado en que su sistema, en vez de enfrenar las pasiones, tiende á darles más expansión, porque además de que hay gentes, para quienes la *conciencia* y el *sentido moral* son palabras vanas, los hombres que ordenan aquélla con arreglo á la *moral universal*, pueden eludir los deberes que ésta impone en la vida privada y aparecer simultáneamente como personas de intachable probidad ante la opinión pública.

Resulta, pues, que la moral universal no existe porque por ella se va al mal, y de existir puede compararse á esos castillos antásticos que forman las nubes para desaparecer *incontinenti* á la menor ráfaga de aire.

No obstante, examinemos bajo otro aspecto el principio, por el que los moralistas humanos quieren dirigir el mundo.

Ellos—dicen—plagiando las frases del Evangelio que la *moral universal* se extiende por todas partes, enseñoreándose de las sociedades modernas por su propia virtualidad; pero los hechos vienen á atestiguar contra tal aseveración. En efecto, un profundo moralista y excelente conocedor del corazón del hombre, *Pascal* ha dicho, que «tres grados de elevación hacia el Pólo trastornan toda la jurisprudencia.» Sentado este principio, que es inconcuso, puede aplicarse con relación á la moral. Nosotros decimos, pues, siendo así que la diferencia de latitud cambia la jurisprudencia, es decir, el derecho, cuya base en todo país culto es el uso y la costumbre, ¿cómo quieren los moralistas humanos hacernos comulgar con la rueda de molino de su moral universal, ó el predominio de ella donde quiera que haya hombres.

La conclusión la dejamos al criterio de nuestros lectores.

Podrá argüirse, sin embargo, que fuera de toda religión pueden existir individuos que practiquen el bien, siguiendo solo los consejos de su propia conciencia que es el Código de la moral puesto por Dios en el hombre para su libre gobierno; pero, á esto debemos oponer, que, como nuestra naturaleza nos inclina al mal porque nuestra voluntad está enferma y el sentido moral también toma parte en las infracciones de la conciencia, porque el hombre, tanto en su corazón como en su espíritu, refleja el doble fenómeno de un combate á muerte entre la verdad y el error, la luz y las tinieblas, el bien y el mal, pero siempre con tendencia á este último, como dijo *Ovidio*, dudamos de esa fuerza de la conciencia sin re-

ligión para salvar los abismos y obstáculos que el mal pone en el camino del hombre, solicitado por las concupiscencias del placer, de los honores y de los dones de la fortuna.

Es más, en la esfera de la moral humana caben todos los egoísmos, porque el hombre, aun regido por la ley natural, que no es otra que la conciencia misma sin el freno suave de la religión, tiende á la acumulación de la riqueza, á despojar á la sociedad de sus dones con tal de llegar á la pretendida felicidad á que aspira, en tanto que el espíritu de la moral cristiana consiste en esa santa abnegación en virtud de la cual el individuo se despoja de todos sus bienes para ayudar á sus semejantes, sin distinción de patria ni de religión, porque el principio de la caridad así lo enseña, y esa caridad es una ley que el cristiano no puede eludir.

Son muy frecuentes en la sociedad cristiana aquellos actos de abnegación por parte de los grandes de la tierra, quienes, viviendo la vida de los salones aristocráticos, brillando en las principales Córtes del mundo, sin preocuparse para nada sobre lo porvenir, asegurado por sus pingües rentas, habitando en suntuosos palacios, paseando en lujosas carretelas, tiradas por briosos corceles, cuando se hallan en los dorados días de la juventud y las hermosas y la fortuna les sonríen á porfía, son muy frecuentes, repetimos, esos actos de abnegación y desinterés que en un momento dado llevan á cabo los magnates á que nos referimos, comprendiendo, acaso por divina intuición, que todos esos placeres y distracciones, que toda esa vida de paseos, teatros, recepciones y banquetes, en realidad no es más que un *fenómeno de miraje* que los atrae, los seduce, los arrastra y los lleva sin término ni descanso tras de una pretendida felicidad que en

la tierra no existe, para que al asomar á los confines de la vida, extenuados por la fatiga y el cansancio producidos por la vertiginosa carrera tras el fantasma de la dicha, exclamen al fin: ¡La vida es un desencanto, la felicidad no existe en ella! De ahí esas rápidas transiciones de la vida del gran mundo á la vida del convento, donde se viste el hábito de estameña y se somete el alma y el cuerpo á toda clase de austeridades y sufrimientos.

Esas transformaciones del hombre de la alta sociedad en humilde fraile, por ejemplo, cuando no en secular sacerdote, obedecen á secretos impulsos de la moral cristiana, que hace del que en ella cree un héroe de todos los tiempos, lugares y espacios, dispuesto siempre á sacrificarse por su Dios y sus semejantes, renunciando á todos sus bienes y honores en favor de los desvalidos, teniendo siempre por norte la felicidad eterna, y como ley imperecedera que ha de conducirle á ella, la caridad, que en síntesis no consiste en otra cosa que en el amor de Dios y del prójimo.

Esas místicas transformaciones hacen del hombre de la aristocracia, como del de humilde condición, verdaderos santos, como sucedió con el célebre duque de Gandía—después *San Francisco de Borja*,—quien, al hacer en Granada la entrega del cadáver de la que en vida fué bella emperatriz y virtuosa esposa de Carlos V, al clero de aquella capital, en el momento de descubrir el atahud para dar fé de que en efecto aquellos eran los restos mortales de la esposa del Emperador, al notar su descomposición y en lo que viene á parar la hermosura, después de vacilar un momento por las dudas que le asaltaban, pronunció aquellas palabras que forman toda una leyenda y que el hombre debiera llevar esculpidas en su pecho en letras de oro: *Nunca más servir á Señor que se me pueda morir.*

Citaríamos otros muchos ejemplos de esta índole, sino molestásemos la atención de nuestros ilustrados lectores, á más de que, multitud de ellos, como todo lo que es cristiano, han alcanzado la popularidad.

En cuanto al fin de la pretendida moral universal aplicada al individuo en relación con el juicio que de él forme la sociedad, ó sea á la estimación pública y á su propia estima, puede traducirse en el *amor de sí mismo* y en el menosprecio de los deberes que Dios impone al hombre, que es precisamente lo contrario de lo que determina la moral evangélica que consiste en el amor de Dios y en el poco ó ningún aprecio de sí mismo, principio que ha creado todas esas grandes instituciones de Beneficencia de que el espíritu cristiano se halla saturado, porque no hay ningún mal (y son infinitos los que se enseñorean de la pobre humanidad) á que el Cristianismo no haya puesto su remedio, como no hay ninguna lágrima que no sea enjugada por su mano generosa, ni ninguna herida por profunda que sea que no llegue á cicatrizar.

Ese amor del cristiano hacia Dios que supera todos los amores terrenos y que puede igualarse al de los ángeles, es el que de manera tan magistral y maravillosa fué expresado por *Corneille* en su obra *Poliutto*, quien, locamente enamorado de aquella hermosa pagana, hija del tirano *Félix*, después de aquella lucha titánica entre los dos amores, el de Dios y el de su futura que profesaba el politeísmo, á pesar de los ofrecimientos del padre de su amada Paulina, quien cedía al fin la mano de ésta y cuantas riquezas y honores desease *Poliutto* «si adoraba á los dioses», nuestro ilustre mártir se decidió á morir por su Dios único, porque *era cristiano*, escribiendo con su sangre generosa una de las páginas más brillantes de la historia de las Religiones.

¡Qué pequeña nos parece la moral universal, cuando la colocamos al lado de la moral cristianal

Por otra parte, ¿qué reglas de la moral humana pueden compararse al sermón de Jesús en la montaña, á las Bienaventuranzas ó á estos párrafos sencillos que escuchaba la multitud asombrada de labios del Divino Maestro? «Oísteis que fué dicho á los antiguos: No adulterarás; pues yo os digo que todo aquel que pusiese los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón. Además, oísteis que fué dicho: No perjurarás, mas cumplirás al Señor tus juramentos; pero yo os digo que de ningún modo jureis, sino que vuestro hablar sea sí, sí, no, no, porque lo que excede de esto de mal procede: Oísteis que fué dicho á los antiguos: No matarás, y quien matare obligado quedará á juicio; mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano obligado será á juicio, y quien dijere á su hermano una palabra insultante obligado será á concilio. Por tanto, si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve primero á reconciliarte con tu hermano y después vuelve á concluir tu obligación. Habeis oído que fué dicho: Ojo por ojo y diente por diente, pero yo os digo que no resistais al mal, antes bien, si alguno os hiriere en la mejilla derecha, paradle también la otra; á quien quiera poneros pleito y tomaros la túnica, dejadle también la capa; y al que os precisare á ir cargados mil pasos, id con él otros dos mil más.»

Después de establecer el Decálogo de los deberes divinos y humanos para el desenvolvimiento del hombre en la sociedad y en la esfera religiosa, añadía aquellas palabras que son como la esencia de la moral evangélica, y que ya hemos tenido ocasión de ci-

tar, porque sólo Dios pudo pronunciarlas en su infinita sabiduría, para poner el sello á su moral santa y decir á los pensadores de todos los tiempos pasados, presentes y futuros, que han de doblar la frente é inclinarse con respeto ante la majestad de sus obras, porque es absolutamente imposible que el hombre, por gran génio que sea, y aunque reuna en su sola inteligencia todo el caudal de los conocimientos humanos, pueda hacer algo que á la moral de los párrafos que vamos á copiar se asemeje:

«Sabéis que fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo, mas yo os digo: *Ama á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian*, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.»

Abrid todos los Códigos del mundo, recurrid á todos los archivos del saber humano; id á la India á registrar los infolios, códices y manuscritos cubiertos por el polvo de los siglos; escudriñad las bibliotecas de Persia, del Egipto, Grecia, Roma, América y aun de la Oceanía, y si encontráis algo que á la moral de Jesús se iguale, no en esas apartadas regiones, sino en el centro de esta misma Europa, emporio de la civilización, creednos, pagaríamos con nuestra vida el éxito de vuestro encuentro.

Por esta otra máxima estableció nuestro Redentor la división de los poderes: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» Por este principio definió el Mártir del Gólgota la soberanía infinita del Eterno Padre; su poder sobre todos los poderes, como dijo San Pablo *omnis potestas Dei sunt*, y la soberanía transitoria de los reyes de la tierra, haciendo la separación de ambas potestades, aunque dominando

la de Dios sobre la de los monarcas, pues aunque tanto se ha hablado sobre el precepto bíblico *per me reges regnam*, lo cierto es que todo poder viene de la Causa creadora y esta es la doctrina admitida por el comun sentir de todos los tiempos y por teólogos y sabios tan ilustres como el célebre cardenal *Belarmino* y el no menos célebre padre *Suares*, de la Compañía de Jesús al explicar la soberanía de las naciones. Este último ha dicho: «La potestad política ó civil procede sin ayuda de Dios, pero el que esté en tal ó cual persona es de derecho humano»; y el citado cardenal, consejero y confesor de San Luis Gonzaga, abundando en las mismas ideas escribió «que las formas de Gobierno consideradas en particular son de derecho humano ó de gentes, por más que todo poder viene de Dios.»

Así, en la moral evangélica se hallan resueltos todos los problemas que afectan á los Estados y á los que los dirigen, á los que mandan como á los que obedecen y á las relaciones que deben existir entre Dios y el hombre, la sociedad y el individuo, y como éste, debe portarse consigo mismo.

¿Qué problemas soluciona la llamada moral universal?

Dudamos mucho de la conciencia que tenga por base esa moral imposible, que, como planta parásita, vive de la sávia de la religión, y sin embargo, es su enemiga más irreconciliable.

Refiriéndose á las buenas obras, y cómo habían de practicarse, enseñaba nuestro divino maestro: «No hagais vuestras buenas obras delante de los hombres para que os vean; de esta manera no tendreis el galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Por consiguiente, no hagais tocar la trompeta delante de vosotros, como los hipócritas hacen en las sinagogas

y en las calles para ser honrados de los hombres: en verdad os digo que recibieron su galardón. Cuando hagais, pues, limosna, *no sepa vuestra izquierda lo que hace vuestra derecha*, para que vuestra limosna sea en oculto, y vuestro padre que vé en lo oculto os premiará.»

Mal podrán avenir los moralistas modernos esta doctrina con la de la llamada *filantropía*, que es precisamente todo lo contrario, porque el filántropo hace el bien, de ello no cabe duda, más por buscar el lauro y el aplauso sociales, que el socorro del necesitado.

La prueba no puede ser más palmaria, el nuevo amante de la humanidad, el filántropo, impulsado por los bombos de la prensa periódica, se excita más en su amor al desvalido cuanto más se extiende su fama por el mundo.

Los partidarios de lo acomodaticio podrán replicarnos que «hágase el milagro, aunque lo haga el diablo», pero nosotros, más atentos á los preceptos evangélicos, queremos que la caridad se practique como Dios ha determinado y no para satisfacer la vanidad de los hombres.

En fin, la divina moral del Evangelio para grabar en la memoria del hombre el principio mil veces santo de la caridad recordaba que ésta debe practicarse como enseña la parábola del Samaritano, no sólo con el compatriota y hermano, sino con el hereje y el extranjero.

En cuanto al precepto de la humildad, antítesis de la soberbia que apreciaba el mundo pagano como una de las principales virtudes, Jesús, decía á las multitudes subyugadas: «Sabeis que los príncipes de las naciones las dominan y que los poderosos tratan á sus súbditos con orgullo: No debe suceder lo mismo entre vosotros, porque el que quiera ser el mayor y el pri-

mero será vuestro esclavo; pues yo mismo no vine para ser servido, sino para servir y dar mi vida por el rescate del género humano: Os lo declaro solemnemente: *Los primeros serán los últimos: El que se exalte será abatido: El que se humille será ensalzado.*»

Por último, el hijo del Eterno para demostrar la fuerza y excelencia de la fé, que es el manantial de todas las virtudes, decía: «Si tuvieseis fé, podríais decir á una montaña trasládate de aquí allá, y al momento la montaña obedecería; nada os sería imposible, aunque vuestra fé fuese tan pequeña, como un grano de mostaza», y concluía por inculcar este precepto, que es como la base de la moral en el ánimo de su auditorio: «Sed misericordiosos, como lo es vuestro padre celestial: Sed perfectos del mismo modo que es perfecto vuestro padre que está en los cielos», reasumiendo todos sus discursos en las palabras que á continuación copiamos y por cuya sola regla se haría la felicidad del mundo. «Os doy un nuevo mandamiento: Amaos los unos á los otros del mismo modo que yo os he amado á todos: Amaos los unos á los otros, y en esto se conocerá que sois discípulos míos.» Es decir, fuera de odios, iniquidades, venganzas, adulterios, rapiñas, asesinatos, represalias, nada de infamias, nada de despojarse de los bienes los unos á los otros, nada de traiciones, nada de desear lo ajeno contra la voluntad de su dueño, nada de asechanzas en la sombra, vivid como hombres, como hermanos; nada de guerras, que talan los campos y llevan la desolación á los pueblos, y en fin, que el mundo debía regirse por la ley del amor, no del amor terreno, sino por el que existe entre Dios y sus ángeles.

Ahora, vengan á capítulo los moralistas de todas las edades y mano *in pectore*, dejando á un lado las pasiones que ofuscan la inteligencia, confiesen ingé-

nuamente, si con todos sus sistemas sobre las virtudes, han hecho (¿qué decimos han hecho?) han podido llegar jamás á imitar siquiera la revolución moral que hizo el Cristianismo sobre los dos mundos: el del pasado y el del presente, cuando con todo su saber no han llegado á influir ni en la calle donde vivían, como dijo *Voltaire*, de los sabios de su tiempo.

¿Qué queda, pues, de esa mal llamada moral universal, comparada con la de Jesús?

Concluamos estas líneas con una afirmación del patriarca de la impiedad, que, á pesar de su odio al Cristianismo, cuando se dejaba llevar de su esclarecido talento y de su lógica irrefutable, era más ortodoxo que los mismos cristianos.

Refiriéndose á la religión, decía el jefe de los enciclopedistas del pasado siglo: «La verdad permanece eternamente; los fantasmas de las opiniones pasan como los sueños de un enfermo.» Pues bien, eso ha sucedido y sucederá siempre con los sistemas de moral inventados por los filósofos que han durado lo que las imágenes producidas por el estado febril del hombre; en cambio la moral evangélica está llamada á subsistir siempre, porque la sostiene la misma mano que sacó los mundos de la nada, é hizo brotar de los abismos las grandezas de la Creación.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

*El problema obrero en su aspecto religioso, económico,
moral y político.*

«Los hombres no han nacido para máquinas de la codicia y ambición de sus semejantes, sino para glorificar á Dios con un trabajo honrado y equitativo.» — Conferencia del Excmo. señor Obispo de Sión en el Centro de Instrucción Comercial.

(*El Imparcial* de 24 de Mayo de 1895.)

Como la moral se halla en tanta relación con la sociología y las demás ciencias que dentro de ella viven, hemos creído oportuno tratar, siquiera sea solamente, el problema obrero, bajo sus diferentes aspectos, ó sea en lo que respecta á la religión, la economía, la moral y la política, en la seguridad de que no ha de desagradar al apreciable lector.

Hecha esta sencilla, pero necesaria observación, puesto que este trabajo sólo tiende al fin moral, pasemos á ocuparnos de la cuestión obrera en lo que se refiere á las enseñanzas de la Iglesia.

La Religión, cuya doctrina, como emanada del Al-



tísimo tiene entre sus grandezas y maravillas la de adaptarse á todas las edades, pasadas y presentes, como se adaptará á la de los siglos venideros, no podía permanecer indiferente ante las quejas de los trabajadores, y, descartando de ellas toda hipérbole, por boca de su insigne Pontífice León XIII, en su Encíclica *De conditione Opificum*, ha expuesto noble y lealmente su criterio en problema tan transcendental, demostrando de un modo palmario, cómo puede irse encontrando su solución para hacer más llevadera la vida del obrero y sus relaciones con los patronos, partiendo siempre del principio armónico entre el capital y el trabajo, como fuente de toda riqueza y de la prosperidad de los pueblos.

Con efecto, los obreros, que en su mayoría son honrados, desean vivir en armonía con las leyes del capital y del trabajo, pues sólo aspiran al sostenimiento de sus familias dentro de su propio país, porque al encaminar sus pasos á extranjero suelo, en busca del pan que no encuentran en la madre patria, sus lágrimas y sus tristezas por la tierra y los parientes que abandonan, son testimonio verídico de que comienzan á sentir la nostalgia del país que los viera nacer y del sol que acariciara los juegos de su infancia.

Sin embargo, como no todos los obreros piensan de igual modo, sugestionados —los menos de ellos por fortuna— por las predicaciones contra el capital, la propiedad, las instituciones, la religión y la moral de sus compañeros los socialistas, comunistas, colectivistas y anarquistas, cuyas ideas, aunque expresadas bajo distintas formas, sólo tienen un fin esencial, que no es otro que la abolición de la propiedad individual, para convertirla en *colectiva*, administrada por el Estado ó el Municipio, con la reglamentación del trabajo que mata la libertad individual, creen que todas

esas utopías, que no son nuevas ni del momento, van á hacer la felicidad de los propios trabajadores, como si el hombre pudiera suprimir el dolor y la muerte, compañeros inseparables de todas las sociedades, de las familias, como de los individuos, y, de ahí esa pertinaz guerra entre el propietario y el desheredado, el pobre y el rico, el capital y el trabajo, como si los unos y los otros no se necesitaran, cuando precisamente la concordia entre elementos tan importantes es tan necesaria para la producción y el orden social, como lo son las leyes por que se rijen el pensamiento y la atracción, en los mundos moral y físico.

Esas predicaciones socialistas y anárquicas, aunque afortunadamente en nuestra católica España las ideas de los últimos tienen poco arraigo, porque á nadie se le ocurre que las sociedades puedan vivir sin religión, sin Gobierno, sin patria ni familia, entregadas al instinto del bruto, sin ninguna ley moral que enfrente sus pasiones, han reproducido el erróneo concepto de *Proudhon* de que «la propiedad es un robo», cuando, precisamente, si hay algo justo en el mundo es la propiedad bien adquirida; pues como enseña la Encíclica de Su Santidad, que acabamos de citar, «la propiedad no es otra cosa que el salario cambiado de forma», lo cual es axiomático; pues si un obrero cualquiera, con el ahorro de su salario, compra un terreno, y se hace propietario, al fin y al cabo no ha hecho otra cosa que cambiar la parte ahorrada de su salario por la propiedad que acaba de adquirir. Esto no admite duda.

En cuanto á la riqueza en general, ¿qué otra cosa es sino el resultado del trabajo acumulado? Es verdad que hay riquezas mal adquiridas, pero de éstas no tratamos aquí, porque demasía la desgracia tiene quien no está nunca bien con la propia conciencia,

á más de que, por lo general, esas riquezas producto del robo ó de la *irregularidad*, jamás llegan á la tercera generación, cuando no mueren en gérmen, por decirlo así, ó en los primeros poseedores.

¿Quién no recuerda las admoniciones de Jesús contra los ricos, para quienes «es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que uno de ellos se salve»?

¿Quién no recuerda las palabras de San Pedro al embaucador y pseudo profeta *Simón Mago*, cuando éste quería comprarle el *don de hacer milagros* y le contestaba el Príncipe de los Apóstoles que «su dinero le serviría de perdición»?

Además, por cualquier parte que se abra el Evangelio, hallaremos siempre, que se aconseja á los ricos el deber moral, no de estricta justicia, sino en casos extremos, á que se encuentran obligados por la caridad de socorrer á los pobres

A este propósito leemos en la repetida Encíclica *De conditione opificum* lo siguiente: «Nadie, seguramente, está obligado á remediar al prójimo, tomándolo de lo que él necesita ó de lo de su familia, ni tampoco á privarse de nada de lo que la conveniencia ó el bienestar imponen á su persona. *Nadie, en efecto, debe vivir de una manera contraria á las conveniencias*. Pero cuando se ha satisfecho suficientemente á lo que exigen la necesidad y el decoro, es un deber destinar lo supérfluo á los pobres (*Quod super est date elemosinan. Luc. XI, 41*). Es un deber, no de estricta justicia, salvo los casos de extrema necesidad, sino de caridad cristiana, un deber por consecuencia cuyo cumplimiento, no puede lograrse por las vías de la justicia humana. Pero, por encima de los juicios de los hombres y de sus leyes está la ley y el juicio de Jesucristo Nuestro Dios, que nos persuade siempre á

que hagamos limosna. Es más feliz, dice, el que dá que el que recibe (Actor XX, 35) y el Señor considera como hecha ó negada así mismo la limosna que se hubiese hecho ó negado á los pobres. Siempre que hagais limosna al menor de mis hermanos que veis, es á mí á quien la haceis.» (Mat. XXV, 40)».

De manera más sábia y magistral es imposible esponer como lo hace el Jefe Supremo de la Iglesia en los anteriores párrafos la doctrina que enseña á los poderosos el sagrado deber de aliviar la miseria del indigente, y el límite de este mismo deber en relación con el principio de justicia, pues si es cierto que todos estamos obligados á socorrer al menesteroso y practicar las virtudes cristianas, también lo es, que la práctica de las mismas, como de todo deber emanado del órden moral, no son de las que pueden someterse para su cumplimiento á los Tribunales de Justicia.

A este fin no hemos de dejar sin refutación la nota de *comunista* aplicada á la Iglesia, nota que ha sido inventada por los flamantes socialistas, por la sola razón, como dijo en su discurso sobre el problema objeto de este capítulo el eminente y malogrado orador sagrado, Sr. *Manterola*, allá por Mayo del 91, si la memoria no nos engaña, discurso pronunciado en el Templo de San José de esta Corte y que la mayor parte de los periódicos de Madrid y provincias trasladaron á sus columnas, por la sola razón de que las Comunidades religiosas repartían proporcionalmente el producto de su trabajo.

No, y mil veces no. La Iglesia jamás ha practicado el comunismo, si por éste se entiende y practica lo que enseñan los partidarios de este sistema, es decir, el despojo del capital de los ricos, haya sido bien ó mal adquirido, con el sudor de la frente é en grandes ágios bursátiles ó por el robo y la rapiña, pues nues-

ra gran Maestra jamás ha pensado en expoliar á nadie de sus bienes, como ella fué expoliada de los suyos por decretos y leyes arbitrarios, violando toda idea de justicia, sino que, por el contrario, desde sus primeros tiempos formó por medio de las cuestaciones de los fieles, aquellos llamados por *Tertuliano* «Depósitos de la Piedad» para socorrer á los indigentes, á los enfermos, caminantes, huérfanos y viudas, y aun darles honrosa sepultura en caso necesario, y, por tanto, en vez de despojar á nadie de sus bienes, la Iglesia sólo pensó en poner los suyos á disposición del pauperismo y de las dolencias sociales.

Es verdad que en el Paraguay hubo algo parecido al comunismo establecido por los misioneros de la Compañía de Jesús, que á pesar de haber sido tan calumniada por el racionalismo y las sectas políticas ultra-radicales, lo cierto es que á ella deben los pueblos del Asia, de la Oceanía, Africa y América, la mayor suma de civilización de que disfrutaron.

La célebre Compañía, que lo mismo en las ciencias naturales que en las del orden moral y político, como en todos los ramos del saber humano ha dado y continúa dando tantos sábios al mundo, al llevar los beneficios de nuestra religión á las regiones vírgenes de la joven América, fundó en el *Paraguay* aquella república cristiana que tuvo de duración siglo y medio, y en la cual nunca se llegó al comunismo, como lo entienden los escritores antiguos y modernos porque jamás se llegó á proclamar lo que ahora ha dado en llamarse *amor libre*, ó el estado salvaje del hombre y la mujer, que en resumen no es otra cosa que la comunidad de las mujeres para la comunidad de los hombres, dogma esencial del anarquismo; pues las paraguayas ni aun en el templo se confundían con el sexo fuerte porque tenían bancos distintos y

diferentes puertas por donde salían y entraban, sin confundirse con aquél.

En cuanto á la comunidad de bienes, si es cierto que la tierra estaba dividida en muchas suertes, ó porciones, y que cada familia cultivaba una de ellas para recurrir á sus necesidades y que existía además un campo público llamado la *Posesión de Dios*, cuyos frutos estaban destinados para suplir las malas cosechas y socorrer á viudas, huérfanos y enfermos pobres, y aun algunas veces para fondos de guerra, también lo es que aquellos terratenientes especiales pagaban un escudo de oro al rey de nuestra querida España, cantidad que se ha evaluado en un quinto del valor de los bienes, y por tanto, la propiedad no era colectiva como dicen los comunistas, ni tampoco del Estado á excepción del territorio, puesto que aquellos campesinos eran simples colonos porque pagaban sus tributos al Rey D. Felipe V, y estaban gobernados por los dos misioneros de cada *Reducción*, el cacique ó jefe militar de cada una de aquéllas, el Corregidor para la Administración de justicia y los Regidores y alcaldes para la policía y dirección de los trabajos públicos. (1)

Pretender demostrar también, como lo hacen los socialistas, que la Iglesia ejerció el Comunismo en sus primitivos tiempos, es un absurdo rayano en la locura.

Lo que ocurría en los primeros días del Cristianismo era que cuando se reunían nuestros hermanos en Cristo, hacían su cuestación para los desgraciados sin distinción de patria ni de personalidad, para cuya distribución se crearon los diáconos, y aun el mismo

(1) *Chateaubriand*, «Genio del Cristianismo», Tomo II; pág. 133.

San Pablo en los frecuentes viajes que hacía con el fin de visitar las Iglesias establecidas y fundar otras, también se dedicaba al reparto de aquéllos socorros entre los pobres y desvalidos, demostrándose con el ejemplo que la caridad se ha practicado siempre por los hijos de Jesucristo, aún en medio de las sangrientas persecuciones de los tiranos del Imperio, sin que esa caridad degenease jamás en la vergonzosa comunidad de mujeres ni de bienes á que pretenden llevarnos los colectivistas de los tiempos presentes, infecundos plagiarios de las aberraciones de los sofistas de Grecia y Roma.

Otra sería la suerte de los trabajadores, si gobiernos arbitrarios, más atentos al interés propio que al interés sagrado de la justicia, no hubiesen expoliado de sus bienes á la Iglesia, pues en los días en que ésta poseía la fabulosa fortuna que le arrebató el Fisco, ni había tantos pobres ni la miseria llegó jamás á enseñorearse de tantas Comarcas, de tantos pueblos, ni de naciones, en fin, que por las corrientes de emigración hacia otros puntos del globo, se están despoblando y sus campos quedan yermos, por no poder sostener á sus propios hijos, por la falta de medios, el exceso de las cargas públicas, su indiscutible decadencia y su estremada pobreza.

La Iglesia, pues, cuando poseía la inmensa riqueza que la piedad de los fieles, con un derecho inconcuso y usando de su libertad, había acumulado en sus manos, no como vulgarmente se dice, por fanatismo ó por efecto de la captación eclesiástica, sino por la gran misión que ha ejercido y aún ejerce, proveyendo á las necesidades materiales de los pobres, como á las morales de la humanidad, los terrenos que poseía, como las fincas urbanas las daba en arrendamiento á tan bajo precio, que todo desvalido resultaba un co-

lono que vivía con desahogo, cultivando su tierra, cuando no un modesto propietario al pagar su pequeño censo, pues como este, así como la renta eran tan bajos, sucedía que podían pagar sin violencia y realmente se convertían en modestos propietarios.

Por otra parte, la incautación de los bienes de propios por el Estado, como si la desamortización eclesiástica no hubiera sido bastante para privar al pobre de su peculio, vino á colmar la medida de la iniquidad dejando al pueblo sin el usufructo y posesión colectiva de aquellos bienes con que principalmente la gente menuda atendía á sus primeras necesidades, así como á las de sus ganados.

Así, pues, primero despojando á la Iglesia y después al pueblo, es como los malos gobiernos han ensanchado más la profunda llaga del pauperismo, llaga que hoy quieren cicatrizar estableciendo reglas sobre el trabajo de la mujer y los niños y algunas disposiciones relativas á la higiene en los talleres, cuando precisamente lo que falta al pueblo es pan, porque como dice un antiguo adagio español: «pan y carne caros, traen al pueblo en llanto».

Nada hemos de añadir sobre la llamada desamortización eclesiástica comenzada en nuestro país por Mendizábal en 1836, aboliendo las órdenes monásticas de hombres é incautándose de los bienes de las monjas, como de las alhajas y campanas de los templos á título de aplicar sus productos á la extinción de la deuda pública, propósito que jamás llegó á realizarse, desamortización que después continuó por moderados y liberales en cuanto al clero secular, la cual fué calificada en plenas Cortes de *despojo inicuo* por el elocuente orador D. Pedro José Pidal; pues con lo que acabamos de exponer queda demostrado los males que ha traído á la patria, haciendo á mucha gente rica

sin abrir la bolsa; pues los plazos de las adquisiciones se pagaban con el producto de los bienes comprados, dejando á millares de colonos en la mayor miseria y á millones de indigentes sin el necesario sustento que recibían de las órdenes regulares, como del clero secular, que en todo tiempo recibieron, como reconocen hoy y reconocerán siempre la obligación de dar limosnas é instruir á los pobres.

Refutada la nota comunista que las escuelas radicales-sociológicas imputan á la Iglesia católica, sigamos nuestra tésis.

El Excmo. Sr. Obispo de Sion, D. Jaime Cardona, maestro en la elocuencia é ilustrado como pocos en las ciencias teológicas y sociales, cuyas palabras aparecen á la cabeza de este capítulo, con la agudeza de su ingenio y de su esclarecido talento, ha deslindado los campos en que deben moverse patronos y obreros, pues como dice en el párrafo que de su conferencia en el Centro de Instrucción Comercial hemos copiado: «Los hombres no han nacido para máquinas de la codicia y ambición de sus semejantes, sino para glorificar á Dios con un trabajo honrado y equitativo», lo cual quiere decir en inimitable prosa que los patronos no deben cometer ningún abuso por pequeño que sea con los trabajadores ni explotar la concurrencia de éstos en demanda de jornal, y que sus faenas sean adaptables á la fuerza muscular, así del hombre como de la mujer y, el niño. y en una palabra, que se les pague religiosamente su salario, que siempre debe ser adecuado á las necesidades y exigencias de tiempo y lugar, pues como enseñan los libros sagrados: «He aquí que el salario que habeis robado por fraude á vuestros obreros clama contra vosotros, y su clamor llega hasta los oídos del Dios de los ejércitos».

En fin, claro es que el Sr. Obispo de Sion no iba

solo á sentar premisas y deducir consecuencias en favor de los obreros, sino que también aconsejó á éstos en su sabia conferencia que era necesario trabajar para ganar el jornal honrada y noblemente y no perder el tiempo en bagatelas, concluyendo por dejar sentado entre otras cosas que de la armonía entre el capital y el trabajo dependía en mucho la solución de la cuestión social, y muy especialmente por la propaganda de las ideas religiosas.

Abundando en estas mismas ideas la Iglesia por boca del sucesor de San Pedro en la repetida *Enciclica*, ha considerado el socialismo bajo sus diferentes aspectos comunista, colectivista y anárquico, como contrario á la ley natural y á los más elevados principios de justicia, pues aquellos sistemas matan toda libertad individual, no reconocen el mérito ni el demérito midiendo á todos los hombres por el mismo rasero, y reducen la personalidad humana á la triste condición de la bestia, puesto que todas las manifestaciones del socialismo se traducen en que la propiedad individual, que es una de las más nobles aspiraciones del hombre conseguida por la constancia en el trabajo y la moralidad de costumbres se convierta en colectiva, administrada, como antes hemos dicho por el Estado ó el Municipio, y á que el hombre sea *mecanismo movable*, sujeto como en los primitivos siglos en que las sociedades empezaban á formarse y la vida se hacía en común al toque de campana para comen-
zar y concluir sus trabajos y reunirse para la comida, sin ningún horizonte abierto para la inteligencia ni sus obras maravillosas, porque ¡admírense nuestros lectores! con tanta sabiduría socialista como por todas partes se derrocha, los maestros y doctores de esa *Iglesia* no tienen una sola palabra para el trabajo de los artistas, de los literatos y de los sabios, es más,

los declaran fuera del concierto universal del mundo, como si no trabajaran, cuando está demostrado científicamente que el trabajo intelectual produce más desgaste vital que el trabajo mecánico, lo cual ha hecho decir á *Zola* al notar el abandono en que el socialismo deja á los artistas, literatos y hombres de talento «que los obreros que hacen los socialistas el día que por acaso se estableciese su sistema, obedecerán y trabajarán como los socialistas determinan, pero que, los obreros que hace Dios (los de la inteligencia), solamente á Dios obedecen y trabajan á capricho de su carne y de su cerebro».

En otro orden de ideas, los pesimismos del economista escocés *Malthus*, sobre la falta de armonía entre las leyes de la producción y de la población de que se han hecho eco algunos sociólogos, pesimismos que hicieron á aquél pensador aconsejar al hombre que no «se casase y no tendría hijos porque les legaría un mundo que no tuviese nada que comer, carecen de base, porque como ha demostrado el insigne reorganizador de la Economía política, el americano *Carey*, las leyes de la población y de la producción están en completa armonía, porque si en los tiempos actuales hay mayor número de nacimientos, y los casos de longevidad son más frecuentes, las máquinas han multiplicado la producción, simplificando el número de brazos, pues parece que se ha llegado á aquel estado de felicidad relativa que soñara *Aristóteles* el día que la lanzadera tejiese sola, el arco tocase la cítara, y así de los demás instrumentos, sin el brazo que los impulsa.

Queda, pues, demostrado que esos tristes presagios acerca del porvenir de la humanidad no llegarán jamás á cumplirse, en tanto que la Providencia que sostiene el mundo no llegue á desequilibrar esas her-

mosas leyes de la población y de la producción, cuya armonía es indiscutible, pues de otro modo el planeta que habitamos estaría condenado (lo que Dios nunca permita) à morir de inanición, cuando todos sabemos que el Universo ha sido creado para más elevados fines.

Emitidos los conceptos que nos merecen la propiedad y el salario, contra los cuales tanto grita el socialismo; expuesta sobre ambos puntos la doctrina de la Iglesia; descartada la injusta nota de comunista que quieren hacer pesar sobre ella los modernos reformadores sociales, y tratadas las relaciones que deben existir entre patronos y obreros, vamos à ocuparnos del llamado *Socialismo Católico* con la atención que este asunto requiere en el siguiente párrafo.

I

El Socialismo Católico

Bajo este epígrafe se designan las opiniones que algunos católicos profesan, no sólo en lo referente al problema obrero, sino en cuanto se refiere à las demás cuestiones que afectan à la Sociología, pero sin que los ilustres próceres, que no se desdeñan en llamarse *socialistas católicos*, y que forman escuela, entiendan ni crean que el llamarse socialista dentro de la comunidad cristiana, pueda considerarse como hermanos de los *Guesdes, Mark, Bacounine, Toltoy, Iglesias* y otros corifeos del radicalismo social moderno, sino, antes por el contrario, que así como existe la escuela de los *socialistas de cátedra*, que sin ser comunistas ni colectivistas, entienden que el problema social se resolverà andando el tiempo, fundados en su célebre lema: *lesse faire lesse passer*, los llamados *socialistas católicos*, creen y entienden que por la

sola Religión, por el augusto principio de la caridad, se resolverá el citado problema.

El rescripto de Su Santidad, de que hemos hecho referencia, dice en conclusión que para solucionar la cuestión obrera se necesita el concurso de la Iglesia en primer término, del Gobierno, obreros y patronos, en segundo, y á esta doctrina nos atenemos, por emanar de la primera gerarquía del Catolicismo.

En efecto; es tan árdua la cuestión social, tan compleja, tan relacionada con la vida económica de los pueblos, que sólo en el concurso de todas las clases es como podrá llegar á mejorarse la condición del obrero, que, dígase lo que se quiera, no es hoy ni con mucho menos, el esclavo de los antiguos pueblos, ni están su honra y su vida sujetas al señor feudal, como lo estuvo en la Edad Media.

Nosotros conocemos á muchos obreros—y con seguridad también conocen muchos de ellos los que nos siguen en estas páginas—que de simples aprendices llegaron á maestros, y con su trabajo y honradez acrisolada han hecho un capital, que, aunque modesto el de los unos y pingüe el de los otros, les sirve en la vejez para no trabajar y atender á las necesidades de sus familias. Los socialistas llaman también *burgueses* á estos trabajadores de toda la vida. ¿Dónde está la lógica del socialismo?

Es más; el célebre *Edisson*, el inventor de todas las maravillas eléctricas, en sus mocedades fué modestísimo industrial; hoy posee una gran fortuna. ¿Si será *Edisson* burgués también?

Cuando en un periódico tan leído como *El Liberal*, el señor marqués de Villamejor, entre las opiniones de los hombres más notables de la ciencia, de la alta Banca y de la política, allá por el año 91, época en que el entusiasmo socialista estaba en todo su apogeo,

citó el hecho de que la hija de Edison se hospedaba en una fonda de Sevilla, gastando doscientos reales diarios, y que si por esta causa su señor padre, antes vendedor de periódicos, podría llamarse *burgués*. Recordamos que nada contestaron los socialistas á la sarcástica ironía del opulento banquero y conocedor de nuestra finanza, Sr. Figueroa.

Otra sería la suerte de los obreros si, en vez de perder el tiempo en vanas declamaciones, lo aprovecharan aceptando los consejos de la razón y de la prudencia, pues no ha habido hombres de talento en nuestra patria desde Cánovas á Sagasta, como desde Castelar á Pi, que no hayan llevado la luz de su saber y de su experiencia á la cuestión que nos ocupa, para aconsejar á los obreros lo que conviene á sus intereses, así como al de los patronos, proponiendo todos, lo mismo en la esfera de la ciencia económica que en el orden político y social, aunque bajo distintos puntos de vista, lo que es necesario que se vaya haciendo, no en un día ni en un año, sino en el trascurso del tiempo, para llegar, si no á la solución completa del problema, á mejorar la condición de los trabajadores.

Por lo que respecta á las huelgas, todos los políticos están de acuerdo en que, ora sean en grande escala como las de los Estados Unidos de América y de Inglaterra, ora en pequeño número de trabajadores de cualquier industria, siempre serán perjudiciales á los intereses de los obreros.

Bajo el punto de vista político, por lo general toda huelga envuelve una cuestión de orden público que se resuelve por la fuerza armada, dejando tendidos en las calles y plazas donde se verifican, algunos desgraciados obreros que suponen otras tantas casas en desolación por la falta del cabeza de familia, y niños

inocentes sin el sustento necesario para vivir, también tienen bajas los representantes del orden, pero cuando se declaran en suspenso las garantías constitucionales y el ejército reasume todos los poderes para resolver el conflicto, lo cierto es que los obreros, como no forman fuerzas organizadas militarmente, sino falanges para el trabajo, por mucha resistencia que opongan al elemento militar, aun suponiendo que estén bien auxiliados por sus Cajas de ahorro, al fin sucumben sin que sus pretensiones hayan sido satisfechas, porque, desgraciadamente, aunque algunas de sus reclamaciones estén dentro de los límites del derecho, el *derecho de la fuerza* es el que resuelve todo conflicto social.

Nos agrada más ver á los trabajadores en medio de las calles de Londres en respetuosa manifestación á los poderes públicos, ejercitando sus derechos, presididos como hace pocos años por aquella inmarcesible gloria de la Iglesia, el Cardenal *Maning*,—los obreros llevan hoy el retrato del malogrado sabio católico en sus manifestaciones populares en recuerdo de tanto como en vida trabajo por ellos S. E.—que verlos andar á tiros por las plazuelas y encrucijadas, pues siempre pierde más un padre de familia que el soldado soltero á quien obligan á defender la patria, aunque toda desgracia sea sensible.

En conclusión, que toda huelga, ya sea para recabar de los gobiernos los llamados *tres ochos*, ó sea las ocho horas de trabajo, las ocho para la instrucción y las ocho para el descanso, ya para reclamar otros derechos del proletariado, representa una cantidad de tiempo perdida, jornales que se dejan de ganar, y, en fin, lo que es más sensible todavía, el gasto del ahorro que ha podido convertirse en capital modesto, unido á la ganancia que se ha dejado de percibir.

Convenimos en que la petición de las ocho horas de trabajo puede ponerse en práctica en algunas industrias; pero hay faenas de campo y mar para las cuales no se ha hecho la reglamentación de las ocho horas.

El labrador cuando llega la época de la siembra, por lo general, espera las primeras lluvias para arrojar la semilla al zurco, cuando después de llover comienza á sembrar, irá á imponerse la regla de las ocho horas y á descansar el resto del día, cuando todo el tiempo le es poco y acaso las señales del monte vecino le indiquen la tempestad del día siguiente, en el cual no podrá trabajar?

Lo mismo sucede á los que se dedican á las faenas del mar. Los pescadores echarán sus redes al agua y sentados sobre sus barcas esperarán atentos el movimiento de aquellas que acusa la entrada del pescado; algunas veces al echar las redes hacen su pesca, otras pasan horas y horas sin que ni un pez les depare la suerte; ¿pasadas las consabidas ocho horas recojerán sus redes y volverán á sus casas perdido el tiempo y sin el alimento de sus hijos, cuando las señales que ellos conocen acusan la proximidad del pescado?

Lo mismo ocurre en otras artes y oficios. Al descomponerse la máquina de un buque en el mar, cuya composición requiera algunos días de trabajo, ó al tener una ó varias vías de agua, en fin, cualquier avería, pasadas las ocho horas ¿suspenderán sus faenas los marineros, cuando de la reparación del buque depende la salvación de tripulantes y pasajeros?

Todo esto demuestra la pequeñez del hombre, cuando trata de oponerse á las leyes de la Naturaleza.

Sería prolijo enumerar los infinitos casos en que la misma índole de las industrias y las profesiones, se



opone á las repetidas ocho horas de trabajo, así és, que ningún gobierno se ha atrevido á declararlas oficialmente, ni aún siquiera para los obreros que prestan sus servicios al Estado, por temor á las complicaciones que pudieran surgir con las demás potencias, las cuales han declarado por boca de sus primeros ministros, allí donde la cuestión social existe, que no se puede ni debe concederse á los obreros las ocho horas de trabajo, porque para ello tenía que preceder un acuerdo internacional.

Aún los mismos trabajadores se hallan tan divididos en esta vital cuestión, que el Congreso de diamantistas de *Amsterdam* acordó que las horas de trabajo fuesen doce y de ellas dos de descanso.

Por lo que respecta á la intervención de los gobiernos en los asuntos obreros, nosotros creemos que debe ser tan limitada que apenas se note. Dicha intervención solo puede ser beneficiosa cuando se concreta á la inspección de los talleres, minas y fábricas para inquirir si la vida del trabajador se halla garantida, si se cumplen los reglamentos de policía é higiene y si la moral se observa allí donde es preciso el concurso de los dos sexos para la elaboración de los productos, porque en las demás cuestiones entre patronos y obreros, solo deben entender los jurados mixtos.

No hay que olvidar que la mayor parte de las desavenencias que ocurren entre el capital y el trabajo, dependen de la desmesurada ambición de algunos patronos, que atentos solo al negocio, jamás piensan en las condiciones estrechas en que los trabajadores realizan su obra, sino en los productos que estos pueden dejarles, y así surgen esos pavorosos conflictos entre los unos y los otros, porque hoy vemos en todas las esferas del comercio y de la industria que

los grandes capitales, con honrosas excepciones, tienden á absorberlo todo, haciendo una guerra á muerte al pequeño capital, que éste sucumbe á diario en esa competencia que le es imposible sostener con los colosos del dinero, lucha que va contra todas las leyes de la moral y de la conciencia, porque de seguir así, sin que los grandes enfrenen su codicia, llegará un día en que el mundo sea de unos cuantos potentados y la totalidad de sus habitantes forme un gran rebaño de menesterosos hambrientos.

Así, sin ahondar mucho en disquisiciones metafísicas, puede aseverarse que facilitaría muchísimo la solución del problema la menor ambición de los ricos, el tener más caridad para los pequeños, conduciéndose todos con arreglo á los sacrosantos principios de la moral cristiana que es tan grande y magnífica que nos atrevemos á asegurar que, si se practicara como determina el Evangelio, la ambición y la discordia huirían de la tierra dejándola convertida en un verdadero oasis de paz y bienandanza.

En cuanto al trabajo de la mujer y de los niños debe ser apropiado á su natural y débil esfuerzo, pues los amos ó patronos que abusan de las escasas fuerzas de los unos y las otras, deben andar poco conformes con lo que aconsejan de consuno la religión y la moral.

Nada hemos de decir sobre el descanso dominical; pues el trabajador necesita reparar sus agotadas fuerzas en los seis días anteriores con el descanso del séptimo, pues este precepto de origen divino, del cual la Entidad creadora dió el primer ejemplo, es preciso cumplirlo y admitirlo además como regla de higiene para la conservación de la salud. En fin, en nuestra modesta opinión, la llamada cuestión social ganaría mucho también fomentando la instrucción entre los

obreros, llevándolos por los caminos de la asociación, (1) al establecimiento de sociedades cooperativas y de consumo, donde encuentren habitación y alimentos más sanos y baratos que en la actualidad les cuesta, porque allí, donde estas sociedades se han fundado, han resultado para el trabajador varios bienes que se traducen en progreso moral y físico, progreso que llega á convertir el modesto óbolo que deposita en la Caja de Ahorros de aquellas asociaciones en saneada y capaz vivienda hecha con arreglo al adelanto moderno, porque es sabido que algunas de aquellas sociedades, formadas por los obreros mismos, se dedican á la construcción de casas que sortean después entre los asociados.

También es preciso que el trabajador se ilustre más que hasta aquí, para lo cual el Estado debe fomentar la instrucción en favor de tan desvalida clase, principalmente aquella enseñanza moral y religiosa que en nada se opone al progreso humano, y que también se aviene con la ruda ley del trabajo, impuesta por Dios al hombre para ganar el jornal honradamente, sin perder un tiempo útil que va contra los intereses del propietario ó patrono porque, armonizando todos los intereses, concordando las aspiraciones de los unos y los otros, transigiendo y no odiándose, practicando la paz y no aconsejando la destrucción, es como se puede vivir esta vida de relación, que, como ha dicho un distinguido publicista, descansa sobre sus dos respetos de *solidaridad* y *reversibilidad* como sobre sus dos polos, porque, bajo el punto de vista individual, claro es que las faltas y los mé-

(1) Las *Trades Unions*, en Inglaterra, cuentan dos millones de asociados, 50 millones de pesetas de renta, y ocho ó 10 diputados en la Cámara de los Comunes.

ritos son personales; pero, bajo el punto de vista social, las faltas son solidarias y los méritos reversibles porque realmente sentimos los dolores que aquejan á nuestros semejantes, como nos alegramos cuando se alcanza una victoria por la patria, de igual modo que si en el orden científico se inventa alguna maravilla, admiramos al inventor, apresurándonos á decir que el génio que tal descubrimiento ha hecho no pertenece á su patria, sino que es una gloria de la humanidad, todo lo cual pone de relieve la tesis que venimos sosteniendo en estas líneas, á saber, que se necesita odiarse menos y ayudarse más, porque así como se ha dicho que gobernar es transigir, vivir no es otra cosa que armonizar todos los pensamientos y poner de acuerdo todos los intereses.

Es preciso, además, que los obreros griten menos contra el capital, porque como ha dicho un respetable hombre de ciencia. «Cómo ha de ser el *capital*, ni el mónstruo, ni el tirano, ni el vampiro, si es *en el orden físico* del trabajo y de la producción, el único redentor del obrero y del hombre ¡Ah! ¡Si de la noche á la mañana por arte de magia se *duplicasen*, se *triplicasen todos los capitales de la tierra* como se duplicaría y triplicaría el bienestar del obrero!

¡Esta si que sería la inmediata solución del problema social, los salarios altos, la reducción de horas, la instrucción del obrero, su descanso, su vejez tranquila, su vida moral más y más dilatada por horizontes hoy inaccesibles!

Después de tanto como se ha escrito sobre la llamada cuestión social, la última palabra de la ciencia acaba de indicarnos lo lejano le su solución, pues aun suponiendo que llegase esa hora de redención para el trabajador, siempre resultaría incompleta, porque, ¿qué nos han dicho los socialistas sobre ese

«quinto estado», ejército de inútiles, compuesto de locos é idiotas, ciegos, niños abandonados, ancianos y paralíticos, sordo-mudos é imposibilitados de todas clases y condiciones, que, como ha dicho el insigne hacendista Sr. Figuerola, «no pueden asociarse, ni organizar huelgas, y que así nacen en palacios como en guardillas», porque siempre habrá desgraciados entre nosotros?

No lo dudamos; somos de los que creemos que la cuestión que embarga nuestro ánimo en estos momentos se irá resolviendo, no como enseñan los socialistas de cátedra, sin hacer nada y dejando al tiempo la solución, sino con el concurso de todos: Iglesia, Gobiernos, obreros y patronos, ricos y pobres, sabios é ignorantes; pero sin olvidar nunca que esa pretendida felicidad que por la demagogia socialista se predica á los obrereros (lo decimos sin ambages ni rodeos, la mayoría de ellos es honrada y generosa), no llegará jamás, porque esa felicidad es una fantasía morisca, cuando no el sueño de un loco, por más que, andando el tiempo, por el propio esfuerzo de los trabajadores, ayudados por los hombres pensadores de todas las escuelas, puesto que para el bien no puede haber discrepancias, mejorarán su estado y elevarán su condición, como de ello tenemos ejemplo en nuestra vecina Francia, Alemania, Inglaterra, Bélgica y otros países donde hemos visto y vemos al obrero ostentar la investidura de representante de la patria y tomar parte en todas las discusiones que al proletariado afectan, imponiendo sus juicios á los Parlamentos, cuando se inspiran en la razón y la prudencia; pero, de esto á hacer feliz al trabajador, como prometen los que le halagan con su predicación para lanzarlo á los abismos de las revoluciones contra la sociedad, hay la diferencia del polo ártico al antártico, ó de la no-

che al día, pues por mucho que el individuo se afane por conseguir algo de ese fantasma que con la sonrisa en los labios huye siempre delante de nosotros, á quien las gentes han dado en la manía de llamar *felicidad*, el hombre llevará siempre atravesado el pecho por el dardo del dolor, y jamás podrá sustraerse de sus dos inseparables compañeras, la enfermedad y la muerte, que le siguen como la sombra al cuerpo, y le seguirán de generación en generación, de siglo en siglo, sin que pueda librarse de ellas, porque la criatura jamás podrá eludir los decretos de Dios, único Ser libre é independiente, en el sentido absoluto de la palabra, porque á nadie debe su existencia.

CAPÍTULO II

Vicios y virtudes de los tiempos que corren.

Hablar de los vicios y virtudes del pasado y no hacerlo de los de la sociedad actual, sería pecado que no nos perdonaríamos, por lo cual, con la venia del ilustrado lector, ponemos manos á la obra.

Allá por los años de 1865 á 66, en aquellos días de nuestra juventud que con la lectura de la prensa—en cuya profesión nos hemos honrado siempre y á la cual hemos consagrado en la medida de nuestra pequeñez nuestros desvelos y cariños,—nos aficionábamos á la cosa pública, en discusión habida por dos ilustres periodistas del entonces Imperio Napoleónico, hoy vecina República, directores respectivamente de *La France* y *La Liberté, Lagueronnier* y *Girardin*, si mal no recordamos, uno de ellos, publicó un artículo de sensación titulado «Las dos escuelas», y después de comparar las instituciones del pasado con las del presente, concluía por sostener que la civilización con todas sus grandezas llevaba á la espalda el tumor gangrenoso de los vicios y de la corrupción; pues bien, lo mismo, exactamente lo mismo, decimos nosotros de la actual sociedad.

¡Qué grandiosa sería la civilización si el cancer de los vicios no manchase sus esplendores con el lodo de sus impurezas!

Es verdad que hemos progresado mucho en las ciencias, las artes, la política, la industria, el comercio y en todos los ramos del humano saber; pero también lo es que al lado de ese progreso moral y mate-

rial, en medio de las ciudades más civilizadas, allí donde se admiran los prodigios del vapor, de la electricidad y de los grandes adelantos sociales, el monstruo de los vicios se solaza haciendo su presa más codiciada en esa juventud, que, ávida de placeres y dando rienda suelta á sus pasiones, paga su horrible tributo á la muerte disparándose una pistola cuando después de derrochar su fortuna ha perdido la última moneda en infernal garito, ó arruinada por las *demondes* en banquetes á lo *Lúculo*, pierde la salud y la vida.

Víctor Hugo dijo que «París era el cerebro del mundo», y á pesar de ello, como en ciudad civilizada los vicios hacen más estragos que en las ciudades de provincias, como están menos extendidos en los pueblos rurales, y muchísimo menos en las aldeas.

Se nos objetará que todo es relativo, porque donde existe menos población tiene que haber menos corrupción. Suscribimos de buen grado á este juicio con un distinguo; que aunque los vicios estuvieran, que no lo están, en relación con el número de habitantes de las poblaciones, jamás llegarán á tan alto grado de refinamiento en los pueblos y aldeas, como en las grandes capitales, centros de la civilización y del progreso.

Y lo que acabamos de decir de los vicios puede sostenerse con relación á los crímenes. En los pueblos más cultos es donde los crímenes son más estudiados para burlar la acción de la justicia, porque los criminales de los grandes centros de población han convertido la luz del progreso en «densa sombra», si se permite la frase, para que el delito quede en la impunidad, valiéndose de todos los medios que las ciencias físicas y naturales han puesto á disposición del hombre.

Hace algunos años que un distinguido publicista católico afirmaba que excepción hecha de las revoluciones, no se cometían crímenes contra la sociedad; pero hoy, desgraciadamente, no podemos decir otro tanto, pues desde que la dinamita ha sustituido á todos los medios de destrucción, se cometen delitos contra la sociedad, lo cual corrobora nuestro aserto referente al progreso del mal, pues principalmente los atentados anarquistas siempre se cometen en las grandes poblaciones donde hay más civilización.

A propósito de esta última palabra, ha dicho un insigne escritor: «Sólo Dios sabe si el progreso y la civilización del mundo van ó vuelven».

Nosotros, dicho sea con el respeto debido á todo lo que es progreso, entendemos que allí donde la civilización (hombres que discurrieron), según *Echegaray*, lleve al hombre al bienestar general, como sucede con el vapor, ferrocarriles, telégrafo, teléfono, luz eléctrica y demás adelantos modernos, allí habrá un verdadero progreso; por el contrario, allí donde el hombre trabaje y discurra para la destrucción de sus semejantes, entendemos que en ello existe un gran retroceso, puesto que esos inventos tienden á desvirtuar la ley de la Providencia, que es la misma ley del progreso, cuya finalidad es el bien de la criatura racional y no su destrucción.

Más claro: *Galileo*, encerrado en oscuro calabozo, dibujando el Globo en sus mugrientas paredes y grabando aquella inscripción que ha recogido la historia *é pour si muove*; *Newton* descubriendo la ley de la atracción de los mundos; *Guttemberg*, la imprenta; *Flavio de Gioia* inventando la brújula, *Morce* el telégrafo y otros muchos génios que han honrado la humanidad con su saber, creemos que todos ellos han contribuído al progreso, han aportado su piedra an-

gular al magestuoso edificio de la civilización, pero, lo decimos sin ambages ni rodeos, otra clase de inteligencias que se dedican á perfeccionar los aparatos de destrucción y aun á inventar otros nuevos para cercenar la humanidad, por más que pueda llegar un día (el *possum* nadie lo niega) en que esos grandes adelantos en el arte de la guerra, por ejemplo, y todos esos poderosos medios de destrucción hagan imposible ésta, aunque reconocemos el talento en esa clase de inventores, estamos muy lejos de afirmar que sus producciones estén en armonía con los preceptos de la moral cristiana.

La elocuencia del orador racionalista, como el libro del librepensador, siempre serán pruebas del talento humano; no obstante, el primero poniendo á la razón en lugar de Dios, y el segundo negando sus dogmas sacrosantos, poco bien reportarán á la sociedad, como no sea el de secar su corazón y llevarle por las espinosas sendas de la duda al más espantoso de los suicidios: al suicidio moral, si vale la palabra. Ya lo dijo nuestro gran *Balmes* parapetándose contra la duda: «Guardémonos de helar el corazón con el frío de la insensibilidad y de apagar la antorcha del entendimiento con el desolante sople del excepticismo.»

Fruto de esas producciones del talento, en las cuales se niega á Dios y se hace la apoteosis de la materia destruyendo todas las bases del sentido moral y de la conciencia, es el estado caótico é indiferente de esta sociedad que se esfuerza en vano pretendiendo suprimir á Dios para encenagarse más en los vicios, como si el hombre en su loco desvarío fuese más poderoso que Dios mismo, cuando con relación á la infinita grandeza de la Sabiduría increada, no es ni lo que representa el átomo perdido en la inmensidad del espacio con respecto á los mundos que lo pueblan;

fruto de las obras de la inteligencia extraviada que no reconoce otro Dios que la razón ó la materia, es este estado social en que la buena fe se ha perdido y nadie fía en nadie, cuando, antiguamente, nuestros padres todo lo fiaban á su palabra honrada y caballerosa; fruto de la duda y de la irreligiosidad presentes es que todo esté adulterado y mistificado, desde la *taza de café* hasta la *cara de tela* vendida en lujoso mostrador—así lo dice *Spenser*,—de lo cual deduce este pensador ilustre que el comercio se encuentra fuera de la ley de la conciencia universal,—librando del anatema al comercio de buena fé,—el cual tiene todas nuestras simpatías y respetos; fruto de esas malas enseñanzas del ateísmo es este cansancio que se nota en las sociedades presentes que como buques sin gobernalle, impulsadas por los vientos y las olas, andan perdidos en las soledades tristes del Oceano de la vida, sin llegar jamás á seguro puerto; fruto de la soberbia del hombre que no ha olvidado la voz del monstruo paradisiaco el *éritis sicut Dii*, es esa desmedida ambición del siglo que agoniza, que impulsado por las concupiscencias del placer, el honor y las riquezas no ve cómo la locura se va posesionando de él en medio de su vertiginosa marcha; fruto de la negación de la inmortalidad del alma, es esa falta de moralidad que se nota en las gentes, pues en la absurda hipótesis de que todo acaba con la materia, ¿qué objeto tiene la moral?; fruto de las doctrinas disolventes de los que se llaman librepensadores y empiezan por atacar los dogmas de los que no piensan como ellos es la gangrena de los vicios, porque al hombre sin Dios, sólo importa el gozar, y, en fin, fruto del racionalismo es esa indiferencia religiosa que todo lo mata empezando por borrar la fé del entendimiento del hombre y concluyendo por arrebatárle la esperanza de otra vida.

mejor, único consuelo del pobre y del desvalido, donde el justo obtenga recompensa y el inicuo su castigo.

Se nos objetará que siempre ha habido vicios, lo mismo en los pueblos que empiezan á formarse, que en los que ciñen la diadema de la civilización, y en este punto estamos conformes con los que tal afirman; pero así como los vicios del pasado eran hijos legítimos del politeísmo, en las edades presentes, después de la promulgación del Evangelio, todos los vicios y defectos sociales hay que buscarlos en las doctrinas que niegan á Dios y la inmortalidad del espíritu, porque siendo estos principios la base de la moral pública y privada, al atacarlos se fomenta la ininmoralidad, y por tanto, se desarrollan los vicios en sus manifestaciones más repugnantes.

Todo, pues, conspira para que los vicios se difundan; y como dice el tribuno eminente Sr. Castelar, «Una filosofía sin alma y sin Dios; un positivismo yermo en reemplazo de aquella metafísica, en cuyo disco lucía el eter celestial; las sentencias de la historia concluidas al golpe de los apotegmas deterministas, ideados para matar la responsabilidad; por todo arte la copia de lo real en fotografías al minuto; por toda literatura los romances pornográficos y realistas, y por todo progreso la selva de bayonetas que en la tierra se erizan y el coqueteo de asesinos torpedos que llenan el mar».

Hé ahí el cuadro de mano maestra que los racionalistas y los que ponen la materia en lugar del Ente Infinito que la ha creado, quieren legar á la sociedad presente, ya que la han desmoralizado con sus impías blasfemias y han arrancado de su frente el destello de luz con que Dios plugo iluminarla.

Nada hemos de decir respecto al Teatro, «Escuela de las costumbres», porque si nuestros lectores han asis-

tido alguna vez á esas *piececitas* por hora, en que el protagonista simula al chulo moderno y la primera dama á la compañera de éste, habrán tenido ocasión de sonrojarse por el lenguaje y acción de ambos *personajes*, cuando no han sentido náuseas al salir la *clásica navaja*, todo, por supuesto, como enseñanza para lo porvenir y solaz del presente. Claro es que no por ello vamos á condenar el Teatro moderno, pues ni tenemos para ello autoridad ni jamás pasó por nuestras mentes idea semejante; pero lo que condenamos y condenaremos siempre, pese á quien pese y vengan de donde vinieren, son los ataques á la moral, esos desplantes de algunos autores que pretenden arrancar el aplauso al auditorio con la frase pornográfica y lasciva, si es permitido así expresarse, y la reticencia en que se ensalza el vicio y se enseña al pueblo á encariñarse con lo que debe odiar, y á despreciar lo que es digno de todos los respetos y de todas las consideraciones, la virtud, hija legítima é inseparable compañera de la Religión del Crucificado.

Por lo que á la enseñanza oficial se refiere, que tanto influye en las costumbres públicas, entendemos que al presente, y en tanto el Código fundamental del Estado esté en todo su vigor con su artículo 11, que reconoce como Religión de la nación española, la católica, apostólica romana, los Gobiernos, sean conservadores ó liberales, no pueden ni deben permitir que en los Establecimientos docentes pagados por el país se propaguen doctrinas contrarias á las enseñanzas de la Iglesia.

Los Gobiernos que permitan la propaganda de tales ideas violan la Constitución y las leyes; y claro es que siendo teoría política, admitida por las escuelas *histórica* y *filosófica*, que cuando el poder ejecutivo se

equivoca ó infringe las leyes, los que lo ejercen deben dejarlo á otros hombres más felices para llevar adelante los negocios públicos, el Ministerio que en lo que más afecta á la conciencia nacional interprete mal las leyes, debe apresurarse á depositar sus poderes en las manos de quien los hubiese recibido.

Si España fuese un país de libre-pensadores, y las Córtes hubiesen legislado lo contrario, es decir, que en vez de la tolerancia estuviese establecida la libertad de cultos, y el Estado fuese ateo, entonces nada tendríamos que oponer á la emisión en las cátedras de las Universidades é Institutos de ideas opuestas á la moral y los dogmas católicos; pero en tanto esté vigente la Constitución del 76—Y cuenta que en el siglo actual desde la Constitución del año 12 que determinaba en su capítulo II, art. 12 «que la religión de la nación española *fuese*, no hacemos más que cambiar el tiempo del verbo, dice, *es* y *será* perpetuamente la católica, apostólica, romana única verdadera», hasta el Código del 69, que en su artículo 21 obliga á la nación á mantener el culto y clero católicos, ningún poder ha abandonado á la Iglesia, por más que la libertad de cultos haya herido su susceptibilidad;—en tanto, repetimos, no se modifique por las Córtes el citado artículo 11 de la Constitución vigente, los Gabinetes que se sucedan en el poder dentro del actual régimen, tienen el ineludible deber de velar porque en los centros de enseñanza oficial no se propaguen doctrinas anticatólicas, aunque los que tal hagan pretendan escudarse en la libertad de la ciencia, que, dígase lo que se quiera, tiene un límite prudente en el *estado de derecho* porque un pueblo se ha constituido.

Podrá recordársenos que, precisamente en el repetido art. 11 que proclama como Religión del Estado

la católica, se añade en su párrafo final que «nadie será molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de su respectivo culto,» lo cual es exacto; pero también lo es que dicho párrafo termina así: «Salvo el respeto debido á la moral cristiana;» por tanto, allí donde se ataque esta moral, no importan los medios, ya sean éstos el ejercicio público de otro culto, la cátedra, ó el libro, allí debe estar la acción del poder para velar por ella, porque obrando así es como se limita y corrige la perversión de las costumbres.

Por lo que respecta al lujo, ese hijo de la vanidad, que tantos estragos ocasiona en la mitad más débil del género humano, no hemos de pedir contra él leyes suntuarias que lo limiten y moderen, porque, aunque conocemos que el lujo lleva á la mujer á toda clase de degradaciones, no por ello deja de ser favorable al progreso y las artes. Sin embargo, bueno será recordar que, respecto á indumentaria, se ha legislado bastante en nuestro país aunque sin fruto.

El eximio escritor é ilustre académico de la de la Historia, Sr. Sepúlveda (D. Ricardo), refiriéndose en su obra titulada «Madrid Viejo» al reinado de nuestro católico monarca, D. Felipe III, en que tantas pragmáticas se dieron contra el lujo, reconociendo la inutilidad de las mismas para domeñar la fiera de la vanidad, dice lo siguiente:

...«La autoridad de aquel reinado hizo cuanto humanamente era posible hacer. Quiso corregir el lujo con remedios morales y apeló al pudor; habló á los pobres de la necesidad, á los ricos de la saciedad, á las matronas de sus deberes, á las cortesanas de los castigos. Todo fué en vano, la fiera del lujo no se rendía, el mónstruo de la liviandad amenazaba herir con brocados y satines la existencia de la Monarquía.

Entonces el Rey Católico, después de restablecer las antiguas leyes sobre trajes, publicó la pragmática de Junio de 1600, que entre otras cosas prohibía en las ropas todo género de entorchado, torcido, grandujado, franjas, cordoncillos, cadenillas, gorriones, lomillos, pasadillos, carrujados, abollados, reguives y toda guarnición de oro y plata, fina ó falsa, de abalorio y acero, cincelada ni raspada. (1)

En fin, hasta tal extremo llegó el lujo en la época referida que el citado escritor afirma, que las mujeres llevaban las virillas de los zapatos «claveteadas de diamantes.»

En cuanto á la deshonestidad del traje en la mujer de aquellos días no hay para qué hablar; pues, como afirma el Sr. Sepúlveda, el guardia infante por ser deshonesto y ocasionado á pecar se prohibió á las mujeres por un bando del citado monarca y quedó relegado á las que «públicamente eran malas.»

La Iglesia, por boca de sus más sabios Pontífices, también ha condenado el lujo como lo reprueba al presente. Bastará solo recordar la Bula del Papa, llamado por sus grandes virtudes y talentos *Gregorio el Magno*, quien, con el denuedo que siempre ha caracterizado los escritos de la Iglesia docente, anatematizó el lujo, tanto en los fleles de condición humilde, como en los poderosos de la tierra y recordó á los unos y los otros, así como á los príncipes del Episcopado que, según las máximas cristianas, los ricos solo eran administradores de los pobres, á quienes debían consagrar sus especiales cuidados.

En cuanto á las opiniones de Su Santidad León XIII, que felizmente rije los destinos del catolicismo, co-

(1) Sepúlveda: «Madrid Viejo,» página, 219.



nocida es de todos su célebre y nunca bien ponderada instrucción á las señoras católicas, fecha de 1.º de Julio de 1878, pues en ella se condena el lujo, se recomienda la decencia en los trajes y se encarga muy especialmente á las damas cristianas que todo lo que gasten en adornos supérfluos y vanidades del mundo se dedique á atender á las necesidades de los pobres.

Hemos dicho que, aunque el lujo lleva á la mujer á la degradación, es favorable á las bellas artes, y esto debemos explicarlo.

Entendemos que cuando las bellas artes se encaminan á glorificar á Dios que es el dueño universal de todos los bienes en maravillosa obra donde trabajen de consuno el génio y el capital, cuyo resultado sea una grandiosa Catedral, por ejemplo, edificada con arreglo á los últimos progresos de la arquitectura, donde el arte pictórico legue á la humanidad en divina apoteósis las excelencias de lo Infinito y las demás artes contribuyan cada cual dentro de su esfera al fin y acabamiento de obra tan monumental, siempre *ad majorem Dei Gloriam*, entendemos repetimos, que los bienes que á esa obra se dediquen son un homenaje, un tributo del hombre á su Creador, que después de todo no hace más que consagrar á Dios parte de los bienes que El le ha dado y, por tanto, en esto nada hay supérfluo, que es realmente lo que constituye el lujo, sino lo que podríamos llamar *reversibilidad* de los bienes que Dios ha dado al hombre, á Dios mismo.

En este sentido es como creemos nosotros que las artes deben fomentarse y que el lujo, si en esto hay lujo puede favorecerlas, como en todas aquellas obras profanas en que la estética no de la mano á la inmoralidad; por el contrario; condenamos y condenaremos siempre toda obra que no tenga un fin altamente moral, porque de ello no puede venir al pueblo bien

alguno, sino la relajación de las costumbres. Siempre nos ha gustado más una Concepción de cualquier pintor Cristiano que una Vénus de los escultores griegos, con perdón sea dicho por la mescolanza se lo divino con lo humano.

Esas estatuas al desnudo, esos cuadros lascivos, esas inmundas fotografías pornográficas, esos frescos en los techos y paredes de los alcázares representando impúdicas escenas mitológicas ó de las ruinas pompeyanas, podrán estar muy bien en el haren de polígamo Sultan; pero, jamás lo estarán en los palacios de los cristianos que tuvieron las catacumbas por primitivo templo donde adoraban la imagen del Dios único, del Buen Pastor.

Existe, pues, una diferencia notabilísima entre las obras que por más que sean suntuosas se consagran á Dios que siempre ha sido, es y será el dispensador de todos los bienes y las obras que por lujo y vanidad adquiere el hombre y que no tienen otro fin que el de exaltar las pasiones y poner á prueba todas las virtudes, conduciendo á la criatura á la morbosa é infecunda Ciudad de los vicios. Hay más; como el derecho según el Sumo Pontífice Leon XIII, es una facultad moral que solo debe concederse para la propaganda del bien, pues realmente no hay derecho para propagar el mal, creemos que toda obra producto de la inteligencia ó del brazo que vaya encaminada á desmoralizar al pueblo debe ser sometida á corrección, pues aunque perdiera en ello el artista, pierde más el pueblo que se pervierte, que por algo se ha dicho que entre dos males debe optarse por el mal menor.

Ancho campo tiene el artista para ejercer sus facultades inteligentes y libres (no para el mal porque á ese fin no ha sido creado y además es responsable) tratando de Dios, del mundo y de la criatura racio-

nal, teniendo por norte la moral ley, pues por muchos esfuerzos que haga, aunque sea un gran génio, una de esas lumbreras que como ha dicho un escritor de la Nación vecina «dan esplendor á un siglo»; jamás podrá hacer nada fuera de esa armónica trilogía, lo mismo en el terreno de la ciencia que en el de la filosofía ó del arte.

El mejor medio para el progreso social es no hacer retrogradar al hombre á aquellas edades en que andaba errante de bosque en bosque.

En cuanto á la parte segunda de esta proposición que venimos desenvolviendo, relativa á que el lujo lleva á la mujer á la degradación, debemos hacer una escepción honrosa en la mujer verdaderamente cristiana.

Esta, en el gran combate, en la lucha por la existencia, cuando la extrema pobreza la ha colocado en el terrible dilema en que hay que optar por la virtud ó el deshonor; por la virtud con su camino de espinas y sus martirios, ó el deshonor con sus risueñas perspectivas del lujo y los placeres, se decidirá al fin por la primera, é irá al sacrificio arrostrando el dolor y la miseria, fijos sus ojos en la religión que profesa, la cual le enseña lo deleznable de las grandezas mundanales, y que, nada menos que el hijo del Eterno, siendo Dios, amó la pobreza y vino á nacer, para darnos ejemplo de humildad, en un establo de bestias.

Esa será la resolución de la mujer que verdaderamente sea cristiana, quien, como la heroína del poema de *Saint Pierre*, aquella sencilla *Virginia*, amante de *Pablo*, á la cual hace morir el poeta por no «desnudarse de sus vestidos», pasará por todos los sacrificios, hasta el de su propia vida antes de llegar al deshonor.

Esto no quiere decir que los vicios terminen, porque

como dijo un ilustre prelado, maestro en la oración elocuente, como en las ciencias teológicas, el sabio arzobispo de Granada, Sr. Moreno Mazón, en su discurso pronunciado en aquella capital el 25 de Agosto del año último, en el acto solemnísimos de la inauguración de las obras de la Gran Vía, acto que unió en una sola aspiración á la Iglesia y el pueblo, en la aspiración fecunda del trabajo, fuente de toda riqueza.

Mientras haya hombres habrá vicios, pero el trabajo los aleja, no cabe dudarlo, de que sus inteligencias conciben el mal y las pasiones los cieguen.

Para el moralista siempre existirá el mal producido por las pasiones de los hombres, pero no porque el mal exista, y continúe en progresión ascendente, ha de dejar de combatir, allí donde sea necesario, á fin de apartar á la sociedad de los caminos del vicio, y dirigirla por las sendas del bien.

El soberbio pensará siempre en dominar á sus semejantes, y esta idea le seguirá hasta que deje de existir; sin embargo, si alguna vez oye hablar de la virtud de la humildad y de sus abnegaciones sublimes, es probable que se conmueva su corazón de r6ca y que trate á las gentes con más consideración; el avaro dominado por la ambición, solo vive por sus tesoros; no obstante, si alguna vez movido á compasión por agena desgracia siente arder en su pecho la llama santa de la caridad y goza del inefable placer de hacer el bien, es probable que se detenga en su insaciable afán de acumular capitales y dirija sus miradas hacia los desgraciados.

Lo mismo sucederá al concupiscente, al oír hablar de la castidad, como al perezoso al llegar á sus oídos las prosperidades del diligente, y, en una palabra, al hombre avasallado por las pasiones más violentas al oír hablar de los bienes que reporta la virtud.

No nos cansaremos de repetirlo, la misión del moralista no es ni puede ser concluir con los vicios de los hombres, porque en tanto existan éstos existirán las pasiones, pero sí puede aspirar á la reforma de las costumbres en sentido moral y á que la sociedad encamine sus pasos por las sendas que conducen á la perfección. Opondrása á estas opiniones nuestras que el jugador sabe que el juego causará su ruina y sigue jugando, como el bebedor que la embriaguez traerá su deshonor y continúa con sus *turcas*; así como el dominado por la ira que le acecha el ataque apoplético y sigue enfureciéndose; pero esto, á más de no ser absoluto, sino relativo, porque hay muchos juzafores que se retiran del juego, como bebedores de la embriaguez y los años modifican el temperamento del iracundo, queda también desvirtuado por aquel proverbio antiguo que enseña «que el sabio es siempre señor de sus pasiones,» pues por lo general éstas hacen más estragos en las gentes incultas que en las que gozan de mediana instrucción.

Acabamos de tratar de los vicios y defectos de la sociedad presente, justo será que nos ocupemos de algunas de sus virtudes, que son grandiosas, como hijas del Cristianismo, que ha civilizado el mundo.

En las naciones cristianas, como en todos aquellos pueblos donde ha penetrado la luz del Evangelio, el sentimiento de la caridad es tan grande que frente á las desgracias nacionales le hemos visto imponerse al mal y llevar el consuelo á millares de infelices, que merced á esas catástrofes, han quedado sin pan y sin albergue.

Las inundaciones producidas por las tormentas del cielo, como las tempestades de la tierra—Plinio daba este nombre á los terremotos,—y otras calamidades

que afligen á la triste humanidad han sido reparadas en gran parte por el sentimiento de la caridad, no ya nacional, ni europea, ni americana, sino universal, que allí donde ha ocurrido una catástrofe, allí se ha encontrado con sus alas de ángel para vestir al desnudo, dar de comer al hambriento y edificar modesto hogar al que tuvo la desgracia de perderlo.

Sin embargo, nos vamos á permitir hacer una observación sobre esta virtud santa que exorna la majestuosa frente de la sociedad actual, y es que en la forma, en el modo con que hoy se practica no quisiéramos que se practicase. Nos agradaría infinito que antes de pasar por las contadurías y despachos de teatros y plazas de toros el óbolo de la caridad, fuese directamente á manos del necesitado; pero el mundo cree de más efecto alegrarse después de una catástrofe asistiendo á los espectáculos públicos, que depositar en manos de los amargados por los grandes dolores el óbolo santo.

Nosotros, dicho sea con perdón de los filántropos, creemos que la misión de la caridad es tan grave y solemne que se desvirtua desde el momento en que para atender á las desgracias de un pueblo se le hace asistir á inoportunas diversiones, obligándola á representar el papel de *Demócrito*, cuando tal vez debería imitar á *Heráclito*.

En los duelos nacionales sientan mejor las lágrimas que la risa.

Purgado, pues, de esos achaques populares el sentimiento de la gran virtud cristiana en los años finales del siglo que va á entregar el cetro al que se acerca, que según los ideólogos va á variar por completo la haz del planeta, ese sentimiento no cabe más hermoso.

No obstante, tales rasgos de generosidad hemos

notado en nuestro país cuando la inundación de Murcia, los terremotos de Andalucía y el desborde de los ríos almerienses, como en toda ocasión en que se ha apelado á la caridad del pueblo español, que hacen olvidar en absoluto los pequeños lunares que acabamos de señalar.

Siempre recordaremos con alegría la cuestación que hizo la prensa de Madrid, que es la primera en asociarse á los grandes duelos nacionales, para socorrer á los inundados de Murcia y el hecho de aquel obrero que en plena Puerta del Sol, henchido, si es permitido espresarse así, del entusiasmo sácro de la caridad, se despojó de su americana arrojándola á los coches de la prensa, y al ser interrogado por el público si poseía otra prenda igual, contestó con la alegría retratada en su semblante que «aunque no tenía más que aquella, Dios daría para otra».

Grandes volúmenes serían necesarios para narrar los nobles y desinteresados rasgos de caridad llevados á cabo por el pueblo, asociado y dirigido por la prensa española en los duelos nacionales; pero á más de ser ímproba tarea para nosotros, ni siquiera intentamos recordarlos á nuestros lectores, porque como son tan recientes están en la memoria de todos.

La virtud cívica denominada *patriotismo* tampoco ha desaparecido de las sociedades modernas.

En el momento en que ha sido herido el sentimiento de la dignidad de un pueblo, este se apresta á quedar en el lugar que le corresponde, sin mirar si la potencia agresora es poderosa ó débil, rica ó pobre, grande ó pequeña, sino de que ha llegado la hora de combatir y cada ciudadano busca su honroso puesto en la muralla.

Aunque se nos tache de excesivos amantes de nuestra España, lo cierto és que la virtud del amor pátrio

irradia con todo su esplendor en los descendientes de Recaredo, Pelayo y los Reyes católicos.

Hechos recientes demuestran lo que vale un pueblo que tiene en tan alto grado el amor á la patria y la Sociedad de que forman parte pueblos semejantes, tienen derecho á esperar, andando el tiempo, la hora de su regeneración.

Por lo que respecta á la Justicia, acaso porque la iniquidad triunfa con frecuencia en los *veredictos de inculpabilidad* de los Jurados, nunca como en el presente momento de la historia, la Sociedad ha revelado hallarse más poseida del alto sentido de aquel sagrado principio, pues en los procesos más ruidosos, a pesar de la sistemática división que de la Justicia han hecho los políticos más avanzados llamándola «Justicia histórica» para distinguirla de la *filosófica* ó revolucionaria y crear antagonismos de escuela donde solo debe brillar la unidad del principio, lo cierto es que los movimientos de la opinión se han encauzado y dirigen á que aquella tenga su más exacto cumplimiento y los crímenes no queden en la impunidad por el exceso de veredictos absolutorios.

En cuanto á la moralidad administrativa, que es por decirlo así una nueva fase del principio de que nos acabamos de ocupar, también puede afirmarse que los pueblos han puesto los jalones para llegar á ese *desideratum*, como ha sucedido en Francia, donde, por *negocios* que todos conocemos, cayó de su alto sitial nada menos que el presidente de la República *Monsieur Grevy*, altos personajes de la banca y de la política fueron procesados y sentenciados á penas difamantes por los de el Panamá; y sin ir más lejos, también en nuestra patria toma bastante incremento la idea de la moralidad administrativa; pues no existe ningún partido político que no la lleve inscrita en su

programa, aunque sólo sea una honrosa aspiración. Nada hemos de decir referente á política, aunque se halla tan relacionada con la moral, puesto que la opinión de los pueblos se encuentra dividida y subdividida por las innumerables agrupaciones que aspiran al poder, sin embargo, como juicio unánime de esa misma opinión, debemos hacer notar que el ideal de los pueblos con relación á las elecciones sería que los gobiernos no las *hagan*, sino que las *presidan*, ya que todos han convenido en que el régimen representativo es un mal *necesario*, como el abandono en que los ciudadanos dejan los comicios una solemne protesta contra esas comedias electorales, cuyos resultados son el falseamiento de la voluntad nacional y unos cuantos muertos, heridos y contusos.

Por todas partes, pues, aun en los más viciados organismos de la gobernación de los Estados, se va abriendo paso la nota de la moralidad.

Sería obra interminable si nos propusiésemos describir todo lo sentido, grande, noble y generoso que la sociedad actual, en nombre de las virtudes cristianas, bási y sostén de las costumbres públicas, ha hecho y continúa haciendo en pro de la justicia y del derecho de los ciudadanos, como sería imposible describir todas las grandes reformas que en las Constituciones y las leyes han introducido las naciones modernas en favor de la humanidad inspiradas en los principios del Evangelio; pero como de ellas nos proponemos hablar más adelante, reservamos nuestro juicio para emitirlo con más amplitud, llegado que sea el momento oportuno.

CAPÍTULO III

Pueblos donde no prosperó la palabra evangélica

Desgraciadamente, acaso por providenciales designios, la palabra de los apóstoles *Matías* y *Bartholomé* que evangelizaron el primero en Africa y el segundo en la India, según leemos en los estudios históricos de Alejandro de *Chateaubriand*, no hizo prosélitos en aquellas apartadas regiones, y la consecuencia no puede ser más triste, porque precisamente en esas dos partes del mundo es donde los pueblos se encuentran en lamentable atraso, exceptuando aquellos en que los misioneros europeos y americanos, auxiliados por los respectivos Gobiernos de las potencias que poseen colonias en aquellos vastos territorios, llevan la luz de la ciencia cristiana sellando con su sangre el apostolado de la religión.

¡Qué diferencias más notables entre los pueblos que por el Cristianismo elevaron su nivel moral y los que han permanecido estacionados rindiendo culto á las concepciones de los sabios!

En Asia, antigua cuna de la civilización, donde predominan las religiones de *Brahma*, *Budha* y *Mahoma*, existen aún los sacrificios humanos y las costumbres son tan singulares, que se suelen cometer infanticidios en algunas regiones de China para evitar el aumento de la familia, á ciencia y paciencia de las autoridades, de la misma manera que el fectichismo más grosero se practica en algunos de sus pueblos.

El Oriente del mundo, á pesar de haber nacido en

él las cinco religiones que se enseñorean de la conciencia humana, las tres que acabamos de citar de *Mahoma*, *Budha* y *Brahma*, como el *Judaísmo* y el *Cristianismo*, á despecho de haber surgido de él la primitiva civilización, continúa en estado rutinario, á excepción del Japón y algunos otros pueblos de la India inglesa, que van adquiriendo los hábitos y costumbres europeas, así en la política como en el arte de la guerra, y ese atraso obedece, no cabe duda, á que el Cristianismo no prosperó lo que debiera en aquellas regiones.

Es verdad que hoy se disputan el dominio del mundo tres religiones: el *Cristianismo*, el *Budhismo* y el *Islamismo*, porque así lo quiere el cielo; pero para nosotros es indiscutible que como el Cristianismo es obra divina, necesariamente ha de triunfar de las otras religiones, obras de los hombres.

Crear otra cosa, sería ir contra las máximas evangélicas, que enseñan que pasarán los cielos y la tierra, y la palabra de Dios (su religión), jamás pasará.

Los cristianos, dada su inquebrantable fé, allí donde se reúnen dos en nombre de Jesús, es dogmático que *Él* está con ellos, y esto solo basta para acometer todas las empresas, por colosales y peligrosas que sean, y á este dogma fundamental debe el Cristianismo todos los grandes progresos que en el orden moral y material ha llevado á cabo en beneficio de la sociedad y del hombre.

La acción de la Providencia se manifiesta de un modo maravilloso en todas las obras cristianas.

Por lo general, un modesto fraile ó una mujer indigente, inspirados ambos por el soplo de lo *Alto*, son los que siempre han producido esas grandes instituciones, esplendor de los siglos, que tanto bien producen á los desgraciados.

Por el contrario, en los pueblos donde no fructificó la semilla cristiana, poco ó nada tenemos que admirar en favor del desvalido.

No hace mucho leímos en la prensa que el Emperador de la China dió un decreto suprimiendo los Clubs de mujeres.

Los lectores que desconozcan este hecho desearán saber qué objeto tenían esos Clubs. Nada más sencillo. Las damas que los constituían no tenían otro fin que *desunir matrimonios*, hacer propaganda contra el hombre, presentándolo á los ojos de sus compañeras como un ser despreciable y abyecto, y, por último, demostrar la dicha de «vivir solas», sin trato alguno con los que pertenecemos al sexo fuerte. (1)

Si, como vulgarmente se dice, para muestra «basta un botón», no es mala muestra la que acabamos de presentar á nuestros abonados de las costumbres de los pueblos que arreglan su conciencia por los preceptos de la moral de los sabios.

De Africa no hay para qué hablar: desgraciadamente en Cafrería existen antropófagos, es decir, séres que con alegría salvaje se devoran los unos á los otros con la misma tranquilidad con que el europeo toma su café en las grandes ciudades modernas, saboreando el habano de la *Vuelta de Abajo*.

La caza de negros es otro de los *progresos* del país africano. Aquello debe ser horrible; madres que huyen despavoridas a través de la selva para ocultar sus hijos y librarse de la puntería de los rifles del negro; jóvenes que se defienden valerosamente hasta morir ó caer en los lazos tendidos por el enemigo; hombres que tienen que abandonar la tierra que los vió nacer, y cuyos árboles plantaron para verse al fin

(1) *El Imparcial* de 25 de Septiembre del 95.

hacinados en el fondo de los buques de la trata, como cargamento de ébano (1) hasta llegar al mercado público para ser vendidos como bestias de carga, sin más garantía que la mayor fuerza y robustez de sus cuerpos; y ancianos que lloran en el desamparo la pérdida de sus hijos y parientes, cuando más necesitan de ellos, por los achaques de la vejez.

Es verdad que tales actos vandálicos están condenados por el progreso y las leyes internacionales, pero también lo es, que se llevan hoy á efecto, aunque como excepción de la antigua regla general, de igual manera que en las mismas costas africanas, en plena civilización, á las puertas de Europa se llevan á cabo actos de piratería por los moros del Riff.

¡Qué grande nos parece el Cristianismo, cuando lo comparamos con las doctrinas de los sabios de otros pueblos que no aceptaron su divina moral!

Sabido es, además, que el fetichismo y los sacrificios humanos son comunes á algunos pueblos del Asia y Africa.

Allí donde se aceptó el cristianismo desaparecieron la idolatría y los sacrificios humanos; donde no fué aceptada esta religión, existen la una y los otros como testimonio de la desobediencia de los hombres á las leyes de Dios.

Serían interminables estas líneas si describiésemos los errores, supercherías, preocupaciones y costumbres de algunos pueblos asiáticos y africanos, á pesar de que el centro de Africa es desconocido, que sólo Dios sabe lo que allá pasará, pues por lo que á la moral se refiere, no ya los pueblos donde no ha penetrado el hombre de la civilización, sino en algunos muy

(1) Así llaman los negreros al transporte de esclavos.

conocidos de dichas partes del mundo, las costumbres son tan ópuestas á la moral cristiana, que la pluma se resiste á describir'las. Sin embargo, como muestra de las preocupaciones de los chinos no deja de tener gracia la referente á los eclipses de sol. Comenzado éste, se reúnen en las plazas y sitios públicos preparados al efecto con instrumentos que producen un ruido infernal, y á una señal convenida, como profesan la antiquísima creencia de que el astro del día está perseguido por un dragón, empieza el alboroto para ahuyentar al terrible mónstruo, y no cesan en su gritería y escándalo hasta que el eclipse termina.

Por lo que toca á los que siguen los preceptos del *Koram*, nada hemos de decir de su poligamia legal ni de su harem, porque la una y el otro son contrarios á la familia única, verdadera hase de la sociedad, pues el harem no es más que una mala copia del *gimneceo* de los griegos y la poligamia contraria á las determinaciones del Creador, que al primer hombre sólo dió una compañera.

Con efecto; la manera de que el hombre no ame á ninguna mujer no estriba en otra casa mas que en amar á muchas, simultáneamente.

Podrá ser que ame á alguna más que á las demás, pero esa diferencia de cariño no llegará nunca al que el padre cristiano profesa á su esposa, como jamás podrá compararse el cariño que profesa á sus hijos habidos de mujer única, con el cariño que el musulman profesa á los suyos, habidos de diferentes mujeres.

El cristiano, como al fin no tiene más que hijos de una sola esposa, por ellos estará siempre dispuesto á todos los sacrificios, porque así lo dicta su amor de padre, pero el hijo del Islam, jamás querrá á los suyos como aquél, por la razón de que son hijos de dis-

tintas mujeres, y el amor que debe ser para una sola, lo comparte entre muchas.

Expuestas, con el laconismo propio de estas páginas, algunas de las costumbres poco humanas de los pueblos que no aceptaron el cristianismo, así como su lamentable atraso, vamos á ocuparnos de aquellos que deben su civilización á la semilla del Evangelio.

CAPÍTULO IV

Pueblos que aceptaron el Cristianismo.

Difícil es al ánimo del pensador trazar un cuadro de la civilización de las naciones, dado lo complejo de las leyes del progreso humano, fiel trasunto de las leyes de la Providencia; no obstante, teniendo en cuenta los factores que entran en el problema, puede hacerse la afirmación, sin temor á la controversia, de que los pueblos más civilizados son aquellos que aceptaron el Cristianismo.

Tan inconcuso es este principio que puede aseverarse con un ilustre pensador ya citado en el decurso de este modesto trabajo, que allí donde se ha implantado una cruz han brotado como por ensalmo la civilización y el progreso, y allí donde ha sido arrancado este lábaro santo, han vuelto á aparecer la ignorancia y la barbarie.

Tan grande es el principio de la moral cristiana y de sus dogmas fundamentales que lo que en cuarenta

siglos anteriores á su aparición no lo pudieron hacer los sabios de aquellos tiempos, vino á realizarse por los doce humildes pescadores de Galilea, sin otros conocimientos que los rudos y sencillos que posee el pescador de nuestra época, al echar sus redes al mar.

Civilizar el mundo por unos cuantos hombres tan rudos como los elementos con quienes luchaban para procurarse los medios de vivir; extender y propagar una doctrina que debía transformar todas las bases sobre que se asentaban las antiguas naciones, echar por tierra los ídolos del Capitolio; suprimir las hecatombes sangrientas del Circo; mudar las costumbres y las pasiones de los hombres, haciéndoles odiar lo que antes adoraban y amar lo que antes aborrecían, obra de locos, más bien que de gentes de sano juicio, tenía que ser indudablemente obra divina, dada la insignificancia de los medios con que contaban para realizarla y la rapidez con que por todas partes obtenían los incomparables triunfos de su apostolado.

En la propaganda de la doctrina evangélica hay que notar para comprender toda su grandeza un fenómeno bastante extraño por cierto, cual es que, la predicación obró de *abajo á arriba*, muy al contrario de lo que ocurre con las doctrinas y las leyes humanas que obran de *arriba abajo*, pues primero aceptaron el Cristianismo las gentes sencillas del pueblo que los poderosos, los legisladores y los sabios, porque como dice el Apóstol de las gentes: «Dios escogió las cosas de la tierra, que no son para confundir á los sabios y los fuertes».

Algunos eruditos á la violeta han opuesto á los triunfos y progresos de la doctrina de Cristo la objeción de que el Islamismo predicado por *Mahoma* también tuvo su triunfo.



Por lo que á nosotros se refiere no negamos que el Islamismo triunfó, pero la doctrina del Koram que halagaba las pasiones del hombre hasta el punto de prometer á los que cumpliesen sus preceptos aquel Paraíso donde encontrarían «mujeres de ojos negros y pecho de alabastro», en aquel festin perpétuo que tanto fascinaba los sentidos, tenía necesariamente que triunfar con tales promesas, á mas de los medios de que disponía el *Profeta*, puesto que se imponía por la cimitarra, es decir *matando*, en tanto que nuestros apóstoles predicaban su doctrina *dejándose matar*; pues como sostenía *Thertuliano*: Nuestra religión no consiste en *matar*, sino en *morir*. Así, por los medios de que se valió el Hijo del Eterno para fundar su religión (y que medios doce pobres pescadores) á no haber tenido éstos la asistencia divina, habrían fracasado fatalmente en su empresa; no así *Mahoma* que por los medios de que se valió el triunfo era indudable, pues por la ley de la fuerza el conquistador siempre impone al vencido sus dioses y sus leyes.

Desvanecida esta objeción de la impiedad, vamos á continuar nuestra tésis sobre la civilización actual que tiene su origen en la civilización cristiana.

El insigne *Balmes*, en su obra titulada *El Protestantismo, comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, después de demostrar que la civilización actual es hija de los dogmas cristianos y que sólo al Cristianismo pertenece la gloria de haber establecido la libertad humana, la abolición de la esclavitud, la fraternidad y todos aquellos principios que han elevado al hombre al rango de su dignidad, como á la mujer *esclava* y *cosa* en lo antiguo, á la condición de persona y compañera del hombre, cuya obra es un monumento de gloria levantado á nuestra religión, define en una de sus brillantes pági-

nas el concepto de la civilización, y como esa página es un gran cuadro de dibujo y colorido trazado por docta mano, no queremos privar á nuestros lectores del placer de su lectura, por lo cual lo copiamos á continuación. Dice así: «El individuo con un vivo »sentimiento de su dignidad, con un gran caudal de »laboriosidad, de acción y energía, y con un desarro- »llo simultáneo de todas sus facultades;—la mujer »elevada al rango de compañera del hombre, y com- »pensado por decirlo así, el deber de la sujeción, con »las respetuosas consideraciones de que se la rodea;— »la blandura y firmeza de los lazos de familia con »poderosas garantías de buen orden y de justicia;— »una admirable conciencia pública rica de sublimes »máximas morales, de reglas de justicia, de equidad »y de sentimientos de pundonor y decoro, conciencia »que sobrevive al naufragio de la moral privada y que »no consiente que el descaro de la corrupción llegue »al exceso de los antiguos;—cierta suavidad general »de costumbres que en tiempo de guerra evita grandes »catástrofes y en medio de la paz hace la vida más »dulce y apacible;—un profundo respeto al hombre y »á su propiedad que hace tan raras las violencias par- »ticulares y sirve de saludable freno á los gobernan- »tes en toda clase de formas políticas;—un vivo an- »helado de perfección en todos los ramos;—una irresis- »tible tendencia errada á veces, pero siempre viva, á »mejorar el estado de las clases numerosas;—un se- »creto impulso á proteger la debilidad, á socorrer el »infortunio, impulso que á veces se desenvuelve con »generoso celo, y cuando no, permanece siempre en »el corazón de la Sociedad, causándole el malestar y »desazón de un remordimiento;—un espíritu de uni- »versalidad, de propagación, de cosmopolitismo;—un »inagotable fondo de recursos para remozarse sin

»perecer, para salvarse en las mayores crisis;—una
»generosa inquietud que se empeña en adelantarse al
»porvenir, de la que resultan una agitación y un mo-
»vimiento incesantes, algo peligrosos á veces, pero
»que son comunmente el gérmen de grandes bienes y
»señal de un poderoso principio de vida; he aquí los
»grandes caracteres que distinguen á la civilización
»europea; he aquí los rasgos que la colocan en un
»puesto inmensamente superior á todas las demás
»civilizaciones antiguas y modernas (1)».

La civilización europea tan sabiamente descrita por el malogrado presbítero *D. Jaime Balmes*, es exactamente la civilización cristiana, como más adelante afirma tan insigne publicista y filósofo.

Abrid to los los Códigos del mundo y comprobareis este aserto; todo lo que hay en ellos de humanitario, de filantrópico, de caritativo, todo lo que en ellos favorece la personalidad humana, deprimida en Oriente por la ley de castas y en Grecia y Roma por la esclavitud, encontrareis que es de origen cristiano, hasta el punto de que si no hubiese sido promulgada la ley de Gracia, los hombres continuarían uncidos al carro de los tiranos ó sirviendo de pasto de las fieras en las bárbaras fiestas del Circo.

Si comparamos las costumbres de la antigüedad con las de los tiempos presentes, como hemos tenido ocasión de hacerlo en algunas páginas de este libro, fácilmente vendría á nuestra memoria aquella sentencia que *Virgilio* pone en labios de *Eneas*, cuando se le apareció en sueños la visión ensangrentada de *Hector*; ¡*Quantum mutatus ab illo!* porque, en efecto, si los antiguos que asistían á las fiestas de *Vénus* en *Corinto* ó eran iniciados en los secretos de los falsos

(1) Tomo II, páginas 6, 7 y 8, segunda edición.

dioses se alzasen de sus tumbas, jamás llegarían á comprender cómo los descendientes de aquel mundo en que ellos vivieron, en el cual, como decía el gran *Bossuet*, «todo era Dios excepto Dios mismo», habíanse convertido y llegado á la adoración de un sólo Dios en espíritu y en verdad.

Otra de las grandes ventajas de los pueblos cristianos sobre los que no aceptaron el Evangelio, es la civilización en todas sus manifestaciones.

Cualquier pueblo de Europa que lo compareis con otro que siga la doctrina de *Confucio*, *Bhuda* ó *Mahoma*, se os presentará con un nivel moral tan elevado con relación á los que profesan las doctrinas de los citados sabios, que cuando tireis la visual sobre los unos y los otros, los últimos aparecerán liliputienes en el camino del progreso por la distancia á que se hallan del punto de la civilización.

Leyes, costumbres, ciencia, progreso, en una palabra, todo lo que ha dado al mundo moderno su preponderancia sobre el antiguo, tiene su origen, se debe á la doctrina de la Cruz y á sus innumerables sabios, que lo mismo en el tiempo de la irrupción de los bárbaros, que en la Edad Media, en el llamado siglo del Renacimiento, que en la época que corre, han sido siempre los verdaderos custodios y propagandistas del humano saber, aun en los días más tristes para la Iglesia, en aquellos días nefastos del pasado siglo, cuando la revolución francesa degollaba á indefenses sacerdotes que tenían que ampararse de extraña patria y de extranjero altar para no ser víctimas de las iniquidades de la demagogía que, ávida de sangre y venganzas organizó las llamadas *bandas negras* que talaban é incendiaban los campos de nuestra vecina Francia y destruían los palacios de los nobles, apoderándose de cuanto en ellos encontraban.

¿Se creerá por esto que la Iglesia interrumpió su misión docente y civilizadora? No, y mil veces no. Los sacerdotes católicos dejaron de enseñar en Francia, mientras duró la tempestad revolucionaria; pero fueron á enseñar á otros países, á más de que, como á la Iglesia importa poco que se le separe un Reino ó que un Emperador le vuelva la espalda, dado su divino poder, si en el país vecino la revolución se conjuró contra ella, la Providencia, que jamás le ha negado sus auxilios, le abría las puertas de los pueblos que permanecían católicos, y aun de los mismos protestantes, para continuar su misión civilizadora.

Nada diremos de las Escuelas pías fundadas para instruir á los niños por los clérigos regulares que se extendían por toda la cristiandad, como hoy se encuentran, y cuyo origen se pierde en los albores del Cristianismo.

Aquellos sacerdotes enseñaban por caridad, como enseñan hoy los seculares y al mismo tiempo cuidaban, como hoy lo hacen, de socorrer á los pobres.

En algunas ocasiones, obligados por trabajos de nuestra profesión, hemos tenido que pasar por la calle de Santa Brígida de esta córte, y nos hemos admirado al encontrarnos con un enjambre de muchachos que, con la mayor compostura y orden salían de las escuelas gratuitas que los Padres Escolapios tienen en el edificio que lleva su nombre, y cuyo templo da á la calle de Hortaleza.

¿Qué sería de tanto desgraciado si la caridad sin límites de aquellos sabios y benditos padres no les diesen el alimento del espíritu y aun el pan del cuerpo?

El sacerdote católico en general representa un tan gran elemento de importancia, con relación á la civilización de los pueblos, que es imposible al historiador, como al orador y al filósofo prescindir de él,

siempre que se trata de la cultura de las naciones.

Por lo que respecta á las Universidades, como dice el eximio escritor tantas veces citado en en este estudio (1), todas las de Europa fueron establecidas por príncipes religiosos, por obispos ó sacerdotes. La célebre Universidad de París, que tanta luz ha difundido por el mundo moderno, se componía de cuatro clases mayores, y traía su origen de los tiempos de *Carlo Magno*, de aquellos días en que el monge *Alcuino*, combatiendo sólo con la barbarie, quiso hacer de la Francia una *Atenas cristiana*.

La de Cambridge en Inglaterra vió salir un *Newton* de su seno; la de Orford presenta con los nombres de *Bacon* y *Tomas Morus* su biblioteca persana, y sin mencionar las no menos célebres de Leipsik y Turingia en Alemania, como la de Lovaina en los Países Bajos, Gandia, Alcalá y Salamanca en nuestra querida patria, se demuestra con una evidencia más clara que el sol del Mediodía, los trabajos que el Cristianismo ha hecho en el mundo científico para ilustrar las naciones y elevarlas al grado de cultura en que hoy se encuentran.

Los espíritus miopes son los que alguna vez han sostenido con mal éxito que el Cristianismo se opone á las leyes del progreso, cuanto precisamente los cristianos son los que han ilustrado á los pueblos en todos los ramos del saber.

No hay siglo en que más hayan florecido las ciencias y las artes que aquel en que el gran Leon X ocupaba el sôllo pontificio.

Oigamos al sabio abate *Bartelemi*: «En Roma ve mi viajero á Miguel Angel levantando la cúpula de San Pedro; á Rafael pintando las galerías del Vatica-

(1) Chateaubriand. Libro IV. Pág. 208.

no; á Sadoleto y Bembo, después Cardenales, ocupando entonces cerca de Leon X la plaza de Secretarios; al Trisino representando la tragedia del Sofonisbe, que fué la primera del teatro moderno; á *Beroaldo*, bibliotecario del Vaticano, ocupado en publicar los anales de *Tácito* que acababan de descubrirse en Westfalia y que había comprado *Leon X* por la suma de quinientos ducados de oro; á este mismo Papa brindando con empleos á los sabios de todas las naciones que fuesen á residir en sus Estados, y con singulares recompensas á los que le llevasen manuscritos desconocidos...

»Erigíanse por todas partes Universidades, Colegios, imprentas para todos los idiomas y ciencias, bibliotecas que se iban enriqueciendo á porfía con las obras que se publicaban y con los manuscritos que se adquirían y traían de nuevo de los países donde la ignorancia había conservado su imperio. Multiplicábanse las Academias de manera que en Ferrara se contaban de diez á doce, en Bolonia cerca de catorce; en Siena dieciseis. El objeto de su instituto eran las ciencias, las humanidades, las lenguas, la historia y las artes. En dos de estas Academias, dedica la una á *Platón* y la otra á su discípulo *Aristóteles*, se controvertían las opiniones de la filosofía antigua y aun se presentían y como adivinaban las de la moderna. En Bolonia y también en Venecia ce'aba una de estas sociedades el arte de la imprenta, la hermosura del papel, fundición de los caracteres, corrección de las pruebas y cuanto debiera contribuir á la perfección de las nuevas ediciones. Las capitales y aun las ciudades de menos consideración de cada Estado ansiaban con una solicitud extrema la instrucción y la gloria, casi todas ofrecían observatorios á los astrónomos, anfiteatros á los anatómicos, jardines de

plantas á los naturalistas y colecciones de libros, medallas y monumentos antiguos á los literatos, prodigando demostraciones nada vulgares de estimación, de consideración y respeto á todo género de conocimientos (1).»

Así, pues, si algún incrédulo negase que la Iglesia ha civilizado y continúa civilizando al mundo, hechos que nadie disente hoy y que todos reconocen, puede asegurarse que ese incrédulo también negaría á su madre, después de haberle llevado en su seno y de alimentarlo á sus pechos.

Demostrado el adelanto de los pueblos cristianos con relación á los que profesan otros dogmas, necesario es que nos ocupemos de los elementos más importantes que han contribuido y contribuyen á ese estado de civilización, que es lo que nos proponemos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

Las Misiones.

Cruzando los mares de Oriente á Occidente, de Norte á Sur, en todas direcciones, visitando todos los países por lejanos é ignotos que se hallen, atravesando montañas elevadas, rocas inaccesibles, selvas no holladas por la planta humana, ríos invadeables, páramos solitarios, bosques cuya espesura hacen impe-

(1) Bartelemi, Voyages en Ital.

netrables los rayos del sol, sin otras armas que el Crucifijo al pecho, el breviario para orar y el legendario cayado que le servirá de apoyo en las heladas regiones boreales, donde el esquimal vive bajo su cova cha de nieve, como en los fecundos terrenos de la zona tórrida, donde vegeta el hombre de color; por todo afán, la conquista de almas para el cielo por la palabra evangélica como ley suprema acá en la tierra su famoso lema: *Ad majorem Dei gloriam* y la obediencia absoluta à sus superiores, sin importarle un ardite el clima, la raza, las preocupaciones religiosas del salvaje que ha de convertir, ni los obstáculos que ha de vencer, superiores à toda humana fuerza, porque escudado en su fé, alentado por la esperanza de otro mundo mejor, sólo piensa en sacar de las tinieblas de la barbarie y de la idolatría à los que no tienen noción del Dios único en espíritu y en verdad, del Dios de los cristianos. Sabe que en el paroxismo de su entusiasmo por la santa causa, entusiasmo superior al de los héroes de *Homero*, cuando menos lo espere, después de haber establecido y organizado su Misión, cuando haya fundado un pueblo con su Iglesia, su cementerio, sus escuelas, sus talleres, sus autoridades y catecúmenos, cuando acaso vea realizadas sus esperanzas le sorprenderá traidora rebelión, promovida por los refractarios al espíritu cristiano y que será quemado vivo ó sometido al más horrible de los suplicios por implacables verdugos, pero ¡qué importa! él seguirá impertérrito su santo apostolado, y en sus últimos momentos pedirá, como el divino Mártir del Gólgota, el perdón para sus enemigos y que el Dios de los Imperios y de los reyes los traiga al conocimiento de la verdadera religión.

Así es, mal trazado por nuestra humilde pluma, el misionero católico; poco influye que sea de nacio-

nalidad distinta: inglés, alemán, francés, austriaco, italiano ó español, es el mismo en todos los países, bajo todas las latitudes y en todos los tiempos, corroborando este aserto los innumerables mártires que diariamente, con abnegación sublime, hacen el sacrificio de sus riquezas, honores y comodidades aquí, en esta vieja y regalada Europa, para ir á buscar la muerte en la China, la India, la Oceanía, en los desiertos de Africa como en las inhospitalarias estepas de Rusia ó en los incultos páramos de América.

El jesuita, especialmente para responder á los altos fines de esa gran institución fundada por el egregio San Ignacio y sancionada por rescripto del Pontífice Paulo III en 1550, tiene que ser necesariamente hombre de vasta erudición, algo así como una enciclopedia viviente, ó cuando menos un consumado políglota, puesto que ha de poseer varias de las lenguas más conocidas para ejercer su misión apostólica, sin ignorar los dialectos y jergas de los salvajes que va á convertir; sus usos, costumbres, pasiones, errores y aun sus más pequeñas preocupaciones y debilidades.

Sólo así se explica que unos misioneros católicos de nuestra vecina Francia, á cuyo frente se encontraba el reverendo padre *Verbiest* arrancasen del alto Tribunal de los Estados del Imperio chino, después de un minucioso y concienzudo examen del Cristianismo, aquél famoso veredicto en el cual se manifestaba que la doctrina católica era *buena*, que en nada se oponía á la pureza de las costumbres ni á la prosperidad de las naciones, y que todo un príncipe heredero del emperador que se llama pomposamente «Hijo del cielo, gran padre de la tierra» y otros mil títulos por el estilo, escribiese la memoria apologética de la Compañía de Jesús.

Así se explica también que todos los pensadores re-

conozcan los grandes talentos de los hijos de San Ignacio, por más que algunos no quieran someterse á sus enseñanzas por no abjurar sus errores sistemáticos y seguir representando en la sociedad el anticuado y poco airoso papel de excépticos.

Se haría interminable este trabajo si continuáramos ocupándonos de las condiciones de erudición, elocuencia, diplomacia, política, conocimientos etnográficos, filológicos, de teología, moral, historia, ciencias naturales y otras muchas cualidades y virtudes que forman la esplendente aureola del dignísimo sacerdote de la egregia Compañía, por lo cual dejamos punto tan importante á plumas de mejor temple que la nuestra, siempre temerosa de errar y pasamos á dar al apreciable lector una ligera idea de las Iglesias é Institutos docentes que han fundado en diferentes puntos del globo las misiones católicas. Cedemos la palabra á *El Constitucional*, en el cual reproducimos una noticia importantísima el 31 de Agosto del año último, tomada de *La Propaganda Fide*, periódico que pasa por órgano del Vaticano. Dice así:

«El catolicismo en Francia y Australia.»

«En el Africa occidental, las Misiones están divididas en esta forma: Misiones del Senegal, con 12.000 católicos, 20 iglesias é igual número de escuelas; la misión Sierra Leona, con 2.000 católicos, cuatro iglesias y seis escuelas; la Misión de la Costa de los Esclavos, en Dahomey, con 3.300 católicos, cinco capillas y siete escuelas, que aumentarán con las victorias francesas; la Misión de Benín, que comprende nueve iglesias y 21 escuelas de ambos sexos; la Misión del Níger superior; la de Gabón, con 5.000 católicos, y la del Congo: en total, 14 misiones, seis vicariatos y 38.000 fieles.

En el Africa oriental hay cinco Misiones, 40 iglesias, 37 escuelas y 23.000 fieles.

En el centro del Africa, el vicariato del Sudán cuenta 250 católicos; el de los grandes lagos, 4.850 con 10 iglesias, 16 escuelas, seis Misiones y 54 misioneros. De las islas del Africa: en las Azores hay 270.000 católicos; en Madera, 132 000; en Canarias, 300.000; en Cabo Verde, 107.000; en Guinea, 21 000; en Fernando Póo, 4.000; en la isla de la Reunión, 169 000, y 100 000 en la isla Mauricio.

En Australia, región sobre la que se ha fijado particularmente la atención del Padre Santo con motivo de la llegada á Roma de su Arzobispado primado, existen 850.460 católicos, y su jerarquía eclesiástica comprende cinco Arzobispos, 21 Obispos, 1.715 sacerdotes y 1.709 iglesias. En Polinesia se cuentan hoy 11 prelados, 163 misioneros, 415 iglesias, siete capillas, 243 escuelas y 90.400 católicos. Tal es, á grandes líneas, la obra de las misiones católicas, que representan en el mundo la civilización y la humanidad, y van extendiendo por todas partes las sublimes enseñanzas del Cristianismo.»

Respecto á las misiones francesas extendidas por el mundo, vamos á oír al ilustrado periódico *La Semana Católica* en su número 19 del 12 de Mayo de dicho año de 1895.

«De 2.475 jesuitas franceses, 624 se dedican á las misiones extranjeras; en doce años han muerto 180.

En Madagascar tienen 398 cristiandades, dos colegios y un Observatorio astronómico, y dirigen 539 escuelas con 15.000 alumnos. En Oriente dirigen la Universidad Beyrouth, tres grandes colegios, dos escuelas superiores y 166 primarias con 12.000 estudiantes. Han fundado un orfelinato agrícola en Ismail y sus misiones se extienden desde las alturas de Arme

nia á las profundidades del Egipto, desde el cual se proponen extenderse á la Abisinia.»

En cuanto al número de sacerdotes que forman la celeberrima Compañía, según oímos de labios del reverendo padre *Cadenas* que, á pesar de sus años continúa su glorioso apostolado con la misma fe y energía que en los albores de su juventud, cuando por su elocuencia fascinadora convertía á las multitudes, asciendo en la actualidad á 13.000, y aun cuando se centuplicasen nunca estarían demás por los países que viven en *ignorancia invencible* de la doctrina de la Cruz, símbolo de paz y de progreso.

Ultimamente en Mozambique se ha establecido una nueva misión por los Trapeenses con la obligación de arbolar bandera portuguesa, como homenaje tributado á la patria de *Camoens*.

Mucho sentimos no poder dar á nuestros abonados el número de los padres de la Compañía que son compatriotas nuestros y difunden la enseñanza cristiana por los más apartados lugares de la tierra, pues dicho sea en honor de la verdad, nuestras diligencias en este punto resultaron estériles.

Nada diremos de otras enseñanzas de la Iglesia que florecen bajo su protección, como esos nuevos Círculos de Obreros católicos (1) donde la juventud luce las galas del saber y de la palabra, y practica una de las obras de misericordia que, después de la caridad, ocupa lugar preferente y consiste en enseñar al que no sabe.

Algunas veces hemos asistido á esos Centros y hemos oído discursos á jóvenes de 20 años, dignos por la erudición, el brillante y acerado estilo, la elocuen

(1) En España asciende á 100.000 el número de socios.

cia y sus elevados conceptos de figurar al lado de las oraciones que han dado fama á nuestros primeros tribunos parlamentarios.

¿Qué afán les guía? ¿Qué esperanza les impulsa? ¿Qué fin persiguen? ¡Ah! Ellos saben que no van á la conquista del poder, que acaso lo vislumbran allá en las más lejanas perspectivas del horizonte político; pero tienen fé en la causa que defienden, que és la causa de Dios, (las enseñanzas de la religión en primer término) y en esto consiste el secreto de la fuerza bienhechora de su saber y de su palabra, puestas al servicio de la humanidad.

Al hablar de esos Centros de instrucción, donde los trabajadores españoles reciben la enseñanza cristiana y salen aptos para algunas carreras, artes y oficios, apartándolos del mal que tanto degrada al hombre y aún de esas escuelas fundadas por la impiedad para corromper su sencillo y generoso corazón, faltaríamos á un deber ineludible sino hiciésemos mención en breves líneas del dignísimo y esclarecido Presidente honorario de los mismos, del ilustre prócer el Exemo. Sr. D. Claudio López, Marqués de Comillas, insigne naviero á quien el mundo conoce, no sólo por sus singulares talentos bancarios é industriales, sino por la renombrada Flóta Mercante, denominada «La Trasatlántica», de la cual es uno de los principales accionistas y director, transformada como por ensalmo, gracias á su infatigable actividad y acertadas disposiciones en escuadra de combate, á causa de la insurrección de Cuba, y de quien, con razón se ha dicho, que és *el primer patriota español*.

El señor Marqués, cuyo nombre, como el de su señor padre el malogrado y jamás bien sentido D. Antonio López, creador de la mencionada Flota marítima, ha ido siempre asociado á los grandes aconteci-

mientos de la patria, no podía permanecer indiferente ante el movimiento socialista y anárquico iniciado en nuestro país en la clase obrera hace pocos años, y el Episcopado español, al seguir las inspiraciones del inmortal Leon XIII, fundando las Asociaciones Católicas de trabajadores, comprendiendo los beneficios que por sus excepcionales aptitudes y alta posición podía prestar á la Iglesia y al pueblo, personalidad de tan valiosos prestigios, como la que en este momento ocupa nuestra atención, le ofreció la presidencia honoraria de los referidos Círculos, desde la cual, con inaudita abnegación, con sus prudentes consejos y su cuantiosa fortuna, coadyuva á propagar el Catolicismo entre los obreros, alejándolos de los centros de la anarquía y de las vacilaciones de la duda.

Mucho más pudiéramos decir con justos títulos de las brillantes cualidades del señor Marqués, pero temiendo ofender su modestia, siempre severa, hacemos punto en esta merecida y obligada página encomiástica, pidiéndole dispensa por ella, pues al hablar de los Círculos de obreros católicos, necesariamente teníamos que hacerlo de su egregio Presidente, máxime, cuando sabe todo el mundo que el nombre del señor Marqués de Comillas es una garantía de acierto y respetabilidad para los fines de las mencionadas Asociaciones cristianas.

Poco hemos de decir de esas otras instituciones que viven y prosperan bajo la dirección de los sacerdotes católicos, y en las cuales la mujer representa el papel principal, nos referimos á esas Juntas de damas denominadas auxiliares de las misiones, á las Escuelas Dominicales y otros Institutos religiosos que tienen por objeto practicar la caridad é instruir á las niñas de las clases menesterosas en las nociones cristianas.

Por lo que se refiere á las Juntas auxiliares de las misiones, su objeto no puede ser más filantrópico ni benéfico.

Conocemos algunas de esas Asociaciones, y hemos observado con fruición el entusiasmo de muchas jóvenes de nuestra más encopetada aristocracia, al bajar del coche á la puerta de los Asilos para entregar las ropas costeadas y hechas por ellas á los Padres de la Compañía de Jesus, quienes, uniéndolas á las de otras señoritas más modestas, las remiten al extranjero á disposición de los jefes de las misiones para que éstos las repartan entre los neófitos y catecúmenos que más necesiten de ellas.

¡Grande debe ser la caridad, cuando la camisa hecha por la torneada mano de la más distinguida joven aristócrata va á cubrir la desnudez del más pobre de los indios ó del más necesitado de los africanos!

En cuanto á las Escuelas Dominicales, bastará consignar que algunas de las educandas entran en ellas sin saber quién es Dios, é instruídas por señoritas, se convierten en perfectas católicas, cuando no en mujeres que en el combate por la existencia sabrán siempre cumplir con su deber.

Como estas páginas no tienen otro objeto que el fin moral y cristiano, en primer término, dejaríamos de cumplir un deber sagrado si no enviásemos desde ellas nuestros más sinceros y desinteresados plácemes á la denodada «Asociación de padres de familia contra la inmoralidad.»

En estos tiempos de corrupción y decaimiento velar por las buenascostumbres y combatir el mal allí donde puede escapar á la acción de las leyes, convertirse en paladines del bien, sin otra recompensa positiva



que la burla y el escarnio de la gente impía que no se ocupa más que de satisfacer las tres concupiscencias que dominan el siglo, las riquezas, los honores y la sensualidad, es un acto digno de todos los encomios y de todos los aplausos, como lo es todo lo que tiende al bien, venga de donde viniere, y hágase por quien se haga.

Para nosotros, dicho sea con perdón de la impiedad, toda asociación ó individuo que realice el bien y trate de restablecer el sentido moral en medio de pueblos enervados por los vicios, merecerá siempre nuestros respetos preferentes y podrá contar con nuestro desinteresado y leal, aunque humilde y débil apoyo.

Si el poder estuviese en nuestras manos, créannos nuestros lectores, lo daríamos muy amplio á la mencionada Asociación de padres de familia para coadyuvar á los altos y benéficos fines que persigue. A los soldados del *Bien* hay que darles armas de buen temple contra las hordas del *Mal*.

Terminado este capítulo, creemos tener derecho á preguntar el por qué de esa virtualidad de la doctrina evangélica, por la cual nuestros misioneros la predicán á todos los vientos y en todos los lugares, en tanto que los sacerdotes de otras religiones no vienen á hacer su propaganda en Europa.

La contestación á tal pregunta todos la presentimos porque la llevamos en el pecho; pero, á muchos cristianos pasa con la religión lo que á la generalidad de los hombres con el espectáculo del Universo, que, acostumbrados á él, ni siquiera le preocupa tanta grandeza.

Nosotros, sin embargo, no hemos de dejar de deducir la consecuencia de la anterior premisa. Si los bonzos, bragmanes, derviches y demás sacerdotes de

las otras religiones no vienen á enseñarlas y propagarlas á Europa, por ejemplo, es porque saben que sus dogmas se reducirían á polvo como las momias al tocarse, al compararlos con los principios cristianos que han civilizado y continúan civilizando al mundo.

Así deben pensar los sacerdotes de otros altares que tienen miedo á propagar su doctrina en países cultos; pero nosotros que, ante todo, somos católicos sinceros y de convicción arraigada, creemos que esa superioridad, que ese principio vital de nuestra religión del cual carecen las otras, no consiste en otra cosa sino en que es *divina*.

CAPITULO VI

La moral en lo porvenir.

Si, se ha dicho por Jesús que «pasaran los cielos y la tierra, y su palabra jamás pasará», refiriéndose á su doctrina, de igual modo podemos decir nosotros, fundándonos en el mismo Texto que su moral, mil veces santa, no está llamada á desaparecer ni ser sustituida por ninguna otra, puesto que aquélla y ésta forman las admirables páginas del Evangelio.

Nuestra Religión, que desde su cuna tuvo que luchar con las heregías de los *Celsos*, *Marciones* y *Arrios*, sufrir las persecuciones de los emperadores en sus tres primeros siglos; más tarde la invasión de los bárbaros, á quiénes convirtió, después la des-

membración producida por los cismas de Oriente y Occidente, capitaneados por *Fócio y Lutero*, y últimamente, hacer frente á los dos enemigos formidables la filosofía y la revolución que se alzaron contra ella á fines del siglo anterior, puede contar sus diecinueve siglos de existencia como un verdadero testimonio de su divino origen fundado en aquellas otras palabras del mismo Jesucristo, al manifestar á sus discípulos, que allí donde se reuniesen dos en su nombre, allí estaría *Él* para auxiliarles.

En efecto; en esos diecinueve siglos, en que los adversarios del Cristianismo han profetizado tantas veces el fin de la Iglesia, ésta no sólo vive después de haber triunfado de sus enemigos, en lo cual se demuestra que la Providencia no le niega sus auxilios, sino que, en los tiempos presentes, como ha dicho el gran *Macaulay*, «es la única Institución que nos recuerda la época en que el humo de los sacrificios salía del *Panteón*, en tanto que los tigres y leopardos saltaban en la arena del *Anfiteatro Flaviano*.»

Recordamos que en una de las sesiones del Congreso, á la cual asistíamos, dada nuestra profesión periodística,—creemos que por los años 92 al 93—, uno de nuestros oradores más atildados y elocuentes, nada sospechoso á la libertad, puesto que siempre ha profesado ideas democráticas, el Sr. Labra, hablando sobre la moral Cristiana con motivo de un proyecto de ley sobre instrucción que estaba al debate, dijo: «que en el horizonte intelectual nada se vislumbraba al presente ni en lo porvenir que pudiese sustituir á la moral de Jesús, como norma para la dirección de a conciencia de los pueblos, idea que fuè escuchada con atención y aplaudida por la Cámara, como prueba de adhesión y respeto á las enseñanzas de la Iglesia.

Abundando en las mismas ideas del citado orador por lo que á la moral atañe, fundados en las palabras del Divino Maestro, creemos tener derecho á decir, que á la Religión podrá sucederle que la abandone un pueblo, ó ella lo deje abandonado por sus vicios ó falta de fe; pero, como el Ave Fénix saliendo de sus cenizas, si el símil es permitido, aparecerá en otros climas bajo otras latitudes, en otras naciones con más vigor que nunca por que su fin es vivir siempre como obra de Dios en cualquier país, en tanto su sabía y admirable Providencia sostenga el orden admirable del Universo y no lo deje de su mano.

Estas han sido nuestras ideas de siempre, y para corroborar este aserto copiamos á continuación el artículo que en 4 de Enero de 1888, núm. 2.140, dió á luz *El Constitucional* con motivo de las fiestas del Jubileo Sacerdotal del inmortal León XIII, suscrito por el que esto escribe. Dice así:

LAS FIESTAS DEL CATOLICISMO

«La Iglesia será grande y respetada, aun cuando algún viajero de la Nueva Zelanda se detenga, bajo los arcos rotos del puente de Londres á contemplar las ruinas de San Pablo.»

(Macaulay.)

«Es en vano que el racionalismo y las sectas anticatólicas hagan esfuerzos supremos por la palabra, el libro, la tribuna y cuantos recursos le inspiran sus odios á la Iglesia, para pretender demostrar, ¡vana ilusión! que ha llegado su fin y que su misión y sus doctrinas, aunque han ayudado á la civilización del mundo, hoy yacen sepultadas en el panteón de la historia.

No y mil veces no. Ni siquiera es preciso hacer un esfuerzo para demostrar con la dialéctica lo que los hechos nos ponen à la vista, es decir, que la Iglesia vive ostentando una majestad y grandeza como quizá no la tuviera en los tiempos de San Ambrosio, cuando este célebre Obispo prohibía la entrada en el Templo al emperador *Teodosio el Grande* porque sus soldados habían cometido desmanes en *Tesalónica*, ordenándole que por ello hiciese penitencia, á lo cual con santa humildad accedió el emperador.

Los hechos son mas elocuentes que las palabras, y el que hoy fija la atención de todos los pueblos civilizados y por civilizar, es el que se está realizando en Roma con motivo del Jubileo sacerdotal de Su Santidad Leon XIII.

En efecto, millares de personas de todos sexos y edades, sabios é ignorantes, grandes y pequeños, los unos católicos fervientes, los otros disidentes de la doctrina que explica y enseña *ex-cathedra* el Vicario de Jesucristo en la tierra, muchos de ellos sin pertenecer siquiera à la gran familia cristiana, teniendo distinto símbolo que el nuestro, se encuentran hoy en Roma rindiendo un tributo de amor y respeto al padre común de los fieles, hasta el extremo de que en la gran Basílica donde el 1.º del actual ha celebrado la misa de su Jubileo, se oían los vivas à S. S. en todas las lenguas, como expresión sincera de lo arraigado que está en las conciencias el sentimiento católico y como protesta entusiasta y sublime de la majestad y grandeza de la Iglesia, en tiempos que parece que todo le es contrario.

Mas no es esto solo: los más encumbrados soberanos de Europa como los presidentes de República de allende y aquende los mares, todos se han apresurado à enviar ricos presentes al Jefe de la cristiandad y la

manifestación más respetuosa de sus sentimientos en pró de una religión, que, después de diecinueve siglos de existencia, predicada por unos modestos pescadores, ha realizado la profecía de su divino autor, cuando dijo á éstos á las orillas del *Lago de Galilea* que dejaran las redes para ser pescadores de hombres.

Es en vano, repetimos, que el racionalismo y el espíritu de secta se afanen en proclamar que la Iglesia ha muerto en la conciencia de los pueblos cristianos y que el indiferentísimo todo lo invade, porque las grandes fiestas que hoy tienen lugar en la Ciudad Eterna, demuestran una vez más que la Iglesia como Institución divina, à pesar de que desde sus principios ha pasado por grandes contrariedades, empezando por las pesecuciones de los emperadores romanos, y concluyendo por las diatribas de *Voltaire*, haciendo abstracción de las revoluciones que le han sido hostiles y de los *Arrtos* y *Luteros* que han desgarrado sus vestiduras, no se halla sola, sino que el Dios de los cielos y la tierra vela por ella, como se lo prometió en aquellas palabras del Evangelio *Celum et terra transibunt verba autem mea non preteribunt*; es decir, que pasaran los cielos y la tierra pero sus palabras no pasarán.

Por lo demás, aunque hoy el Cristianismo, el Islamismo y el Budhismo son las tres religiones que se disputan la dirección moral de la humanidad, nosotros creemos que el Cristianismo triunfará al fin, porque lleva en su seno más gérmenes de vida, de civilización y de moral que las otras religiones; porque éstas no hacen prosélitos en los países cristianos, y, por el contrario, nuestros misioneros extienden la religión del uno al otro confín del mundo, llevando el progreso de sus santas enseñanzas por todas partes y los augustos consuelos de su doctrina, teniendo

siempre la fé por norte y la santa esperanza de que Jesús no ha de abandonarlos porque un día y otro cumple su divina promesa de que allí donde se reúnan dos en su nombre, él estará con ellos.

J. DOMÍNGUEZ BLANCO.»

No insistimos más en este punto; sólo añadiremos que, así como la civilización se nos presenta abandonando unos pueblos y apareciendo en otros, según las inescrutables leyes de lo Alto, de igual modo podrá ocurrir que la moral cristiana abandone los pueblos indignos de ella por su corrupción é indiferentismo, para renacer en otros con todos los esplendores de su grandeza, pero jamás perecerá, porque lleva en su seno gérmenes de vida, manantiales de dulzura é inefables consuelos que no dependen de la voluntad de los hombres.

CAPÍTULO VII

La reacción religiosa.—La unión de cismáticos, protestantes y católicos.—Congresos Eucarísticos y la Prensa católica.

Cansada la ciencia de andar errante á merced de todos los vientos, sin encontrar el puerto de las legítimas aspiraciones del hombre, cuyo corazón no se satisface con la posesión y el goce de los bienes terrenales y las pasajeras alegrías mundanas, empieza á volver su rostro hacia la idea moral y religiosa, únicas que se armonizan con esa noble aspiración del

alma que se dirige á lo infinito y que todas las humanas glorias son impotentes para acallar.

Lee mos en los Santos Padres: «Toda vuestra vida no es más que un sueño de un día, y sin embargo, le empleais en correr tras unas vanas ilusiones. Aun cuando llegueis al colmo de vuestros deseos, aun cuando goceis de todos vuestros placeres y os veais reyes, emperadores y dueños de toda la tierra, un momento después borrará la muerte todas estas *nadas* igualmente «que la vuestra.»

¡No puede darse una idea más triste de la pobre condición humana!

Llegar á dominar el Asia, como Alejandro, é intentar como él poner la civilización griega á la cabeza de la unidad oriental, conseguido; encerrar la palabra humana como *Edison*, en un fonógrafo; ungid los emperadores y los reyes, como lo hacian los Pontífices de la Edad Media, ó dominar la Europa como el primero de los Napoleones; realizar todos vuestros sueños de felicidad mundana; convertir todas vuestras esperanzas en la más tangible de las realidades, y siempre os quedará algún deseo en el corazón, deseo ó aspiración que sólo puede llenar lo infinito; más, como lo infinito no está en la ciencia ni en la dominación universal, ni en los placeres y honores del mundo que son limitados, y sujetos como todo lo humano á cambios y mudanzas, tendreis que echaros al fin en brazos de la religión, que, como madre cariñosa y sabia consejera, espera siempre para recibirlos y explicarlos los inmortales destinos que han de satisfacer vuestro espíritu.

De ahí la evolución, notada por los pensadores, que la ciencia en primer término, y la humanidad en pos de ella, realizan hacia la religión.

En efecto; doquier que el pensador dirija la mirada

intelectual, se nota esa evolución, esa tendencia humana que el gran *Bacon* sintetizaba en estas contadas palabras: «Poca ciencia aparta de la fé; mucha ciencia hace volver á ella.» Tanto ha progresado el hombre en todas las esferas del saber, que de ese mismo progreso ha sacado el convencimiento de que todas las ciencias juntas son incapaces de proporcionarle la felicidad del espíritu, única felicidad que puede satisfacer la más noble de las aspiraciones de la criatura racional, la aspiración á lo inmortal é in creado.

Así sucede, que de todas partes se dirijen miradas de simpatía hacia la única depositaria de la verdad á través de los siglos, hacia la Iglesia católica, quien, con una constancia probervial, escudada en la fuerza de sus convicciones, hijas de la religión de que es fiel guardadora, aconseja con su exquisita prudencia y sus sabias y paternales admoniciones, el retorno de las sectas disidentes al Pontificado, para que aquellas palabras de Nuestro Redentor, referentes á un solo Pastor y un solo rebaño, tengan cumplimiento.

Gracias á los incomprensibles designios de la Providencia, esos legítimos deseos de la Santa Sede, van cumpliéndose hoy, pues há poco que la cismática Rusia dió un *úkase* estableciendo una Legación cerca de la Silla apostólica, cuya determinación es un verdadero acto de amor y respeto hacia el Jefe Supremo del Catolicismo, y acaso—plegue al cielo que así fuese—un avance en el terreno de las concesiones para llegar á la suspirada unión de cismáticos y católicos.

Por otra parte, débese á las conquistas de la singular diplomacia de Su Santidad León XIII, que la Iglesia anglicana pida en sus oraciones, dé acuerdo con la católica, por la unión de ambas, como lo estaban antes de la reforma; pues es sabido que la carta de

Nuestro Santo Padre á los Obispos anglicanos en la cual abogaba por la indicada tésis, fué recibida por los últimos con especiales muestras de simpatía, con alguna que otra excepción, consiguiendo al fin que las dos Iglesias oren simultáneamente y hagan votos á la Providencia para llegar á ese *desideratum* de la unión de protestantes y católicos.

Por lo que á nosotros se refiere, deseamos sinceramente que lo que sólo es hoy una remota esperanza se convierta en viviente realidad, pues nos consta que muchísimos reformistas, especialmente de aquellos más ilustrados, y bastantes notabilidades científicas que conocen á fondo el *por qué* del decreto de Enrique VIII, separando á Inglaterra del catolicismo para implantar las doctrinas del monje de *Wittemberg*, desean que la antigua *Isla de los Santos* vuelva al redil de la Iglesia Universal, lo cual sería altamente favorable á los intereses de reformistas y católicos, que, acaso por designios de Dios, están llamados, en época no lejana, á abrazarse, como hermanos, un tiempo desunidos, en el regazo maternal.

Otra de las señales evidentes de la reacción religiosa que todo lo invade y por doquier se impone, reacción que se nota en los palacios de los poderosos, como en las chozas de los pobres, es la innovación llevada á cabo hace pocos años en una de las principales capillas Evangélicas de Londres, rindiendo los honores del culto y adoración al *Crucifijo*, que nosotros los católicos hemos adorado siempre, lo cual es también un gran paso en el camino de la tan deseada unión.

¡Quiera la Providencia que los nobles propósitos que se notan entre nuestros hermanos disidentes, los de la Iglesia griega, como los de la Anglicana, no re-

sulten fallidos, y lleguemos todos á vernos unidos otra vez, bajo el anillo del Pescador...

Los Congresos Eucarísticos que con tanta frecuencia se celebran en estos tiempos en los países católicos son otra prueba palmaria de esa maravillosa reacción que se está operando en la conciencia de los pueblos en sentido favorable á la Iglesia de Jesucristo á que nos honramos pertenecer, pues en esas notables Asambleas, el alto clero, auxiliado por valiosos seglares representantes de todas las clases de la Sociedad, discuten con la elocuencia y sabiduría propias de los elevados fines de que se hallan penetrados los medios más apropósito para el esplendor del culto de la *Presencia Real*, la manera de propagar las enseñanzas cristianas y la fundación de instituciones piadosas que formen como el baluarte de la fe, en el cual todos los fieles tienen su puesto de honor.

Esos parlamentos, á los que podríamos permitirnos llamar *Concilios Nacionales*, aunque siempre sumisos á la autoridad Suprema de la Sede de Roma, puesto que con su aquiescencia se celebran y su primera determinación es adherirse en absoluto á las enseñanzas del Pontificado, constituyen el testimonio más concluyente de la virtualidad poderosa del movimiento cristiano, precisamente, cuando hasta hace poco la indiferencia y la duda se jactaban de enseñorearse de nuestras augustas creencias.

A tal extremo llega el entusiasmo y la efervescencia de la Sociedad actual por la causa de la Religión, que, en nuestra vecina Francia, donde las ideas disolventes han hecho más estragos en determinadas clases, como ha dicho el ilustre Canónigo, Mr. *Brettes* en la bendición de la célebre campana *La Saboyarde*, no sólo la fe no se ha perdido, sino que vuelve á renacer como en los tiempos de *San Remigio* y *Clodoveo*,

puesto que, para la construcción del Templo del Sagrado Corazón de Jesús en las alturas de Montmartre (1), sobre cuyas torres se ostenta la monumental campana, que dicho sea de paso se oye en cuarenta kilómetros de circunferencia, se han recogido en limosnas más de treinta millones de francos.

Otra de las notas más salientes de esa noble aspiración humana que encamina sus pasos hacia la fe, cuya cabeza visible ocupa la Sede Apostólica, es ese deseo, esa cristiana sumisión que se advierte en las naciones modernas, aunque comulguen en distintos altares, que las impulsa á someter á los consejos de la alta sabiduría del inmortal León XIII, las más intrincadas cuestiones de derecho internacional, comprometiéndose *á priori* á acatar y cumplir sus augustas decisiones que siempre evitan la efusión de sangre, el luto y la desolación que forman el triste cortejo de las guerras, entre potencias de la gran familia humana.

A la prensa católica de todos los países, cabe también parte importantísima en ese movimiento hacia el catolicismo, movimiento que es un signo sensible de que los pueblos echan de menos los lazos morales, el «suave yugo» de que nos habla el Evangelio, y que su única aspiración es volver á aquellos días en que la Religión, como madre cariñosa dirigía la conciencia popular y enseñaba á los hombres el camino del bien.

El periódico católico con sus luminosas lucubraciones de alto sentido moral, es el que contribuye á apartar al pueblo de los abismos insondables del ateísmo, de la falsa filosofía, de las utopías monstruosas de la anarquía, como de las paradojas del

(1) Monte de los Mártires.

materialismo impío que niega á Dios por su *incon-*
prensibilidad para caer en el absurdo del *Dios-Ma-*
teria, mas incomprendible todavía, puesto que, á su
manera, dirigiendo el hombre la vista al cielo puede
explicarse á Dios *creando* y *ordenando* el mundo por
su poder y sabiduría; pero, lo que el hombre no com-
prenderá jamás, es que la roca y la planta, el monte
y el árbol (del mismo modo piensan los panteístas),
constituyan parte esencial de ese Dios de los partida-
rios de la materia, como si el árbol y la roca se hu-
biesen dado así mismos su existencia y no estuviesen
sujetos á cambios temporales, cualidades que exclu-
yen por completo la idea de lo infinito, que es el
atributo que más brilla en la Causa Creadora. Así
pues, al periódico católico que con su activa y eficaz
propaganda de los dogmas y la moral cristiana, con-
duce los pueblos por las sendas del bien, de la justi-
cia, del derecho y de la única libertad posible, de la
libertad evangélica, toca parte importante, que dada
su modestia jamás hará valer, en la gloria que co-
rresponde á la Iglesia en la reacción religiosa á que
todos asistimos.

Tampoco deja de tener importancia para la causa
de nuestra fé el hecho ocurrido en la capital del mun-
do cristiano, con motivo del aniversario de la inva-
sión de los Estados Pontificios por las tropas de Vic-
tor Manuel.

Sabido és que el gobierno del Rey Humberto, por
deferencias y respetos guardados á la Santa Sede
hasta el año último de 1895 no había permitido cele-
brar el citado aniversario de la *anexión* de Roma á
Italia, pues bien, en dicho año que llegó á conmemo-
rarse aquel hecho, los italianos mal avenidos con la
Iglesia sufrieron el mayor de los desencantos, porque
declarado el 20 de Septiembre cumpleaños de la

anexión «fiesta nacional» cuando S. S. mandaba abrir los templos para que los fieles rogasen á Dios por la causa del catolicismo y pidiesen por sus enemigos, que en esto se diferencia nuestra Iglesia de las otras sectas y religiones que solo piden por ellas, y sus secuaces, los Embajadores que representaban cerca del gobierno del Rey Humberto á sus respectivas naciones, debiendo secundar y adherirse á aquella fiesta de la Italia anticatólica, no lo hicieron así, sino que ni aun siquiera cubrieron con unas cuantas varas de percalina los balcones de sus palacios á excepción del representante de Inglaterra, que engalanó los suyos apareciendo en discrepancia con todos sus compañeros.

Fuese de ello lo que fuese, lo cierto es que aquel acto de los enviados plenipotenciarios cerca del hijo de Víctor Manuel, dió lugar á muy sabrosos comentarios, y que la Iglesia de Jesucristo tuvo de su parte en aquellos momentos todos los países del mundo civilizado; porque nosotros creemos que aquellos ilustres próceres, al obrar de la manera que obraron, lo hacían siguiendo las inspiraciones de sus gobiernos respectivos, puesto que no cabía alegar ignorancia ó desconocimiento sobre un hecho que de antemano conocía todo el mundo.

Por otra parte, el Clero secular y regular, que en su alta sabiduría conoce á fondo la evolución que los pueblos realizan en dirección á la cátedra de San Pedro, trabaja hoy con más afán que nunca, y hace estudiar á la juventud en los Seminarios y Universidades católicas, los medios y los fines de esta que pudiéramos llamar *Gran Cruzada* en favor de nuestra Religión, para que, penetrados de ella, pongan sus talentos y su palabra al servicio de la misma y lleguen á ser, como los instrumentos de que se vale la

Providencia, en este gran recrudecimiento de las ideas católicas para que los designios de Dios, que en estos tiempos está obrando maravillas con su Iglesia, lleguen á realizarse.

Ancho campo tiene el Sacerdote católico en la Cátedra del Espíritu-Santo, en el Libro, la Prensa y hasta en los Centros Científicos y literarios, para esgrimir las brillantes armas de su Fe, de su elocuencia y de su erudición en pró de tan hermosa Causa y sacar los más abundantes frutos de esta nueva fásede su glorioso apostolado, sin olvidar los ejemplos de virtud, que en todas ocasiones han exornado su frente, los cuales, como es sabido, convencen más que todos los discursos.

En nuestra amada España se nota también este movimiento de aproximación de los que se hallaban un tanto distanciados del Catolicismo, hacia la Silla Apostólica, por que se oyen las decisiones de S. S. con muestras inequívocas de respetuosa consideración y asentimiento, y, hasta en la Prensa defensora de las ideas más radicales se ha operado un cambio favorable á la Religión de nuestros mayores, pues no se usan aquellas armas volterianas, mandadas recoger por cierto, que en otro tiempo usaba lá impiedad para combatirla, porque como ha dicho un importante y muy leído periódico (1), resulta completamente *cursí* atacar la Religión, porque la nota del respeto hacia nuestras creencias se abre paso por doquier.

Los decretos del Sr. *Bochs*, restableciendo en los Institutos de segunda enseñanza las Cátedras de Religión y moral, así como la Facultad de Derecho en el Sacro Monte de Granada, son también nuevos tim-

(1) *El Imparcial* en su editorial.

bres de gloria para la Iglesia, cuya doctrina se adapta á todos los tiempos, que ponen de relieve la nueva era de prosperidad por que atraviesa esa Institución, que en los diecinueve siglos que cuenta de existencia, siglos de combates que representan otras tantas victorias, se muestra hoy tan poderosa como en los días en que ungió á los emperadores y los reyes.

Para terminar: nosotros no creemos con *Brunetiere* que la presente reacción religiosa dependa en absoluto del fracaso de la ciencia, sinó que ésta es impotente para esplicarnos lo Infinito, por que precisamente el misterio distinguirá siempre á Dios del hombre, por más que entendamos que la ciencia seguirá sus pasos magestuosos á través de las edades, marcándose aquéllos por el progreso en todas las esferas del saber. Sin embargo, así como al mar puso Dios sus límites de arena, de los cuales no ha de pasar, la ciencia que no es otra cosa que el fruto de la inteligencia del hombre, como este es finito y limitado, jamás podrá penetrar los inescrutables secretos de lo Eterno, en cuyos dominios sólo campea el Bien Supremo.

Como la reforma de las costumbres en sentido moral, es una consecuencia de la influencia religiosa en las sociedades, nos abstenemos de tratar de esta materia, máxime cuando la hemos tratado con alguna amplitud en los primeros capítulos de esta obra.



RESUMEN

Al terminar este estudio, en el cual hemos puesto de relieve la escasez de nuestros talentos é insuficiencia, compensados por lo grandioso del tema que en él hemos tratado, pesaría sobre nuestra conciencia la nota de ingratos si no hiciésemos constar que la sabia Providencia de Dios nos ha favorecido con sus especiales dónes, alentándonos cuando hemos sentido la tibieza de todo el que escribe para el público, proporcionándonos los medios más necesarios á los fines de esta obra encaminada siempre, si esto cabe dentro de las leyes de lo posible, dado el límite de la inteligencia humana, *Ad majorem Dei gloriam*, favoreciéndonos, en fin, con libros y lecturas, en cuyas máximas hemos visto en toda ocasión, no el acaso de los excépticos, sino esas disposiciones inteligentes, hijas de lo Increado, de lo cual deducimos en sana lógica, que, si en estos trabajos hubiese algo bueno, ni una tilde de ello pertenece á nosotros, sino á inspiraciones que jamás sabremos explicar...

Hecha la anterior declaración que corresponde perfectamente al estado de nuestra conciencia, á quien no duelen prendas, sigamos adelante.

Demostrado, según nuestro leal saber y entender, que el principio moral por excelencia, la idea de Dios está mejor definida en la concepción cristiana que

En las teogonias del Oriente, así como en el politeísmo egipcio, griego y romano, donde el sabio no encuentra más que nebulosidades y sombras al explicarnos aquel principio; vista la superioridad de la moral de Jesús, nuestro Dios, cuando la hemos comparado con la tan gárrula y decantada moral de los antiguos filósofos y legisladores; reducidas á polvo las virtudes de aquellos sabios que, como *Sócrates*, pedían y esperaban auxilios divinos para determinar cómo se habían de conducir con relación «á los dioses y los hombres,» como lo hemos probado en su célebre diálogo con *Alcibiades*, cuando este se dirige al templo sin conocer si sus sacrificios agradarían ó no á la Divinidad; probado nada menos que por confesión de *Voltaire*, cuyas palabras figuran en las primeras páginas de esta obra que, aunque los antiguos tuvieron *virtudes humanas*, las *virtudes divinas* sólo se encuentran en los cristianos; demostrado que la civilización moderna es hija legítima de los dogmas evangélicos, sin cuya moral sublime el mundo estaría sumido en las tinieblas de aquella horrible noche iluminada por la tea de los bárbaros mandados por *Atila* ó llevaría sobre sus hombros la afrentosa cadena de la esclavitud, como la plébe de Grecia y Roma; probado que por la moral de Jesús, todas las antiguas legislaciones se reformaron en sentido favorable á la *personalidad humana*; que la mujer considerada en el pasado, como *cosa* fué elevada á compañera del hombre, según nos enseña el *Gran Apóstol*; demostrado que la influencia de la moral cristiana creó un nuevo derecho internacional que hace las guerras, por decirlo así más generosas, evitando el ensañamiento del vencedor con el vencido, y, en fin, que el obrero, antiguo pária de las primitivas generaciones por el principio de la fraternidad enseñado por el *Hombre-*

Dios se hizo igual al potentado y al magnate, pues todos proceden del «Padre que está en los cielos», y que, por más que algunos malos trabajadores, sugestionados por los sueños de la anarquía ó del socialismo ataquen sus dogmas fundamentales, jamás podrán probar, oyendo los consejos de la historia, la razón y la prudencia que nada de su cultura, ni de su emancipación social, deben al Cristianismo que cuenta diecinueve siglos de existencia, siglos de combates que representan otras tantas victorias para la causa de la religión; pues el que tal tésis sostuviese tendría los mismos partidarios que quien se obstinase en afirmar que el sol es una ilusión de nuestros sentidos, y que realmente el Astro Rey no existe cuando sus luminosos rayos dan testimonio de su existencia bienhechora, porque es sabido que el cristianismo en sus primitivos tiempos fué *evangelizado* á los pobres, y los Pontífices en sus rescriptos á los emperadores, han velado continuamente por los intereses de los pueblos oprimidos de igual modo que en pleno siglo XIX, Su Santidad León XIII recomienda á los poderosos su amor á los pequeños y desvalidos, recordando á los unos y los otros sus mútuas obligaciones y deberes para evitar esas colisiones entre el capital y el trabajo que constituyen la ruina de los ricos y de los pobres; puesto de relieve que el trabajo, en vez de deprimir al hombre, lo ennoblece y lo hace digno como enseña la Iglesia, y el mismo Dios nos da de ello un singular ejemplo, viviendo entre humildes pescadores, valiéndose de ellos para la propaganda de su doctrina, «*evangelizando* á todas las gentes;» y, en fin, demostrado que la llamada *moral universal* no es más que una brillante utopía, comparada con la moral cristiana, moral divina porque tiene su fundamento en la existencia de Dios y en la in-

mortalidad del alma, básiés que no están sujetas á los cambios y mudanzas de los deleznales juicios de los hombres, pues siendo éstos finitos y limitados, no han podido inventar, ni inventarán jamás, esa moral que nos presenta como prototipo de la virtud y del deber al mismo Dios hecho carne por inexplicables designios de su Providencia; Formulados nuestros modestos juicios sobre los vicios y virtudes de los tiempos que corren, así como sobre algunas de las leyes suntuarias que en otras épocas se dieron por nuestros monarcas, para reprimir los escándalos del lujo y deducir, como lógica consecuencia, que si algo queda de grande en los tiempos de abatimiento y escepticismo que atravesamos, es debido á las virtudes cristianas, sobre todo al principio de la caridad, que parece que Dios ha colocado en la noche de tristezas porque atraviesa el mundo como faro luminoso de cuyos rayos depende la salvación de la Sociedad moderna; probado que los pueblos más civilizados son aquéllos que aceptaron el Cristianismo, el cual ha respondido y responderá siempre, sean cualesquiera las evoluciones que en sentido progresivo realice el mundo, á los fines del bien social, pues su doctrina augusta, como obra de lo Infinito se adaptará á todas las edades sin que la *Buena Nueva* llegue á ser *Vieja* por su propia virtud; y que, por el contrario, los pueblos donde no prosperó la semilla evangélica han permanecido y permanecen en estado rutinario, oscurecidos por las tinieblas de la ignorancia y la barbarie, como si no pasasen los siglos y la civilización fuese para ellos una vana palabra; examinado el porvenir de la moral cristiana y probado con textos del divino Maestro que no pasará jamás, pudiendo suceder á lo sumo, que sino es practicada en algunos pueblos, porque la

corrupción se posesione de ellos, aparecerá bajo otras latitudes, en otros países, con más fuerza que nunca, porque estando escrito que «pasarán los cielos y la tierra y la palabra de Dios no pasará», esa moral sublime no está llamada á desaparecer mientras el mundo exista, pues allí donde haya hombres habrá quien siga sus admirables preceptos y sus saludables consejos, con relación al alma y al cuerpo; y, finalmente, demostrada con datos irrecusables la reacción religiosa y por ende moral que se está operando en la conciencia del mundo moderno, cansado de dar vueltas en derredor de la ciencia sin encontrar por su limitada sabiduría la solución de los grandes problemas que se relacionan con lo Infinito y nuestros ultteriores destinos, reacción que en el órden político, como en el científico, filosófico y religioso se dirige á estrechar los lazos morales entre naciones de distintas creencias, diversidad de lenguas, usos y costumbres con la Sède Apostólica, y cuyos frutos en bien de la Religión y de la moral están próximos á cojerse, por inescrutables designios de la Providencia, solo nos resta escribir dos palabras sobre

El por qué de este Libro.

En los tiempos que obligados por nuestra siempre honrosa profesión de periodistas, teníamos que asistir á la tribuna de la prensa en el Congreso de los Diputados, que dicho sea de paso dejó en nosotros amistades y recuerdos inolvidables, á oír las discusiones de nuestras primeras figuras parlamentarias de los *Castelar, Azcárate, Sagasta, Moret, Cánovas, Pidal* y otras grandes glorias de la política española, confesamos de buena fé que, ante aquéllos torrentes de elocuencia, aquel derroche de elevadísimos conceptos, aquéllas grandes manifestaciones del pensa-

miento, exornado por la brillantez del estilo y la galanura de la palabra, aquéllas hermosas oraciones sobre los más árdulos problemas de la Gobernación del Estado, las libertades públicas, la unidad católica, la soberanía nacional, los derechos individuales y los mil conceptos y temas que entran en el marco de la oratoria parlamentaria, en tan opuestos sentidos y tan magistralmente defendidos por aquéllos oradores de escuelas tan diferentes nos atraían y subyugaban hasta el extremo que, como vulgarmente se dice, no sabíamos á qué carta quedarnos, siquier nos inclinásemos un tanto á la doctrina de los oradores de la escuela liberal...

En estas vacilaciones de nuestra conciencia, tan propias de la juventud, providencialmente llegó á nuestras manos la obra de *Augusto Nicolás*, titulada *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, y en ella aprendimos algo de aquella serenidad de juicio y segura reflexión, tan necesarias al escritor como al orador y al filósofo, sin las cuales toda obra resultaría como edificada sobre terreno movedizo.

Por la citada obra del insigne escritor francés, como por las no menos célebres de *Chateaubriand*, *Balmes* y otros escritores católicos que honran tanto la religión como las ciencias profanas, nos fuimos despojando poco á poco, no sin reñir batallas dentro de nuestra propia conciencia, de las utopías del radicalismo, en las cuales creíamos como artículos de fé y la religión que siempre hemos amado, tanto por haber nacido en ella, cuanto por las convicciones que se adquieren por su estudio, se hizo más patente á nuestra vista intelectual, hasta el punto que, hace algún tiempo, concebimos la idea de este trabajo, que por motivos que no son del caso explicar, hasta hace dos años no comenzamos.

Fácil será creer al estimable lector que nos haya seguido hasta estas líneas, que hemos abandonado nuestro antiguo concepto de la libertad, y que hoy militamos en opuesto campo; pero, nada más lejos de nuestro ánimo: lo que en nosotros ha ocurrido es, no que hayamos abandonado nuestro juicio sobre aquel principio, sino que lo hemos *modificado*, porque para nosotros no hay otra libertad posible ni verdadera que la *libertad cristiana* que, como afirma *San Agustín*, consiste en «colocarse en la imposibilidad de hacer el mal», porque si es cierto que el primer atributo que Dios concedió al hombre fué la *libertad*, también lo es, que lo hizo responsable de sus actos.

Por lo que se refiere á nuestros propósitos al escribir estas incorrectas y desaliñadas páginas, lo decimos con sinceridad, jamás hemos sido impulsados por el amor á la *gloria humana*, siempre efímera y transitoria, siquiera se represente por las apoteósisis de la prensa, las alabanzas de los dóctos y el aplauso de los amigos, pues todos esos elogios resultarían superiores á nuestro escaso mérito y á la insuficiencia de nuestras aptitudes, sólo satisfaríamos nuestro deseo con que este Libro, tarde ó temprano, llegue á valorarse, como el grano de arena llevado en alas de nuestra fé ardentísima, á la grandiosa obra de la civilización cristiana.

FIN

ÍNDICE

—

PRIMERA PARTE

| | |
|--|-----|
| Prólogo..... | 1 |
| Capítulo I.—La Moral en Oriente..... | 15 |
| Capítulo II.—Leyes de los Egipcios..... | 26 |
| Capítulo III.—Filósofos y legisladores griegos. Su Moral..... | 30 |
| I.—Leyes de Minos..... | 38 |
| II.—Leyes de Solón..... | 39 |
| III.—Leyes de Pitágoras..... | 45 |
| IV.—La Fé..... | 50 |
| V.—La Esperanza..... | 53 |
| VI.—La Caridad..... | 57 |
| Capítulo IV.—Leyes de los Druidas..... | 67 |
| Capítulo V.—Las romanas virtudes y la influencia cristiana..... | 74 |
| I.—El matrimonio en la antigüedad..... | 90 |
| II.—La influencia cristiana en las leyes..... | 93 |
| III.—Predominio político de la Iglesia..... | 97 |
| Capítulo VI.—La Moral universal y la Moral evangélica..... | 101 |

SEGUNDA PARTE

| | |
|---|-----|
| Capítulo I.—El problema obrero, la Desamortización Eclesiástica y los sistemas comunistas y anárquicos..... | 113 |
| I.—El socialismo Católico..... | 125 |

| | |
|---|-----|
| Capítulo II.—Vicios y virtudes de los tiempos que corren. Frutos de la impiedad. La enseñanza oficial y el artículo 11 de la Constitución vigente. Leyes suntuarias y la doctrina de <i>Gregorio el Magno</i> . La prensa en los duelos nacionales. Algo de política..... | 136 |
| Capítulo III.—Pueblos donde no prosperó la semilla evangélica... .. | 155 |
| Capítulo IV.—Pueblos que aceptaron el Cristianismo..... | 160 |
| Capítulo V.—Las Misiones..... | 169 |
| Capítulo VI.—La Moral en lo porvenir..... | 179 |
| Capítulo VII.—La reacción religiosa. La unión de cismáticos, protestantes y católicos Los Congresos Eucarísticos y la Prensa Católica. | 184 |
| Resúmen.—El por qué de este Libro..... | 195 |



FÉ DE ERRATAS

Censura eclesiástica.—Donde dice *tiene*, léase *contiene*.

Prólogo.—Donde dice *ó* los Congresos Eucarísticos, páginas 13 y 14, léase *los* Congresos Eucarísticos.







536